

HOMILÍAS Y EXHORTACIONES

153-155 HOMILÍA PRIMERA.

SOBRE EL PASAJE DEL ECLESIAÍSTICO: En todas las cosas busqué descanso, y en su herencia habitaré. Entonces el Creador de todas las cosas me ordenó y me dijo; y quien me creó, descansó en mi tabernáculo (Eclo. XXIV, 11).

La Sabiduría no habla, sino que el Apóstol testimonia que Cristo es, diciendo: Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios (I Cor. I, 24). Por lo tanto, la Sabiduría, que es Cristo, es decir, la sabiduría de Dios encarnada, dice: En todas las cosas busqué descanso. Después del trabajo, se suele buscar descanso. Sin embargo, el Señor en sí mismo está tranquilo e inmutable; pero testimonia que trabaja cuando tolera las duras maldades de los hombres, diciendo a cualquiera de ellos: Me diste trabajo con tus iniquidades (Isa. XLIII, 24). Y también, cuando apareció en carne mortal, trabajó por nuestra debilidad. Por eso, después de su resurrección, buscó descanso en todas las cosas, para descansar en la fe y buena acción de todos. Pues en quienes buscó descanso, lo enseña diciendo: En toda la tierra estuve, y en todo pueblo, y en toda nación tuve primacía, y con virtud pisé los corazones de todos los excelentes y sublimes (Eclo. XXIV, 9). Y enseguida añade: Y en todas las cosas busqué descanso. En todos los pueblos y naciones del mundo, y en todos los reyes y príncipes, cuyos corazones finalmente sometió a sí mismo, buscó descanso. Encontró descanso en aquellos que dejaron de pecar y viven santa y justamente. Al decir que buscó descanso en todos los pueblos y naciones y en los sublimes, es decir, en los puestos en la sublimidad de las dignidades, significa que en cada nación bajo el cielo se pueden ver muchos que viven perversamente; y pocos, como granos bajo la paja, que actúan bien. Pues se busca lo que está oculto y no se tiene. Y también en cualquiera predestinado a la vida, Cristo busca descanso para sí mismo, mientras aún lo espera pecando, y se esfuerza por convertirlo y hacerlo tal, ya sea con preceptos, advertencias, milagros, prosperidades o adversidades, para que pueda descansar en él. Pero niega descanso en sí mismo a quien no quiere cesar de las malas obras y deseos, para que pueda ofrecer un lugar de descanso a Dios.

Y en su herencia, dice, habitaré. Su se refiere tanto al descanso como a lo que dijo antes: Yo salí de la boca del Altísimo, para que se entienda que esta herencia es tanto del descanso como del Altísimo, es decir, la multitud de los elegidos, a quienes el mismo Altísimo poseerá elevados en el reino supremo para ver la gloria de su altura, y así los hará descansar perpetuamente. Dice entonces: En su herencia habitaré. Como si dijera: En todos busqué descanso, aunque no lo encontré perseverante en todos; pero en aquellos que son conocidos como la herencia de Dios, habitaré, es decir, permaneceré perseverantemente y no por un momento. Pues la sabiduría de Dios no habita en aquellos que creen por un tiempo y en el tiempo de la tentación se apartan: sino que habita en aquellos a quienes hace perseverar en la bondad hasta el fin. De ahí que diga de cualquiera de ellos: Vendremos y haremos morada en él (Juan XIV, 23).

Sigue: Entonces el Creador de todas las cosas me ordenó y me dijo; y quien me creó, descansó en mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob, y hereda en Israel, y echa raíces en mis elegidos. Entonces, dice, cuando yo buscaba descanso en todas las cosas, aquel que creó a todos, y tiene derecho sobre todos, no quiere que nadie perezca, me ordenó qué hacer en ellos: y quien también me creó para su salvación según la humanidad, él mismo descansó en mi tabernáculo. Se dice creado porque se hizo hombre, quien antes había afirmado haber sido engendrado por el Padre antes de los siglos, diciendo: Yo, sabiduría, salí de la boca del Altísimo, primogénita antes de toda criatura (Eclo. XXIV, 5). El tabernáculo de esta sabiduría

es el cuerpo asumido, del cual se dice en otro lugar: En el sol puso su tabernáculo (Sal. XVIII, 6), es decir, en la visión más manifiesta, su cuerpo. En este tabernáculo descansó el Padre, porque no encontró en él pecado alguno que lo ofendiera; sino toda la plenitud de la justicia, en la que descansó deleitablemente. Por eso dice: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mat. XVII, 5); y el profeta: Reposará sobre él el Espíritu del Señor (Isa. XI, 2). Así que habla, como se dijo antes, la sabiduría de Dios encarnada, y buscando la gloria del Padre en todas las cosas, afirma que él le dijo: En Jacob, etc. Jacob, que se interpreta como suplantador, designa a los luchadores, que con esfuerzo suplantan y derriban los vicios. Israel, que se dice rectísimo de Dios, o varón que ve a Dios, aquellos que, sometidos los vicios, guardan la rectitud perfecta de vida, en cuanto es posible, y se dedican a la contemplación. En Jacob, es decir, en los luchadores, habita, como dice el Apóstol: Habitar a Cristo por la fe en vuestros corazones (Efes. III, 17), para que, fortalecidos por su virtud, puedan hacerse vencedores. En Israel, en cambio, es heredado, es decir, posee ya a los perfectos por derecho hereditario, que ya han elegido la mejor parte, que no les será quitada. Esto mismo dice por Isaías: Obra de mis manos al asirio, pero mi herencia es Israel (Isa. XIX, 25). Asirio significa el que se esfuerza por suplantar la maldad de los vicios luchando y dirigirse a sí mismo: y este es obra de las manos de Cristo, es decir, su ayuda permaneciendo en él; pero Israel ya es poseído en herencia en reposo. También el Salvador echa raíces en los elegidos; para que nunca pueda ser arrancado de sus corazones, según lo dicho por el Apóstol: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? (Rom. VIII, 35). Pues quien puede ser separado del amor de Cristo, en su mente Cristo no ha echado raíces.

Sigue: Desde el principio y antes de los siglos fui creada, y hasta el siglo futuro no cesaré, y en la morada santa serví ante él. Y así en Sion fui firmada, y en la ciudad santificada igualmente descansé, y en Jerusalén está mi poder. Y eché raíces en el pueblo honrado, y en la parte de mi Dios su herencia, y en la plenitud de los santos mi detención. Desde el principio del mundo, y antes de los siglos, fue creada esta sabiduría predestinando según la humanidad; porque Dios desde el comienzo de las cosas, y antes de los tiempos seculares, tuvo predestinado en el secreto de su consejo, que su Verbo se hiciera carne, es decir, que el Señor de todos asumiera misericordiosamente la forma de siervo para redimir a los siervos; y lo que él, que hizo lo que habría de ser, dispuso con certeza que se haría, ya fue hecho en su presencia. Así, pues, antes de los siglos lo creó según la humanidad, como nos eligió en él antes de la constitución del mundo (Efes. I, 4). Desde el principio, es decir, desde que fue creado el primer hombre, y antes de los siglos, es decir, desde que fue hecho el primero, fue creada, como dijimos, esta sabiduría: porque cuando fue plasmado el hombre, y cuando fue creado el ángel, se previó que el Unigénito de Dios clementemente se haría hombre, quien levantaría al género humano, que había caído gravemente. Y hasta el siglo futuro no cesaré; porque ninguna tentación del diablo, ni ninguna persecución de los tiranos podrá hacer que la religión cristiana no perdure hasta el fin del mundo, por la cual fui creada antes del principio del mundo. Esto es lo que también se dice más adelante: No cesaré en sus generaciones, hasta el siglo santo (Eclo. XXIV, 46). Y también en el Evangelio: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20).

Y en la morada santa serví ante él. Llama morada santa al habitáculo santo del cielo, donde ministra ante Dios hecho pontífice para siempre. Por eso también el Apóstol dice: Porque no entró Jesús en santuarios hechos por manos, figuras de los verdaderos; sino en el mismo cielo, para presentarse ahora ante el rostro de Dios por nosotros (Hebr. IX, 24); y de nuevo: Tenemos tal pontífice, que se sentó a la diestra del trono de la majestad en los cielos, ministro de los santos, y del tabernáculo verdadero que fijó Dios, y no el hombre (Hebr. VIII, 1, 2).

Pues lo que aquí se dice, en la morada santa ante él, es lo que el Apóstol dice, en el mismo cielo, para presentarse ahora ante el rostro de Dios por nosotros y lo que aquí se añade, serví, el Apóstol dice ministro de los santos y del tabernáculo verdadero. Y para que tal ministerio no se considere que tiene algo de abyección, se sienta en el mismo trono con aquel ante quien y a quien ministra, y se sienta a la diestra para la plenitud del honor. Y añade: Y así en Sion fui firmada. Sion se llama especulación y significa aquella patria de los bienaventurados, cuyos habitantes no cesan de contemplar manifiestamente la gloria de Dios; donde según la humanidad así fue firmada Cristo, como se dijo antes, es decir, sentado a la diestra del Padre, y ejerciendo el ministerio del pontífice, que es mostrar al Padre por nosotros las cicatrices de las heridas de su pasión. De esta su firmeza en las alturas sin fin se dijo al Padre: Sea tu mano sobre el varón de tu diestra, y sobre el hijo del hombre, a quien confirmaste para ti (Sal. LXXIX, 18). Y con su voz: Me confirmaste en tu presencia para siempre (Sal. XL, 13).

Sigue: Y en la ciudad santificada igualmente descansé. Porque en la Iglesia, que es la ciudad de Dios, y santificada por los pecadores convertidos, Cristo encontró un descanso similar al de los ángeles. Por eso también nos enseñó a orar: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo (Mat. VI, 10), es decir, como en los ángeles, así también en los hombres. Y en Jerusalén, dice, está mi poder. En la Jerusalén celestial, que no en vano se llama visión de paz, porque allí siempre se ve la verdadera paz, está el poder de nuestro Redentor, porque es poderoso y allí puede hacer lo que quiera. Por eso dice: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra (Mat. XXVIII, 18).

Sigue: Y eché raíces en el pueblo honrado. La raíz de la sabiduría es temer a Dios. El pueblo honrado es la multitud de los fieles, a quienes Pedro dice: Para vosotros, pues, que creéis, es el honor (I Pedro II, 7). Por lo tanto, la Sabiduría, que es Cristo, echó raíces en este pueblo; porque dio el temor de Dios a los creyentes, para que dejen de pecar, ya que el temor del Señor expulsa el pecado (Eclo. I, 27): pues quien está sin temor, no podrá ser justificado. También: El pueblo honrado es la comunidad de los religiosos. Y en este Cristo echó raíces de tal manera que no puede ser arrancado de allí en absoluto. Pues hizo lo que el Padre le había dicho antes, Echa raíces en mis elegidos. Y añade: Y en la parte de mi Dios su herencia. Las partes de Dios son los elegidos de la Iglesia, los diversos órdenes de los santos, y las variadas acciones de los que viven bien. Y Cristo es Dios, porque Cristo es hombre. En todas las partes de Dios se extiende su herencia; porque todas las Iglesias de los justos, y todos los que le sirven laudablemente en diversas profesiones y acciones, estarán en su herencia eterna. Y en la plenitud, dice, de los santos será, donde ninguno de ellos faltará; sino que, completado su número, toda su comunidad será reunida. Y allí será la detención de la sabiduría encarnada, porque será detenida en ellos sin fin, deleitada por sus méritos: ni saldrá ya a los réprobos, que serán condenados, porque ya no los exhortará a convertirse.

Sigue: Como cedro fui exaltada en el Líbano y como ciprés en el monte Sion. Así como el cedro, por su altura, supera las alturas de todos los demás árboles, es exaltado en el monte Líbano, que es más alto que todos los otros montes de la tierra prometida, y se interpreta como candidatura: así el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5) fue exaltado sobre toda la altura de los primeros ángeles, que por el resplandor más claro de la luz con que brillan, se llaman Líbano, es decir, candidatura, y son más altos que los demás. Esta exaltación suya la declara el Apóstol, afirmando que el Padre lo constituyó a su diestra en los cielos, sobre todo principado y potestad, y virtud, y dominación, y todo nombre que se nombra no solo en este siglo, sino también en el futuro; y todo lo sometió bajo sus pies (Efes. I, 20-22). Así es exaltado como cedro. A lo cual conviene también que el cedro es imputrescible, y maravillosamente huele; porque Cristo ya es inmortal en la carne, y esparce de sí mismo la suavidad de un olor maravilloso, con el cual se deleitan tanto los

ángeles como los espíritus. O como el cedro es exaltado en el Líbano, es decir, en la candidatura de la santificación, esto es, superó a todos los santos en santidad así como el cedro a todos los árboles en el Líbano: porque lo que hizo entre los hombres es tan claro y sublime, que supera todas las cimas de los justos, de modo que aquellos que han avanzado mucho en Dios apenas pueden tocar las huellas de sus obras, admirándolas desde la cima de su pensamiento.

Y como ciprés en el monte Sion. El monte Sion es la Iglesia de los santos en la altura de las virtudes y la especulación de la contemplación, y la circunspección solícita: el ciprés, además, florece con hojas siempre verdes como el pino, y siempre tiene fruto, y huele bien. Cristo, pues, como ciprés en el monte Sion es exaltado, porque Dios lo dio, como está escrito, sobre todo a la Iglesia, siempre floreciendo con verdor inmarchitable, y abundando en frutos perpetuos, y esparciendo la fragancia de buena fama.

Sigue: Como palma fui exaltada en Cades. Cades se interpreta como santidad: la palma es áspera al tacto en la parte inferior, y como envuelta en cortezas secas; pero en la parte superior es hermosa a la vista y en sus frutos. En la parte inferior se estrecha con las envolturas de sus cortezas; pero en la parte superior se expande con la amplitud de un hermoso verdor. Así, ciertamente, la vida de Cristo y de sus miembros es despreciada en la parte inferior, y hermosa en la parte superior; en lo bajo está como envuelta en muchas cortezas, mientras se angustia con innumerables tribulaciones; en lo alto, sin embargo, se expande con la amplitud de la bienaventuranza como con las hojas de un hermoso verdor. La palma, además, comienza con menor amplitud contra la naturaleza de los demás árboles desde lo bajo, y junto a las ramas y frutos se eleva con mayor fuerza; y lo que crece delgado desde lo bajo, crece más vasto hacia lo alto: porque la conversación de los elegidos, que son miembros de Cristo, más se completa al terminar que lo que propone al comenzar; y ellos a menudo comienzan más tibios en lo primero, y consumen más fervientemente lo último. Cristo, pues, o en sí mismo y en los suyos como palma fue exaltado en Cades, es decir, en santidad: porque los santos siempre se dilatan en virtudes avanzando hacia lo alto, y los que salen delgados desde la raíz de la iniciación, se fortalecen en la cumbre de la perfección. Lo cual apareció principalmente en la cabeza misma, porque en los últimos tres años hizo más y mayores cosas que en todo su tiempo pasado.

Sigue: Y como plantación de rosa en Jericó. La plantación de rosa, también es espinosa en la parte inferior, pero florida en la parte superior, así también Cristo está rodeado de espinas de tribulaciones en la parte inferior, pero coronado de gloria y honor en la parte superior. Jericó, además, que se dice luna, suele expresar tanto el defecto de este mundo como de nuestra mortalidad. El Señor, pues, porque enviado del cielo asumió nuestra mortalidad en este mundo, es como tomado de otro lugar, y plantado en Jericó. Y en esto es asimilado a la rosa, es decir, humilde, y rodeado de las punzadas de las pasiones, pero finalmente decorado en la parte superior con la flor púrpura de la dignidad real.

Sigue: Como oliva hermosa en los campos. La oliva hermosa en los campos puede ser vista, y deleitarse en su aspecto, cualquiera que esté alrededor y de lejos y de cerca: así también a Cristo expuesto al mundo desde todas partes puede ser visto, y deleitarse en su vista, cualquiera que lo mire fiel y piadosamente. En cualquier parte del orbe que esté la oliva, es mensajera de paz: e Isaías se maravilla de los pies de Cristo anunciando y predicando la paz (Isa. LII, 7). Cuya misericordia también puede ser designada por la oliva, que produce aceite; porque en griego ἔλαιον se llama misericordia; y el aceite sobresale a todos los líquidos con los que se mezcla, como también el salmista testifica de las misericordias del Señor: El Señor es bueno para todos; y sus misericordias sobre todas sus obras (Sal. CXLIV, 9): y por eso se

ve congruentemente en los campos la hermosura de esta oliva, porque quienes tienen una conversación campestre, es decir, amplia y agreste, y baja, son los que principalmente necesitan la misericordia del Salvador, y suelen mirar hacia ella. Con el aceite se alimenta la luz para repeler las tinieblas de la noche, se disuelven las enfermedades, y se otorga descanso a los cansados: así la gracia de la misericordia de nuestro Salvador alimentando en nosotros la luz de la fe y la caridad y el conocimiento, ilumina nuestras tinieblas, y sana las enfermedades de nuestras almas, y nos hace descansar en la mente en el desprecio del mundo, fatigados por las concupiscencias del siglo. Gran trabajo es arder en deseos terrenales; y gran descanso, no desear lo terrenal.

Sequitur: Y como un plátano me he elevado junto al agua en las plazas. Aunque el plátano por sí mismo es alto y agradable, en comparación con el agua inferior cercana parece más sublime y placentero: así también el Señor Jesús, aunque por sí mismo es incomparablemente excelso y hermoso, en comparación con el pueblo cristiano sujeto, que es designado por el agua, aparece más excelso y glorioso, en las plazas, es decir, en las amplitudes del mundo y de la amplia conversación. Si consideramos la humildad de nuestra vida y miramos la excelencia de la conversación que Cristo llevó entre los hombres, ¿cuán sublime será a nuestros ojos esa conversación suya? Pues como el plátano junto al agua inferior está elevado, es decir, cercano y superpuesto al pueblo fiel sujeto. De ahí que el salmista dijera de él: Y será como un árbol plantado junto a corrientes de agua (Salmo I, 6); es decir, por el misterio de la encarnación será puesto junto a los flujos de los pueblos que fluyen. Las plazas suelen designar amplitudes: es decir, amplias conversaciones, en las que deambulan los que son inferiores y frágiles en la vida; como el agua y las amplias regiones del mundo: porque en griego *πλάτος* se dice amplitud.

Sequitur: Como canela y bálsamo aromatizante de olor. La canela se llama así porque su corteza es redonda y delgada como una caña. Es un arbusto muy pequeño que produce varas muy delgadas y preciosas. Pues lo que en su grosor se extiende, es despreciado; pero lo que crece más delgado, es excelente. La canela parece significar la humildad de Cristo, que las Escrituras proclaman como caña, es decir, cañón, que produce varas muy delgadas y preciosas, es decir, santos debilitados por disciplinas espirituales, que son sus miembros. Pues los hombres espirituales son preciosos en él; los carnales, en cambio, son despreciados. El bálsamo también es muy precioso, y se convierte en crisma consagrado, con el que todos los cristianos somos ungidos, y significa tanto a Cristo como la unción de su Espíritu; de la cual Juan dice: Vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas (1 Juan II, 20). Ambos, es decir, la canela y el bálsamo, huelen maravillosamente; y especialmente, cuando alguien es aromatizado con ellos. De ahí que ahora Cristo se asemeje al olor de ambos aromatizantes: porque mientras unge con el don de su Espíritu a los creyentes de toda nación y pueblo, el olor de esa unción fragua más poderosamente en todo el mundo, y él mismo manifiesta más dulcemente el olor de su conocimiento a través de sus ungidos en todo lugar, para que en todas partes se le diga: Tras de ti correremos en el olor de tus ungüentos.

Sequitur: Como mirra escogida, de la dulzura del olor. La mirra significa la muerte de nuestro Redentor, cuya carne no vio corrupción: porque la carne muerta, que es ungida con mirra, no puede pudrirse. Por eso esta mirra se llama escogida: porque la muerte del Señor fue singularmente escogida entre todas las muertes de los santos, por la cual todos vivirían. Y por eso esta muerte ofrece una dulzura de olor tal, que nadie más pudo sentir; de modo que por su fragancia los muertos reviven.

Sequitur: Y como estoraque, y gálbano, y unguento, y gota, y como Líbano no cortado, perfumé mi morada, y como bálsamo no mezclado es mi olor. Se dice que el estoraque es un árbol aromático, que es hueco por dentro como una caña, y lleno de savia; y en Cristo, que es el árbol de la vida aromático, habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente (Col. II, 9). Se dice que el gálbano está hecho de aromáticos. Y en Cristo está la plenitud completa de todas las virtudes espirituales. El unguento también se llama así por el unguento, porque es principal para ungir, y designa la unción espiritual del Salvador, de la cual Juan dice: Como la unción de él os enseña todas las cosas (1 Juan II, 27). La gota se dice que es una especie de medicina adecuada para sanar la hinchazón, y para deprimir y extinguir el veneno: y significa la humildad del Señor, que medicinalmente sana la hinchazón de nuestra soberbia, y elimina todos los venenos de los vicios. El Líbano es incienso, y más bien el árbol del incienso que designa a Cristo, que es el árbol de la vida, y produce un fruto aromático, que se quema a Dios en sacrificio. El Líbano no cortado; espontáneamente produce de sí mismo incienso más fragante, pero cortado se ve obligado a producir incienso de menor olor: y Cristo como Líbano no cortado espontáneamente produjo todo lo que hizo en la carne, y por eso huele mejor. Nosotros, sin embargo, como Líbano cortado, a menudo nos vemos obligados a hacer el bien que es vil, y poco fragante. Todas estas cosas, que ahora se han dicho, es decir, el estoraque, el gálbano, el unguento, y la gota, así como el Líbano, dan un excelente olor, y llenan el lugar en el que están: así también Cristo con su olor y calor perfuma su morada: porque la mente que habita, la llena con el calor de su amor y el olor de su santidad. Pues la mente que no siente este olor y calor, aún no es morada de Cristo. El bálsamo, sin embargo, al que no se le ha mezclado otro líquido, huele más: porque la santidad de Cristo, a la que nunca pudo mezclarse ningún pecado, ofrece un olor más dulce que los demás santos.

Sequitur: Yo como terebinto extendí mis ramas, y mis ramas son de honor y gracia. El terebinto es un gran árbol, que extiende grandes y numerosas ramas por todas partes, que produce una resina aromática y medicinal, superior a todas las demás resinas: y Cristo como un árbol inmenso, extiende a sus discípulos, como ramas, a todas las partes del mundo, Tomás y Bartolomé a la India, Mateo a Etiopía, Juan a Asia, Andrés y Felipe a Escitia. Pedro a Italia, Pablo a España, y los demás a las otras regiones del mundo. O las ramas que extiende son las obras que realizó en la carne. Y de estas, y de sus obras, o discípulos, él mismo produce la resina de la gracia espiritual, que cura a todos, y es superior a todas las predicaciones y hechos del Antiguo Testamento. Y sus ramas son de honor y gracia: porque tanto sus discípulos como sus actos son muy honorables y graciosos; ya que son dignos de alabanza, y traen a los hombres la gracia del Nuevo Testamento.

Sequitur: Yo como vid fructifiqué la dulzura del olor: y mis flores son frutos de honor y honestidad. La vid plantada en la tierra produce de sí misma sarmientos, y de estos fruto: y Cristo resucitando y ascendiendo plantado en la tierra de los vivos, genera de sí mismo a los santos que son sus miembros, como sarmientos, y de estos que permanecen en él produce el fruto de la buena obra. De ahí que también les diga: Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí (Juan XV, 4). Fructifica, pues, en ellos: porque todo lo que ellos hacen bien, él lo hace, y de su raíz surge el fruto de sus obras. Y fructifica la dulzura del olor: porque el fruto de las obras, que hace en ellos, es un dulce olor de buena opinión, mientras los hombres viendo estas cosas glorifican al Padre, que está en los cielos. Y sus flores son frutos de honor y honestidad: porque las obras, que en ellos proponiendo comienza, las consuma honorablemente y honestamente; y por estas les otorga gran honor y honestidad. Las flores son votos y promesas: los frutos, sin embargo, son el cumplimiento de las promesas mediante la

exhibición de obras. Las flores de los santos son frutos: porque los miembros de Cristo lo que prometen, cumplen; lo que prometen, hacen.

Sequitur: Yo soy madre del amor hermoso, y del temor, y del conocimiento y de la santa esperanza. En mí está toda gracia de vida y verdad, en mí toda esperanza de vida y virtud. La sabiduría, que es Cristo, es madre del amor hermoso: porque engendra un amor, no feo, sino hermoso; no indecente, sino honesto; no lascivo, sino casto. Y madre del temor, a saber, filial o casto, porque el principio de la sabiduría es el temor del Señor (Salmo CX, 10); y el temor casto de Dios engendra el amor hermoso, cuya madre es la sabiduría. Y del conocimiento, porque nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Mateo XI, 27). Quien también dijo: Os anunciaré abiertamente del Padre (Juan XVI, 25). Así pues, la Sabiduría, que es el Hijo, es madre del conocimiento. Y de la santa esperanza: porque la esperanza de las cosas santas no la engendra sino Cristo. La santa esperanza es alcanzar el reino de Dios y su justicia: y esta la da la verdadera sabiduría, en la que está toda gracia de vida y verdad, porque a menos que sea por la gracia, que está en esta sabiduría, es decir, en Cristo, nadie puede alcanzar la vida eterna ni la verdad de su bienaventuranza inmutable; ya que el mismo Cristo es la verdad y la vida (Juan XIV). Por eso también toda esperanza de vida y virtud está en él; porque no es sino por él que alguien espera rectamente encontrar la vida bienaventurada, y la virtud de su inmortalidad, y puede tener alguna virtud de buena conversación.

Sequitur: Pasad a mí todos los que me deseáis, y llenaos de mis generaciones. Algunos desean la sabiduría, que es Cristo; pero algunos son retenidos por obstáculos de cosas mundanas, para que no vengán a ella, y la alcancen mediante una conversación religiosa. A menudo sucede que mientras alguien piensa en convertirse a la vida religiosa, y seguir a Cristo, le obstaculiza la mala costumbre de los vicios en los que suele deleitarse, y el amor de los padres, o del cónyuge, o de los hijos, y las posesiones, o las lisonjas de los amigos carnales, y cosas semejantes. Por eso la verdadera sabiduría ordena que todos los que la desean con la mente, pasen todos estos obstáculos; y vengán a ella, mientras sea posible, apresurándose; y una vez que hayan venido a ella, no permanezcan vacíos, sino que se llenen de sus generaciones, es decir, de los sentidos de inteligencia y prudencia, y de las virtudes que suele engendrar en aquellos que han venido a ella.

Sequitur: Porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más que la miel y el panal. Mi memoria en las generaciones de los siglos. Por eso hay que pasar a la sabiduría divina, superando los obstáculos de las dificultades, porque su espíritu, que inspira a los que pasan a ella, es más dulce que la miel; y la herencia de la bienaventuranza eterna; que les ha preparado, supera en dulzura la miel y el panal. Dice miel, por las almas de los justos, que liberadas de los cuerpos ya asisten a la vista de la gloria del Creador, y se les han dado a cada una vestiduras blancas (Apoc. VI, 11): el panal, sin embargo, por los elegidos, después de la resurrección tanto en cuerpos como en almas bienaventurados en el reino supremo, cuando ya poseerán el doble en su tierra (Isa. LXI, 7). El panal es miel en cera, significando el alma en el cuerpo; como la miel sin cera el alma sin cuerpo. Pero también la memoria de esta sabiduría será en las generaciones de los siglos, porque su alabanza será cantada perpetuamente por los elegidos, y hará a los que se adhieren a ella partícipes de la misma alabanza.

Sequitur: Los que me comen, aún tendrán hambre; y los que me beben, aún tendrán sed. Los que con la boca del corazón prueban la dulzura de la verdadera sabiduría, cuanto más sienten su sabor, tanto más arden en deseo de ella; y cuanto más beben de esta bebida, tanto más la

desean con avidez. Pues las delicias espirituales cuando se tienen, están en deseo; y tanto más se desean por el que las come, cuanto más se comen por el que las desea.

Sequitur: El que me escucha, no se confundirá y el que obra en mí, no pecará. El que escucha a Cristo obedientemente, no se confundirá, es decir, no se avergonzará: porque con gran honor estará a su derecha en el juicio. Y el que obra en él, no pecará: porque toda obra, que se hace según él, carece de pecado.

Sequitur: Los que me iluminan, tendrán vida eterna. Iluminan la sabiduría, los que para declarar saludablemente el conocimiento de Cristo explican las Escrituras, los que predicán piadosamente a Cristo, los que lo glorifican con la luz de sus obras; y por eso tendrán vida eterna, es decir, el mismo Cristo; porque él es el verdadero Dios, y la vida eterna.

159 HOMILÍA II.

EN EL EVANGELIO SEGÚN MATEO: Viendo las multitudes Jesús subió al monte. Y cuando se sentó, enseñaba a sus discípulos diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, etc. (Mat. V, 1.)

Bienaventurados los pobres de espíritu, que no por necesidad, sino por devota voluntad, despreciando todo, viven para Dios. Esta pobreza tiene dos partes: la abdicación de las cosas, aunque se tengan no para sí, sino para la obra de piedad; y la contrición del espíritu, para que se abdique a sí mismo. Esta virtud, a saber, la pobreza, con razón se pone en primer lugar, sin la cual no valen las que siguen: y aunque sin las siguientes no hace perfecto al hombre; sin embargo, merece con la ayuda de la gracia divina la bienaventuranza. Pero porque podría tener el desprecio de sus cosas, y aún ser movido por alguna contumelia debido a la fragilidad de la carne, añade: Bienaventurados los mansos. A quienes, a saber, la ira o algo semejante no afecta, sino que todo lo soportan con ecuanimidad. Con esta virtud se alaba a Moisés: de esta se hace maestro el mismo Cristo, diciendo: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29). Esta posee la verdadera tierra. Nota la ascensión congruente. Primero es el desprecio del mundo, al que con razón se le prometen cosas eternas. En segundo lugar se pone la mansedumbre, que conserva y protege la verdadera pobreza, para que de ningún modo pueda ser inquietada. En tercer lugar sigue: Bienaventurados los que lloran: después de haber rechazado por completo las cosas del mundo, y haber templado los malos hábitos con mansedumbre, nos queda llorar por los pecados pasados, que es el riego inferior; y por el deseo de la patria celestial, que es el riego superior: pero el inferior lava las manchas presentes, el superior enciende a los amantes de la vida futura.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. Nota que la justicia se decreta de tres maneras: cuando guardamos lo que es propio de nuestra naturaleza; cuando hacemos al prójimo lo que queremos que nos hagan a nosotros; cuando a Dios le damos lo que es de Dios. Esta justicia no se cumple plenamente en nosotros, hasta que Dios sea todo en todos; por eso puso tener hambre, no, saciarse. Pues los amantes del verdadero bien siempre tienen sed, ni les basta ser justos.

Bienaventurados los misericordiosos. La misericordia nace de las precedentes; porque no hay verdadera compasión de los miserables, si no ha precedido la verdadera pobreza y la verdadera humildad, y si el alma no se amansa bajo las leyes divinas, si no comienza a llorar por las caídas de los demás y a tener hambre de justicia: de todas estas cosas nace la verdadera misericordia. Nota que a esta virtud la precede la justicia. Pues la luz de la justicia, es la misericordia; la virtud de la misericordia, es la justicia.

Bienaventurados los de limpio corazón. La limpieza de corazón se pone en sexto lugar, para que el hombre creado en el sexto día recupere por esta limpieza la imagen de Dios, que la oscuridad de los vicios borró; para que apartado del ruido de las cogitaciones humanas, con el corazón limpio y la imagen de Dios reformada, piense solo en las cosas de Dios, y se aplique en todo a los preceptos divinos. Bienaventurados los pacificadores. La paz con razón se pone en séptimo lugar. Después de que el hombre ha promovido a sí mismo a esto, para que despreciando todas las cosas del mundo, pueda solo amar y pensar en las eternas, que es de los contemplativos; no queda nada más que tener a Dios, que es la verdadera paz que contemplaba, como premio.

A estos siete grados de virtudes precedentes les corresponde la operación septiforme del Espíritu Santo de la que se lee en Isaías: Reposará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, y lo llenará el espíritu de temor del Señor (Isa. XI, 2). Pero aquel comienza desde lo alto, este desde lo bajo; allí se enseña al Hijo de Dios a descender a lo bajo, aquí al hombre a ascender desde lo bajo a la semejanza de Dios. En estos grados el primero es el espíritu de temor, que bien conviene a los humildes, de los que se dice: Bienaventurados los pobres de espíritu. Pues este temor es filial, del que se dice: El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Salmo CX, 10). El temor del Señor hace el desprecio de este mundo, y enriquece al hombre voluntariamente pobre con bienaventuranza. Por eso la gracia suprema, previendo nuestra salvación, nos ha concedido una oración, en la que con una súplica septiforme podamos impetrar el espíritu septiforme: para que con el auxilio de la gracia septiforme alcancemos las siete virtudes mencionadas, y por ellas merezcamos llegar a la bienaventuranza. Mientras en la última parte de la oración del Señor pedimos, libranos del mal, parece que oramos para que por el espíritu de temor del Señor se aleje de nosotros toda hinchazón de soberbia, y suceda la humildad de la verdadera pobreza, a la que se le da la bienaventuranza de la vida celestial.

El segundo es el espíritu de piedad, que conviene a los mansos: pues quien busca vivir piadosamente, medita la Sagrada Escritura, y lo que aún no entiende no lo reprueba, por lo que tampoco resiste: lo que es hacerse manso. Para que esta virtud se conserve continuamente, ora para que no sea inducido en tentación.

En tercer lugar se pone el espíritu de ciencia, que conviene a los que lloran, porque ya saben de qué males están atados; que antes de leer en las Escrituras deseaban, y por eso suspiran por la patria. Y para que esas lágrimas sean útiles, oren y digan: Perdona nuestras deudas, es decir, los pecados con los que estamos detenidos, para que libres regresemos a la patria.

En cuarto lugar sigue el espíritu de fortaleza, que conviene a los que tienen hambre y sed de justicia; porque quienes desean el verdadero gozo, se esfuerzan por ser alimentados con los verdaderos bienes de los que tienen hambre. Pero esa hambre, para que llegue a la saciedad, se sostiene con el espíritu de fortaleza, para que no se canse en el camino y por eso oramos: Danos hoy nuestro pan de cada día.

En quinto lugar se pone el espíritu de consejo, que conviene a los misericordiosos. Pues nadie tiene misericordia si no es guiado por el espíritu de consejo. Por eso oramos: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Para que consultando la voluntad de Dios, tengamos misericordia de quien veamos que debe tenerse.

En sexto lugar se pone el entendimiento, que conviene a los de limpio corazón. A aquellos, a saber, que con el ojo del corazón purificado ven lo que el ojo corporal no pudo ver, ni el oído

oír. Este corazón limpio se dice que ve el reino de Dios: no aquel que ni comienza ni termina; sino el que está en nosotros, mientras se excluyen los vicios y el poder del diablo. Por eso oramos: Venga tu reino: es decir, da que por el espíritu de entendimiento podamos ser de limpio corazón, y preparar para ti un reino en nosotros.

Séptimo se coloca el espíritu de paciencia, que corresponde a los pacíficos, en quienes no hay movimiento rebelde, para que no discrepen en la santificación del nombre de Dios, sino que la vida y las costumbres muestren el nombre del Padre en los hijos. Por eso se debe orar: Santificado sea tu nombre.

O bien, observa así los grados de estas virtudes. A los pobres se les promete el reino de los cielos, es decir, a aquellos que por el espíritu de temor del Señor han despreciado todas sus cosas. A los mansos, la herencia, como un testamento del padre para quienes buscan con piedad. A los que lloran, sabiendo en qué males están envueltos, se les promete consuelo. A los que tienen hambre y sed, saciedad. A los misericordiosos se les promete misericordia, porque han brindado a otros la circunspección del consejo. A los puros de corazón, la facultad de ver a Dios. A los pacíficos, la semejanza con Dios, porque serán llamados hijos de Dios. Aquel es el más alto que merece ser llamado hijo. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo V, 10). Todos son llamados bienaventurados los que tienen lo que desean. La bienaventuranza es el estado más perfecto de la congregación de todos los bienes. Por lo tanto, son siete los que perfeccionan; el octavo es el que glorifica; la perfección prueba a aquellos que son de Dios. Por eso se lee: Enciéndase el horno para que se pruebe el oro (Sab. III, 6).

HOMILÍA III.

EN EL EVANGELIO SEGÚN MATEO. Jesús ordenó a sus discípulos subir a la barca y precederlo al otro lado del mar, mientras él despedía a las multitudes. (Mateo XIV, 22).

En esta lectura, según la inteligencia mística, se describe sumariamente el estado de la Iglesia desde la venida del Salvador hasta el fin del mundo. El Señor ordenó a sus discípulos subir a la barca cuando confió a los apóstoles y a sus seguidores el gobierno de la Iglesia. Y así, preceder al otro lado del mar, es decir, dirigirse al puerto de la patria celestial, antes de que él mismo se retire completamente de este mundo. Porque él está siempre aquí con sus elegidos y por sus elegidos hasta la consumación del siglo: y lo preceden al otro lado del mar mundano, quienes diariamente pasan de aquí a la tierra de los vivientes. Pues cuando haya enviado a todos los suyos allí, entonces, dejando a las multitudes de los réprobos, sin advertirles más para su conversión, sino abandonándolos a la perdición, migrará de aquí, para estar con sus elegidos en el reino. Por eso se añade: Hasta que despidiera a las multitudes. Porque al final del siglo despedirá a las multitudes de enemigos, para que sean llevados por el diablo a la condenación eterna. Y después de despedir a la multitud, subió solo al monte a orar. No despedirá a las multitudes de las naciones hasta el fin del mundo; pero despidió a la multitud del pueblo judío cuando, según Isaías, ordenó a sus nubes que no llovieran sobre la viña infructuosa (Isa. V, 6), es decir, ordenó a los apóstoles que no predicaran más a los judíos, sino que fueran a las naciones. Así, pues, despidió a aquella multitud, y subió al monte, es decir, a la cima del reino celestial, de la cual se había dicho: ¿Quién subirá al monte del Señor, o quién estará en su lugar santo? (Salmo XXIII, 3). El monte es altura, y ¿qué hay más alto que el cielo? A eso subió el Señor. Y subió solo, porque nadie sube al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo (Juan III, 13). Aunque también al final, cuando venga y reúna a todos nosotros, sus miembros, y nos eleve al cielo, incluso

entonces subirá solo; porque la cabeza con su cuerpo es uno, Cristo. Ahora, sin embargo, solo la cabeza sube, el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5). Y subió a orar, porque fue al Padre a interceder por nosotros. No entró en un santuario hecho por manos, figuras de lo verdadero, sino en el mismo cielo, para aparecer ahora ante el rostro de Dios por nosotros (Hebr. IX, 24).

Sigue: Al llegar la tarde, estaba solo allí. La tarde designa la proximidad del fin del siglo, de la cual también Juan dice: Hijitos, es la última hora (I Juan II, 18). Al llegar la tarde, estaba solo allí; porque, al acercarse el fin del mundo, entró solo en el santo de los santos como verdadero Pontífice, y está allí a la derecha de Dios, e intercede por nosotros (Rom. VIII, 34). Sin embargo, mientras él ora en lo alto, la barca es agitada por las olas en lo profundo. Pues aunque se levanten las olas, esta barca puede ser agitada; pero porque Cristo ora, no puede hundirse.

Sigue: La barca, en medio del mar, era sacudida por las olas. Porque el viento les era contrario. La barca es la Iglesia, el mar el siglo, las olas del mar las agitaciones del siglo y las tribulaciones del mundo, o los impulsos elevados de las tentaciones. El viento contrario, el espíritu de los demonios, por el cual las potestades del siglo están incitadas contra la Iglesia, y el mundo frecuentemente se conmueve contra los santos, y por el cual siempre se sugieren vicios o iniquidades. La nave, pues, era sacudida por las olas en medio del mar, mientras Jesús permanecía en la cima del monte; porque desde que el Salvador ascendió al cielo, la santa Iglesia ha sido agitada por grandes tribulaciones en este mundo, y golpeada por varios torbellinos de persecuciones, y atormentada por las maldades de diversos hombres malvados, y tentada de múltiples maneras por los vicios. Porque el viento le era contrario, ya que el soplo de los espíritus malignos siempre le es adverso, para que no llegue al puerto de la salvación; intenta hundirla con las olas de las adversidades del siglo, moviéndole todas las contrariedades que puede.

Sigue: En la cuarta vigilia de la noche, vino a ellos, caminando sobre el mar. Como la noche tiene doce horas, y cuatro vigilias militares, asignando tres horas a cada vigilia, la cuarta vigilia de la noche es el extremo de la noche. La noche designa las tinieblas de las tribulaciones y errores y vicios y peligros de las tentaciones. En la cuarta vigilia de la noche, es decir, en el extremo de la persecución, que había hervido durante mucho tiempo bajo los reyes paganos, o hacia el final de cualquier adversidad más grave, Jesús vino a los suyos. Y vino caminando sobre el mar, es decir, pisoteando todas las olas de las tribulaciones, y teniendo bajo sus pies todas las altiveces del mundo, y oprimiendo todas las alturas del siglo. ¿Qué se designa con el nombre del mar, sino la amargura de este mundo que se ensaña en la muerte de los buenos? El Señor camina sobre las olas del mar: porque, cuando se levantan las tormentas de la persecución, se rompen por el asombro de sus milagros. Porque quien mitiga las agitaciones de la locura humana, como si pisara las olas levantadas en cúmulo. Pues cuando la gentilidad vio que su costumbre era destruida por la predicación de la nueva conversación; cuando los ricos de este mundo vieron que los hechos de los pobres contradecían su altivez; cuando los sabios del siglo vieron que las palabras de los ignorantes se oponían a ellos, se hincharon en la tempestad de la persecución. Pero quienes, movidos por la adversidad de las palabras, se lanzan a las tempestades de la persecución, son moderados por la admiración de los signos, como hemos dicho. Por tanto, el Señor puso sus pasos en estas olas tantas veces como mostró milagros a los perseguidores soberbios.

Sigue: Y viéndolo caminar sobre el mar, se turbaron, diciendo que era un fantasma; y por miedo gritaron. Jesús pasa pisoteando las olas; y sin embargo, las tribulaciones son tan grandes, que incluso aquellos que han creído en Jesús, y se esfuerzan por perseverar hasta el

fin, a menudo se turban y temen no desfallecer: Cristo, digo, pisoteando las olas, es decir, deprimiendo las ambiciones y altiveces del siglo, los cristianos se espantan. Con razón, pues, los discípulos temieron al ver al Señor caminar sobre las olas: porque los cristianos, aunque tienen esperanza en el siglo futuro, cuando ven que se deprime la altivez de este siglo, a veces se turban por la destrucción de las cosas humanas, y no piensan que esto lo hace Dios, sino el enemigo. Se turbaron, pues, diciendo que era un fantasma: porque mientras consideran que la gloria del mundo es abatida, y las altiveces de las elaciones seculares son derribadas, y las olas mundanas son pisoteadas, a menudo se turban por los golpes del mundo: porque aún no entienden que Dios hace estas cosas, sino que piensan que el espíritu fantasmal de este mundo, es decir, el engañoso Satanás, hace tales cosas en el mundo, y por miedo claman turbados al Señor. Pero después, al atender más diligentemente, abren el Evangelio, abren las Escrituras divinas, y encuentran allí todas estas cosas predichas, y advierten que no es aquel espíritu vano y sombrío, que perdió la verdad, sino el verdadero Señor quien hace estas cosas, y deprime las altiveces del siglo, para que sea glorificado por los humildes.

Por eso se añade adecuadamente: Y Jesús les habló enseguida, diciendo: Tened confianza; Yo soy, no temáis. Porque habla a los suyos tales cosas, ya sea por inspiración interna, o por las Escrituras, o por los predicadores. No dudéis, dice, sino tened confianza, no temáis, sino sed intrépidos: porque Yo soy, quien predije estas cosas, y ahora las hago por vuestras utilidades; y por eso es necesario que se hagan. Yo soy, quien no cambia, y cuyas palabras no pasan, sino que permanecen, y se cumplen en los hechos; quien dijo a Moisés: Yo soy el que soy (Éxodo III, 14), y le ordené: Así dirás a los hijos de Israel: El que es, me ha enviado a vosotros (Ibid.). Pues cualquier cosa, si es mutable, no es verdaderamente. No hay verdadero ser donde hay ser y no ser. Porque lo que puede cambiar, cambiado, no es lo que era. Y en la verdad, que permanece, no hay cambio, ni pasado ni futuro, sino solo presente, y esto incorruptiblemente: lo que no está en la criatura. Examina, pues, los cambios de las cosas, y encontrarás: fue y será. Piensa en Dios, y encontrarás: es donde fue y será no puede ser. Con razón, pues, Cristo, que es la verdad eterna e inmutable, dice a los suyos que fluctúan entre las tribulaciones mundanas: Yo soy, no temáis.

Sigue: Respondiendo Pedro, dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Y él dijo: Ven. Pedro designa el orden de los predicadores; las aguas significan no solo tribulaciones, sino también pueblos. Si eres tú, si permaneces inmutable; manda, porque tu mandato es virtud eficiente; manda que yo vaya a ti sobre las aguas, es decir, sobre las olas de las tribulaciones mundanas y sobre los pueblos; para que yo, adhiriéndome a ti inmutable, me vuelva inmutable, por participación de tu firmeza. Pues va sobre las tribulaciones, quien no es superado ni hundido por ellas, sino que las pisa y supera: como leemos que bajo Esteban se hizo aquella tribulación, en la cual él primero puso su vida por Cristo (Hechos VII). Pero también va sobre los pueblos hacia Cristo, quien, gobernando multitudes de fieles, tiende al reino de los cielos.

Sigue: Y descendiendo Pedro de la barca, caminaba sobre las aguas, para ir a Jesús. Esto se cumplió y se cumple, mientras los santos predicadores son enviados a las naciones extranjeras. Pues Pedro desciende de la barca, cada vez que cualquier santo doctor, del seno de la madre Iglesia, donde fue educado, con piadosa condescendencia fue a aquellos que estaban fuera, para mostrarles el camino de la salvación. Y caminó sobre las aguas, mientras pisoteaba y superaba las tribulaciones, y sometía a sí mismo a las multitudes de hombres, haciéndolos creer en Cristo. Caminó, digo, no se detuvo: porque siempre huyendo más lejos de las cosas que están detrás, se promovió más y más hacia las que están delante de él, y progresó con incrementos diarios de virtudes. E hizo todas estas cosas, para ir a Jesús, quien

es el Salvador y la verdad inmutable; para que, tomándolo y adhiriéndose a él, tuviera en él la verdadera salvación e inmutabilidad.

Sigue: Pero viendo el viento fuerte, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, clamó diciendo: Señor, sálvame. El viento fuerte es el vehemente esfuerzo de los demonios para agitar los corazones de los hombres, como las aguas del mar en la inquietud de la persecución de los fieles; o para persuadir fuertemente el mal. Este viento soplará fuerte cuando Satanás sea liberado en sus fuerzas en el tiempo final contra los justos. Lo cual parece ser designado ahora en esta sentencia, porque se dice que Pedro, que es el orden de los predicadores, viendo el viento fuerte, tuvo miedo. ¿Quién de los perfectos no temerá, cuando bajo el Anticristo aquella inmensa persecución arderá por todas partes? Temiendo, comenzará a hundirse un poco: porque por el horror de la atrocidad de los suplicios que se infligirán a los santos, y por la admiración de los signos engañosos que se harán por los seguidores del Anticristo, fluctuando un poco en su corazón, sentirá algo en la parte inferior de su alma, que si la mano de Cristo no lo levanta, fácilmente podría hundirse por completo. Pero porque será elegido, clamará a Cristo: Señor, sálvame, y así, con su ayuda, será levantado. Porque entonces habrá una gran tribulación como no la ha habido desde el principio de la creación hasta ahora, ni la habrá. Y si no se acortaran aquellos días, no se salvaría ninguna carne: pero por causa de los elegidos, aquellos días serán acortados (Mateo XXIV, 21, 22).

Por eso se sigue adecuadamente: Y enseguida Jesús extendiendo la mano lo tomó, y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? Porque el Salvador rápidamente extenderá la mano de su auxilio salvador a cada uno de los suyos, porque no permitirá que sean tentados más allá de lo que puedan soportar (I Cor. X). Y a cada uno de ellos lo tomará rápidamente, es decir, lo asumirá y lo sostendrá y lo libraré con una cierta fuerza de ayuda divina. Hombre de poca fe, dice, ¿por qué dudaste? ¿De quién no titubeará la fe en aquella tribulación; cuando el mártir, que derramará su sangre por Cristo, no podrá hacer ningún signo, y ante sus propios ojos su torturador hará signos? Pensemos, pues, cuál será aquella tentación de la mente humana. ¿De quién no se sacudirá entonces la virtud desde el mismo fondo de sus pensamientos; cuando quien azota con látigos, resplandece con milagros? Porque entonces el Anticristo y sus ministros se desatarán con tal iniquidad y engaño contra los justos, que incluso los corazones de los elegidos serán heridos por no poco temor. Por eso está escrito: Para que sean inducidos al error, si fuera posible, incluso los elegidos (Mateo XXIV, 24). Lo cual se dice, no porque los elegidos vayan a caer, sino porque serán aterrorizados como si fueran a caer. También se debe notar que esta agitación de las olas, y la vacilación de Pedro, o el comienzo de su hundimiento, también se realiza diariamente en nuestro tiempo según el sentido espiritual. Para cada uno, su propia codicia es una tempestad. Amas a Dios, caminas sobre el mar, bajo tus pies el tumor del siglo. Amas al siglo, te absorbe: porque sabe devorar a sus amantes, no llevarlos. Pero cuando tu corazón fluctúa con codicia, para vencer tu codicia, invoca la Divinidad de Cristo. Porque piensas que el viento es contrario cuando surge la adversidad de este siglo, y no también cuando la prosperidad halaga. Pues cuando hay guerras, cuando hay tumultos, cuando hay hambre, cuando hay pestilencia, cuando a cada uno de los hombres incluso en particular le sucede una calamidad privada, entonces se piensa que el viento es contrario, y allí se piensa que se debe invocar a Dios: pero cuando el siglo sonríe con felicidad temporal, como si no hubiera viento contrario. No preguntes por la tranquilidad del tiempo: sino pregunta por tu codicia. Ve si hay tranquilidad en ti: ve si no te subvierte el viento interior. Porque es de gran virtud luchar con la felicidad, para que no seduzca, no corrompa, no subvierta esa felicidad. Aprende a pisotear el siglo; recuerda confiar en Cristo. Y si tu pie se mueve, si vacilas, si no superas algo, si comienzas a hundirte, clama a Jesús: Señor, sálvame. En Pedro, pues, se debe considerar la condición común de

todos nosotros, para que si el viento de las tentaciones intenta subvertirnos en algo, o la ola intenta sumergirnos, clamemos a Cristo. Él extenderá su mano, y nos librará del abismo.

Sigue: Y cuando subió a la barca, cesó el viento. En el último día subirá a la nave de la Iglesia; porque entonces se sentará sobre el trono de su Majestad (Mateo XXV): que el trono no se entiende inconvenientemente como la Iglesia. Porque quien ahora habita siempre en la Iglesia por la fe y la buena obra, él mismo entonces entrará en la Iglesia por la manifestación de su gloria. Y entonces cesará el viento: porque los demonios ya no tendrán poder para emitir llamas de tentaciones o conmociones de tribulaciones contra ella. Entonces todo le será pacífico y tranquilo.

Sigue: Los que estaban en la barca, vinieron, y lo adoraron, diciendo: Verdaderamente eres el Hijo de Dios. Los que en la Iglesia fielmente entre las tormentas de las tentaciones se acercan gozosos a él, y entrando con él en su reino lo adorarán, y perpetuamente alabándolo, clamarán verdaderamente que es el Hijo de Dios. Entonces se cumplirá lo que se dice de los elegidos resucitados de la muerte: Vendrá toda carne, para adorar ante mi rostro, dice el Señor (Isa. LXVI, 23). Y también: Bienaventurados los que habitan en tu casa: te alabarán por los siglos de los siglos (Salmo LXXXIII, 5). Porque a quien creyeron con el corazón para justicia, y confesaron con la boca para salvación (Rom. X, 10), a este lo verán con el corazón para vida, y lo alabarán con la boca para gloria, contemplando cómo es engendrado inefablemente por el Padre, con quien vive y reina en la unidad del Espíritu Santo Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA IV.

EN EL EVANGELIO SEGÚN MATEO: Después de seis días, Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos. Y lo demás. (Mateo XVII.)

Porque nuestro Salvador ha dispuesto introducir a sus elegidos a la vida de futura bienaventuranza, que no conoce el trabajo, a través de los trabajos de esta vida; a veces describe, mediante su Evangelio, los sudores de las luchas temporales, y a veces la palma de los premios eternos, para que, al escuchar las necesidades de los combates, recuerden que no deben buscar el descanso en esta vida; y al escuchar la dulzura de la futura bienaventuranza, soporten más fácilmente los males pasajeros, que esperan ser recompensados con bienes eternos. Pues, habiendo predicho un poco antes sus propias pasiones y las de los suyos, dijo: "Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según sus obras" (Mat. VI, 27). Donde los discípulos podían decir en sus pensamientos: Ahora dices que vendrán la muerte y la destrucción; pero lo que prometes, que vendrás en la gloria del Padre con el ministerio de los ángeles y el poder del juez, eso se diferirá a tiempos lejanos. Previendo, pues, el conocedor de lo oculto lo que podrían objetar, compensó el temor presente con una recompensa presente. Añadió: "En verdad os digo, hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean al Hijo del hombre viniendo en su reino" (Mat. XVI, 28). Como si dijera: Tal como vendrá al final, así se mostrará en el tiempo presente por vuestra incredulidad, a los que están aquí presentes. Pues, como el tiempo del juicio universal es incierto para todos, y la hora de su salida es incierta para cada uno, y la presente aflicción podría parecer larga a los que no saben cuándo vendrá el descanso prometido. El piadoso Maestro quiso premonstrar a algunos de sus discípulos, aún viviendo en la tierra, las alegrías de la promesa eterna; para que tanto ellos, que lo vieron, como todos los que pudieran oírlo, soportaran más fácilmente las adversidades presentes,

recordando a menudo el don de la futura retribución que esperaban. Dijo: "Hay algunos aquí presentes, que no gustarán la muerte, hasta que vean al Hijo del hombre viniendo en su reino". Pues sus discípulos lo vieron viniendo en su reino, cuando lo vieron resplandecer en el monte con esa claridad, en la que, después del juicio, será visto por todos los santos en su reino.

Sigue en la narración evangélica aquello de lo que queremos hablar: "Y después de seis días, Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto". Que "después de seis días", desde que prometió a los discípulos la claridad de su visión, el Señor la mostró, significa que los santos recibirán el reino en el día del juicio, que les prometió el Dios que no miente, antes de los tiempos seculares (Tit. I, 2). Pues los tiempos seculares constan de seis edades. Completadas estas, oirán del Señor: "Venid, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo" (Mat. XXV, 34). También los "seis días" de la promesa de la visión y gloria del Señor pueden designar la perfección de las buenas obras, sin las cuales nadie puede llegar a contemplar la majestad de su Creador. Pues el Señor formó la creación en seis días, y el séptimo descansó de sus obras (Gen. I, II); correctamente, por "seis días" se expresan las buenas obras, por las cuales debemos llegar al descanso. Y porque quien desea ver a Dios y alcanzar la gloria de la bienaventurada resurrección, debe hacer las buenas obras que conoce; correctamente, después de seis días, el Salvador mostró a los discípulos la gloria de su reino que les había prometido. Sin embargo, Lucas escribió: "Y aconteció, después de estas palabras, casi ocho días, y tomó a Pedro, a Juan y a Santiago, y subió al monte a orar" (Luc. IX, 28). Según Lucas, el Señor manifestó a los discípulos la prometida gloria de la futura bienaventuranza al octavo día, para que, mostrando la dulzura de la vida celestial, confortara los corazones de todos los que pudieran oírlo, y enseñara que el verdadero gozo vendrá en el tiempo de la resurrección. Pues él mismo resucitó al octavo día, es decir, después del sexto día del sábado, en el que subió a la cruz; y el séptimo del sábado, en el que descansó en el sepulcro: y nosotros, después de las seis edades de este siglo, en las que toleramos trabajos por el Señor, y el séptimo del sabbatismo de las almas, que se lleva a cabo en otra vida, resurgiremos ciertamente en la octava edad. Pues lo que Mateo, o incluso Marcos, dicen que el Señor fue transfigurado "después de seis días", no discrepa ni en el orden del tiempo ni en la razón del misterio de Lucas, que pone "ocho días". Porque Mateo narra solo los días intermedios, por lo que recuerda absolutamente que fue hecho "después de seis días"; pero Lucas añade el primero, en el que el Señor prometió esto, y el último, en el que cumplió su promesa, y por eso, hablando más moderadamente, pone "casi ocho días". Y en la razón mística, aquel designa que después de las seis edades del mundo los santos descansarán de todo trabajo, y este que resurgirán en el octavo tiempo. El Señor tomó a tres discípulos para mostrarles su glorificación, o porque quienes ahora guardan íntegra la fe de la santa Trinidad operando en la caridad, entonces se alegrarán perpetuamente de su visión revelada; o porque hay tres órdenes de fieles en la Iglesia, que solo merecen llegar a esta visión, a saber, los prelados, los continentes y los casados. Pues quien no se encuentre en alguno de estos tres grados, no pertenecerá al gozo de esta visión. Pedro, por su primacía, designa a los prelados de la Iglesia: Juan, que se dice haber permanecido virgen, prefigura a los célibes y despreciadores del mundo: Santiago, que se llama suplantador, significa a los casados y a los que usan lícitamente del mundo. Así, el Señor, para mostrar su gloria a estos tres discípulos, por quienes se designan todos los elegidos, los lleva a un monte alto, para enseñar a todos los que desean ver esto, que no deben yacer en las bajas voluptuosidades, ni servir a las seducciones carnales, ni adherirse a las codicias terrenales; sino que deben elevarse siempre por el amor de lo eterno a lo alto, y siempre imitar, en cuanto es posible a los mortales, la vida de pureza angélica, de piedad, de paz, de amor, de bondad y de justicia, según aquello del Apóstol:

"Nuestra conversación está en los cielos. De donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo, que transformará el cuerpo de nuestra humillación, para que sea conforme al cuerpo de su gloria" (Filip. III, 20, 12). Para mostrar la gloria de su Majestad, lleva a los discípulos al monte, para que aprendan ellos, y todos los que desean ver esto, que no deben buscarla en la profundidad de este siglo, sino en el reino de la bienaventuranza celestial, y se esfuercen por hacerse dignos de ascender al monte del Señor, y estar en su lugar santo. Y bien el evangelista, cuando dijo que los llevó a un monte alto, añadió "aparte": porque los justos, aunque entonces son oprimidos por la vecindad de los perversos, sin embargo, con toda su mente e intención, y con la ejecución de sus obras, están separados de ellos, y en el futuro serán completamente segregados de ellos, cuando el Señor los esconda en el secreto de su rostro de la perturbación de los hombres, y los proteja en su tabernáculo. Según Lucas, subió al monte para orar, y así ser transformado: porque subió a la secreta altura del cielo, como verdadero Pontífice, para interceder por los suyos, y manifestarles allí su gloria; y para mostrar que quienes esperan la bienaventurada resurrección, y desean ver al Rey en su hermosura, deben habitar con la mente en lo alto, y dedicarse a la oración continua.

Sigue: "Y se transfiguró delante de ellos. Y resplandeció su rostro como el sol; y sus vestiduras se hicieron blancas como la nieve". Lucas dice: "Y mientras oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestidura blanca y resplandeciente" (Luc. IX, 29). El Señor se transfiguró ante los discípulos, y apareciendo en otra apariencia de rostro, no perdió la forma del cuerpo humano, sino que premostró su glorificación y la de los suyos. Pues la apariencia de su rostro se hizo otra, es decir, de otra gloria, cuando resplandeció como el sol. La claridad de este esplendor y gloria pertenecía especialmente a la naturaleza de la humanidad asumida. Pues aquella visión inefable e inaccesible de su Divinidad, que se reserva para la vida eterna a los bienaventurados de corazón puro, de ningún modo podían contemplarla los discípulos aún rodeados de carne mortal. En esta transfiguración, el Señor premostró la gloria de su cuerpo, que iba a ser iluminado por la resurrección, y advirtió cuán gloriosos serían los cuerpos de todos los elegidos después de la resurrección. Pues de ellos dijo en otro lugar: "Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre" (Mat. XIII, 43). Y aquí, en ejemplo de su futura clarificación, resplandeció su rostro como el sol. No porque la gloria y claridad del Señor y de sus santos puedan ser iguales; sino porque no conocemos nada más claro que el sol: no solo la gloria del Señor, sino también la de los santos en la resurrección se compara con la vista del sol, porque no se pudo encontrar algo más claro que el sol para dar ejemplo a los hombres. También podemos entender por su rostro el conocimiento presente y manifiesto de su humanidad. Resplandeció, pues, su rostro como el sol: porque en aquel reino de la bienaventuranza celestial, la contemplación de su humanidad resplandecerá para todos los santos con un único y singular esplendor clarísimo, como el sol supera con su única y singular claridad a todo lo que se ve luminoso con los ojos corporales. Sus vestiduras, que resplandecieron blancas como la nieve, no incongruentemente se entienden figurativamente como sus santos, según dice el Apóstol: "Todos los que habéis sido bautizados, os habéis revestido de Cristo" (Gál. III, 27). Estas vestiduras, que mientras él vivía entre los hombres en la tierra parecían despreciables y similares a las de los demás; pero cuando subió al monte, resplandecieron con un nuevo brillo: porque, como dice Juan, "ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos: sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es" (I Juan III, 2). Por eso bien dice Marcos de estas mismas vestiduras que "se hicieron resplandecientes, muy blancas, como la nieve, cual ningún batanero en la tierra puede blanquear" (Marcos XVIII, 2). Porque lo que es evidente para todos, nadie puede vivir sin corrupción y dolor sobre la tierra, nadie puede vivir sin el contacto de algún pecado sobre la tierra. Pero lo que el batanero, es decir, el doctor de las almas, o algún purificador excelente de su cuerpo, no puede hacer sobre la

tierra, el Señor lo hará en el cielo, limpiando a la Iglesia, su vestidura, de toda contaminación de carne y espíritu, y además renovándola con la eterna bienaventuranza y luz de carne y espíritu.

Sigue: "Y he aquí que se les aparecieron Moisés y Elías hablando con él". Lucas expuso esto más plenamente: "Y he aquí dos hombres hablaban con él. Eran Moisés y Elías vistos en majestad, y hablaban de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén" (Luc. IX, 30, 31). Moisés y Elías, que hablaron en el monte con el Señor, y hablaban de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén, es decir, de su pasión y resurrección, designan los oráculos de la ley y los profetas, que en el Señor se cumplieron, y ahora son patentes a los doctos, y en el futuro se manifestarán más claramente a todos los elegidos. Que bien se dice que fueron vistos en majestad, porque entonces se verá más claramente con cuánta dignidad de verdad fue pronunciado no solo el sentido, sino también la palabra de todos los discursos divinos. Podemos entender por su partida especialmente la exaltación de su humanidad, por la cual excedió a todo, como enseña el Apóstol diciendo del Padre: "Para que sepáis cuál es la supereminente grandeza de su poder, que opera en Cristo, resucitándolo de los muertos, y sentándolo a su derecha en los cielos, sobre todo principado, y potestad, y virtud, y dominación, y todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero; y todo lo sometió bajo sus pies" (Efes. I, 18-21). Este es el exceso del Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo. Este exceso, aunque el Padre lo operó, él mismo, según el poder de su divinidad, no obstante, lo operó y completó. Porque todo lo que el Padre hace, el Hijo lo hace igualmente (Juan V, 19). Y lo completó en la Jerusalén celestial, donde siempre se ve la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento (Filip. IV, 7). Pero también en sus santos completará un gran exceso, cuando después del juicio los eleve hasta la altura de la visión paterna. Este exceso de la cabeza y de los miembros en la ciudad del gran rey, Moisés y Elías lo decían: porque la gloria de la exaltación de Cristo y de la Iglesia fue predicha continuamente por la ley y los profetas. Sin embargo, Lucas solo añade aquí, diciendo: "Pero Pedro y los que estaban con él estaban cargados de sueño. Y al despertar vieron su majestad, y a los dos hombres que estaban con él" (Luc. IX, 32). Pues este solo, que mencionó el "octavo día", ahora describe la apariencia de la resurrección. Pues en Pedro y sus compañeros, como se dijo antes, se designan todos los elegidos, que están cargados de sueño, mientras sus cuerpos duermen en los sepulcros hasta el fin del siglo: pero en el día de la resurrección despertarán, y serán elevados para ver perpetuamente la gloria de su majestad. Y también verán a los dos hombres que están con él, es decir, la verdad del sentido de la ley y los profetas, que predijeron esta clarificación. O estaban cargados de sueño: porque el esplendor incomprensible de la divinidad oprime con un cierto peso grave los sentidos de nuestro cuerpo. Y al despertar vieron su majestad: porque quienes sacuden el sueño del cuerpo de su corazón, y se vuelven vigilantes con la mente, son elevados a la luz de la visión celestial.

Sigue: "Respondiendo Pedro, dijo a Jesús: Señor, bueno es que estemos aquí. Si quieres, hagamos aquí tres tabernáculos, uno para ti, uno para Moisés y uno para Elías". Y Lucas, al hablar de los dos hombres, dice: "Y aconteció que, al separarse de él, Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es que estemos aquí; hagamos tres tabernáculos, uno para ti, uno para Moisés y uno para Elías: no sabiendo lo que decía" (Luc. IX, 33). La separación de Moisés y Elías de Cristo debe entenderse según aquello que dice el Apóstol, que "cuando venga lo perfecto, lo que es en parte se acabará" (I Cor. XIII, 10). Pues la doctrina de la ley y los profetas se retirará, cuando la manifestación de la visión divina aparezca a los santos. Pedro, al responder a lo que veía, dijo: "Bueno es que estemos aquí", y deseaba retener allí a los hombres que ya se separaban con la nueva construcción de tabernáculos. Pues cuanto más alguien degusta la

dulzura de la vida celestial, tanto más desprecia todo lo que le agradaba en lo bajo: con razón él, ahora viendo la majestad del Señor y de sus santos, de repente olvida todo lo que conocía de lo terrenal, y se deleita solo en adherirse a lo que veía; y allí con Jesús desea habitar, donde se alegra con la gloria manifestada de él, diciendo: "Señor, bueno es que estemos aquí". Porque verdaderamente el único bien del hombre es entrar en el gozo de su Señor, y asistir eternamente a su contemplación. Por lo cual con razón nunca se debe considerar que tuvo algún verdadero bien, a quien, exigiéndolo su culpa, le sucede no ver nunca el rostro de su Creador. Pues si el bienaventurado Pedro, al contemplar la humanidad glorificada de Cristo, se ve afectado por tanto gozo, que de ningún modo quiere separarse de su vista: ¿qué pensamos que será la bienaventuranza de aquellos que merezcan ver la altura de su Divinidad? Y si con solo dos santos, a saber, Moisés y Elías, juzgó que era un gran bien ver la transfigurada apariencia del hombre Cristo en el monte, ¿qué palabra puede explicar y qué sentido puede comprender cuán grandes son los gozos de los justos, cuando lleguen al monte Sion, y a la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial, y a la multitud de muchos millares de ángeles (Hebr. XII, 22); y vean al mismo artífice y fundador de esa ciudad, Dios, no por espejo y enigma como ahora, sino cara a cara? (I Cor. XIII, 12.) Sin embargo, el bienaventurado Pedro, al pensar que se debían hacer tabernáculos para la conversación celestial, no sabía lo que decía. Pues en aquella gloria de la vida celestial no será necesaria una casa, donde, con la luz de la contemplación divina pacificando todo, no quedará ninguna aura de adversidad que temer, como testifica el Apóstol Juan, quien describiendo la claridad de esa ciudad celestial dice entre otras cosas: "Y no vi templo en ella; porque el Señor Dios Todopoderoso es su templo, y el Cordero" (Apoc. XXI, 22). No sabía, pues, lo que decía, quien había sido arrebatado de mente; porque en la casa del Padre, que está en los cielos, no es necesaria una casa hecha por manos. No sabía lo que decía, quien deseando retener siempre allí a Cristo en aquella claridad, no pensaba que el mundo no podía ser salvado sino por la muerte de Cristo. No sabía lo que decía, quien olvidó que el reino prometido a los santos por el Señor no está en ninguna parte de la tierra, sino en los cielos: ni recordó que él y sus coapóstoles, aún rodeados de carne mortal, no podían entrar en el estado de la vida inmortal.

Sequitur: Aún mientras él hablaba, he aquí que una nube luminosa los cubrió. Y he aquí una voz desde la nube, diciendo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; a él escuchad. Lucas también así: Mientras él hablaba, se formó una nube y los cubrió; y temieron al entrar ellos en la nube. Y se oyó una voz desde la nube, diciendo: Este es mi Hijo amado, a él escuchad (Luc. IX, 34). Porque Pedro buscaba hacer tiendas, fue advertido por la cobertura de la nube luminosa que en aquella morada de la vida celestial no serían necesarias casas, donde el Señor protege todo con la sombra eterna de su luz; quien habita en luz inaccesible (I Tim. VI, 16). Esta nube luminosa, que ahora se formó sobre los discípulos y los cubrió, es aquella luz inaccesible en la que Dios habita. Que es inaccesible a nuestras fuerzas, pero se accede a ella por dones divinos. Pues Moisés se acercó a la oscuridad en la que estaba Dios (Éxodo XX, 21). Porque aquella oscuridad, y esta nube, y aquella luz, son lo mismo. Porque toda luz corpórea, que por su excesiva claridad no puede ser vista, puede ser llamada con razón oscuridad e inaccesible, como también lo prueba el deslumbramiento de nuestros ojos al mirar el sol. De esta nube y luz se dijo mística en Éxodo: La nube cubrió el tabernáculo del testimonio, y la gloria del Señor lo llenó, y Moisés no podía entrar en la tienda del pacto, porque la nube lo cubría todo, y la majestad del Señor resplandecía (Éxodo XL. 32, 33). De esto también está escrito en el libro de los Reyes: La nube llenó la casa del Señor y los sacerdotes no podían estar de pie y ministrar por causa de la nube: porque la gloria del Señor había llenado la casa del Señor. Entonces Salomón dijo: El Señor dijo que habitaría en la

nube (III Reyes VIII, 10, 12). De esto también el venerable Padre Dionisio dice, como recordamos en otro lugar: La divina oscuridad es la luz inaccesible en la que se dice que habita Dios, y siendo invisible por la claridad sobreeminente, e inaccesible por la superexcelencia de la emanación de las luces supraesenciales. En esto está todo el conocimiento y visión de Dios digno, no viéndolo ni conociéndolo, verdaderamente hecho sobre la visión y el conocimiento, reconociendo esto mismo, porque está más allá de todo lo sensible e inteligible, y viendo la profecía, Maravillosa es tu ciencia para mí: fortalecida está, y no puedo alcanzarla (Salmo CXXXVIII, 6). A estas palabras tan ponderosas del bienaventurado Dionisio concuerda también David diciendo del Señor: Oscuridad bajo sus pies, y subió sobre los querubines, y voló: voló sobre las alas de los vientos. Y puso las tinieblas por su escondite (Salmo XVII. 10, 11, 12). La oscuridad está bajo sus pies, porque no es vista con la claridad con la que domina en lo alto. Porque subió sobre los querubines y voló: pues querubines se dice que es la plenitud del conocimiento; por lo tanto, se dice que ascendió sobre la plenitud del conocimiento y voló, porque ninguna ciencia comprende la altura de su majestad. Voló, pues, porque se elevó lejos en lo alto de nuestro entendimiento. Voló sobre las alas de los vientos, porque trasciende el conocimiento de las almas. Y puso las tinieblas por su escondite, porque mientras somos oscurecidos por la oscuridad de nuestra debilidad, se nos oculta por nuestra ignorancia, para que no lo veamos ahora en la eterna e íntima claridad. Puso las tinieblas por su escondite, porque en su conocimiento se oscurece la agudeza de la mente de toda criatura racional, y ve poco ser lo que puede conocer de él, en comparación con lo que siente ignorar de él. Nube y oscuridad alrededor de él: porque se oculta en una cierta oscuridad de su incomprendibilidad, y no puede ser conocido por la criatura, sino cuanto quiere revelar. En esta nube, pues, al entrar los apóstoles, temieron, porque cualquiera que progresa en la contemplación de Dios, para verlo en tal nube de oscuridad de sus misterios, lo hace con gran temor reverente. Por lo cual también los serafines, que lo conocen primero, velan su rostro y sus pies, y vuelan con las alas del medio: para que entendamos que incluso un orden tan sublime de espíritus beatísimos es temeroso en torno a las visiones divinas más altas y profundas, y se eleva moderadamente a las ciencias divinas. De la nube antes mencionada vino la voz del Padre, diciendo de Cristo: Este es mi Hijo, porque de la inmensa oscuridad de la incomprendibilidad divina procede hacia nosotros el alto conocimiento de la generación del eterno Hijo de Dios, en la cual ni el engendrador es anterior al engendrado, ni el engendrado posterior al engendrador: porque está claro que el Padre engendró eternamente, y el Hijo nació eternamente. Pero ¿quién narrará su generación, cuyo resplandor la agudeza de la mente aún no capta? (Isa. LIII, 8.) Porque los apóstoles deseaban ver el rostro resplandeciente del Hijo del hombre, el Padre se presentó en la voz, enseñando que él es su Hijo amado; para que aprendieran a suspirar por la presencia de su divinidad, que es igual y consustancial a él, desde la gloria de su humanidad que veían. Pero lo que dijo del Hijo, en quien me complazco, es lo que el mismo Hijo testifica en otro lugar: El que me envió está conmigo, y no me deja solo, porque yo hago siempre lo que le agrada (Juan VIII, 29). Pues cuando dijo de los hombres: Me arrepiento de haberlos hecho (Gén. VI, 7), como si se desagradara de sí mismo en los pecadores que había creado. Pero en el Unigénito solo se complació: porque no se arrepintió de haber creado a este hombre entre los hombres de ninguna manera, en quien no encontró pecado alguno por el cual se reprendiera, como por arrepentimiento; sino la plenitud de toda santidad, que le complació mucho. Y lo que añadió, a él escuchad, advirtió que él es de quien el mencionado Moisés advertía al pueblo, al que dio la ley, porque el Señor vuestro Dios os levantará un profeta de entre vuestros hermanos como yo, a él escucharéis según todo lo que os hable (Deut. XVIII, 15). Pues no prohíbe escuchar a Moisés y Elías, es decir, la ley y los profetas; sino que insinúa que debe preferirse la audición del Hijo, que vino a cumplir la ley y los profetas, y que debe anteponerse la luz de la verdad evangélica a todos los tipos y enigmas del antiguo testamento.

Sigue solo Mateo, diciendo: Y al oírlo los discípulos cayeron sobre su rostro y temieron mucho. La fragilidad humana no puede soportar la visión de una gloria mayor, y temblando con todo el ánimo y el cuerpo cae a tierra. Y todos los santos, cuando progresan en la visión de Dios, cuanto más contemplan las cosas internas de la Divinidad, tanto más se reconocen como nada. Por lo tanto, al oír la voz de Dios, Pedro y sus compañeros cayeron sobre su rostro, porque aunque el hombre sea elevado para entender las cosas sublimes, sin embargo, por la contemplación de la majestad de Dios, entiende la debilidad de su condición. Y como si no tuviera estado, quien se ve ante los ojos de Dios como polvo y ceniza. Pues oyeron la voz del Padre, porque por su revelación conocieron al Hijo completamente igual a él, sosteniendo todo, llenando todo, abarcando todo, superando todo, sosteniendo todo, en todas partes todo, incircunscrito e incomprensible: y cayeron sobre su rostro, porque tanto más se consternaron en sus pensamientos, cuanto más alto era para ellos lo que oían. Y pensando en la naturaleza y excelencia del Unigénito de Dios, se asustaron, y se sintieron viles en lo que comprendían, mientras se dirigían a las cosas celestiales, que no podían ser comprendidas por ellos. De aquí también Ezequiel dice de los animales alados: Cuando se oyó la voz sobre el firmamento que estaba sobre sus cabezas, se detuvieron y bajaron sus alas (Ezequiel I, 25). Los animales designan a los santos. Y el nombre de firmamento expresa al Unigénito encarnado, por lo cual en él nuestra naturaleza está firmada para la eternidad. Por lo tanto, se hace la voz sobre el firmamento, cuando el Padre dice de Cristo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco. Y entonces los animales se detienen y bajan sus alas: porque los santos con mente atenta se dirigen a las cosas celestiales, y humillan sus virtudes. Pues se detienen, cuando consideran con atenta contemplación a aquel que está sobre su cabeza, es decir, sobre sus mentes; y bajan sus alas, porque sus virtudes les parecen viles, mientras contemplan las alturas de la incomprensibilidad celestial. Pero también en lo que se dice: Este es el Hijo, en quien me complazco, bajan sus alas, porque en su inocencia y santidad ven en cuántas cosas ellos mismos pecan diariamente, y cuán poco tienen de la perfección de la santidad; y deponen toda presunción de sus fuerzas.

Sigue aún Mateo, diciendo: Y se acercó Jesús y los tocó, y les dijo: Levantaos, y no temáis. A los discípulos que yacían en la confusión de su debilidad se acercó por gracia, y los tocó por virtud, y les ordenó que se levantaran para obras fuertes; y que desecharan el temor que la caridad expulsa. Se acercó y los tocó, porque iluminó y ayudó. Se acerca, pero no toca; cuando por su gracia somos iluminados, pero no somos ayudados por nuestros méritos. Pues muchas veces vemos lo que debe hacerse, pero no podemos cumplirlo con obras. Nos esforzamos, y nos debilitamos. El juicio de la mente ve la rectitud, pero la fortaleza de la obra sucumbe a ella. Porque ciertamente ya es parte del castigo del pecado, que por don se pueda ver el bien; pero sin embargo, por mérito, se pueda ser repelido de lo que se ve. Pero el Señor se acercó a los postrados, y los tocó, y les ordenó que se levantaran: porque cuando humildemente yacemos reconociendo sutilmente nuestra debilidad, entonces somos tocados por la virtud del Espíritu Santo, y se nos ordena levantarnos para obras robustas, que no hagamos por temor, sino por caridad.

Sigue Mateo: Y levantando sus ojos, no vieron a nadie, sino solo a Jesús. Lo que también Lucas, mientras hablaba de la voz del Padre, así dice: La voz del Padre se hizo desde la nube, diciendo: Este es mi Hijo, etc. Y mientras se hacía la voz, Jesús fue hallado solo (Luc. IX, 35, 36), desaparecieron los siervos: para que reconociéramos indudablemente que solo Jesús es el Hijo natural y único de Dios, no Moisés ni Elías. Quienes, pues, en la consideración de su debilidad habían fijado los ojos de su mente mientras yacían, ellos mismos al levantarse levantaron esos mismos ojos espirituales a una contemplación más alta de lo divino. Y entonces no vieron a nadie, sino solo a Jesús: porque nadie está en la gloria de Dios Padre,

sino el Señor Jesucristo, y en comparación con él, ninguno de los santos es algo; y cesan las voces de la ley y los profetas, donde el Padre con su propia voz declara a su Unigénito.

Sigue: Y mientras descendían del monte, Jesús les ordenó, diciendo: No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de los muertos. Lucas, sin embargo, relata la observancia de este mandato, diciendo: Y ellos callaron, y no dijeron a nadie en aquellos días nada de lo que habían visto (Luc. IX, 36). El Señor, en verdad, ordenó que la visión de su majestad mostrada se mantuviera en secreto por un tiempo, para que si se divulgaba abiertamente entre los pueblos, o los mismos pueblos impidieran la dispensación de su pasión oponiéndose a los príncipes, y así se retrasara el efecto de la salvación humana que había de venir por su sangre: o ciertamente aquellos que al oír la misma visión hubieran creído, se escandalizaran al ver el oprobio de la cruz. Sin embargo, después de completada su pasión y resurrección y ascensión al cielo, y llenos los apóstoles del Espíritu Santo, fue predicada; para que todos los que quisieran ser iniciados en sus sacramentos, no solo creyeran en el efecto de la resurrección, sino que también pudieran aprender de aquellos que la habían visto el modo de su misma resurrección; y no menos la eternidad de la divina natividad, que habían oído del Padre, la predicaran a todos igualmente para que la creyeran y amaran. Dicho esto de la lectura evangélica, parece necesario añadir que así como en ella Moisés y Elías pueden designar la ley y la profecía, así el Señor Jesús puede designar el Evangelio; y sin embargo, si en algún lugar las cosas que están en la lectura pudieran entenderse menos claramente del verbo de la predicación evangélica, deben referirse al Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotros. Dice, pues: Hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean al Hijo del hombre viniendo en su reino. El Hijo del hombre no se entiende absurdamente como el sermón evangélico, porque el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5), lo engendró, es decir, lo produjo de sí mismo. Que, a saber, el sermón se ve en su reino, cuando aparece claro y poderoso, para que por su claridad ilumine las mentes de los oyentes, y por el poder de la virtud del Espíritu Santo las fortalezca, para que por ellos sea entendido y cumplido con obras. Y no gustarán la muerte, hasta que lo vean así, quienes antes de pagar la deuda de la muerte, son llevados a una gran comprensión de él, y lo cumplen con gran virtud de obras. Y no a todos los que asisten a Cristo, es decir, permanecen en la fe de Cristo, se les prometió y dio esto, sino a algunos. A esta sentencia de las palabras del Señor el evangelista añade: Y después de seis días, Jesús tomó a Pedro, y a Jacobo, y a Juan, y los llevó a un monte alto aparte. O: Sucedió después de estas palabras ocho días, y tomó a Pedro, y a Juan, y a Jacobo, y subió al monte a orar (Luc. IX, 28). Jesús, es decir, Salvador y saludable, es el sermón evangélico, del cual se dice: Recibid con mansedumbre la palabra implantada, que puede salvar vuestras almas (Santiago I, 21); y: Os hago saber, hermanos, el Evangelio que os prediqué, que también recibisteis, en el cual estáis; por el cual también sois salvos (I Cor. XV, 1, 2). Este sermón saludable y salvador, que contiene en sí la gracia del Espíritu Santo, tomó a Pedro, que se dice reconociendo; y a Juan, cuya interpretación suena, en quien está la gracia; y a Jacobo, que se interpreta suplantador; y los tomó después de seis días, o de ocho. Pues porque en seis días fueron creadas las obras del mundo, por seis días entendemos el mundo y sus obras; y porque en el octavo día se hizo la resurrección, por ocho días se expresa la gracia de la resurrección. Quienes, pues, han ascendido sobre el mundo, y han trascendido las obras de este siglo, y esperan con buena conciencia el fruto inmortal de la futura resurrección, estos pudieron ser llevados por la palabra del Evangelio al monte de la alta inteligencia; y aparte, para que estén alejados del tumulto de las terrenales cogitaciones, y allí ver la claridad de la misma Palabra transformada en gloriosa apariencia. En el cual, a saber, monte subió a orar: porque la misma Palabra de gracia, mientras progresa ante los ojos de nuestra mente en la altura de una inteligencia más alta y clara, intercede de algún modo por nosotros, porque nos hace espirituales y

recomendables a Dios. Subamos, pues, con la Palabra al monte: para que en su especie y hermosura nos aparezca, y prospere y reine. Pues según la medida de nuestra capacidad, la misma Palabra se nos disminuye y crece; y a menos que ascendamos a la cumbre de una prudencia más alta, no nos aparece la sabiduría, no nos aparece el conocimiento de los misterios, no nos aparece cuánta es la gloria, cuánta la belleza en la palabra evangélica, sino que cierta vileza y desprecio nos parece en ella. Se transfiguró ante ellos, dice, y su rostro se hizo de otra apariencia (Luc. IX, 29), porque la misma Palabra de Dios se transforma en otra apariencia de admirable belleza ante los ojos de aquellos que toma, es decir, enseña: y los lleva al monte de una inteligencia más alta, que parece a ellos, a quienes deja abajo en un sentido débil. Y su rostro resplandeció como el sol, es decir, el brillo de su aspecto resplandeció con incomparable y singular claridad. Pues nada son, en comparación con él, los discursos de doctrina singular. Sus vestiduras se hicieron blancas como la nieve: y su vestidura blanca resplandeciente. Las vestiduras de Cristo son las palabras de las Escrituras, y en los ojos de los altos poderosos blanquean como la nieve, y resplandecen los discursos de las lecturas divinas. Pero cuando cae la nieve, las aves del cielo no tienen dónde habitar, y más alegre de lo habitual el trigo [falta algún nombre, como cosecha, o grano] abunda. A lo cual se comparan adecuadamente las palabras de las Escrituras, que fueron enviadas del cielo a la tierra, y fertilizaron los campos áridos de nuestros pechos, y no dejaron lugar a los espíritus aéreos como aves inmundas.

Sigue: Y he aquí que se les aparecieron Moisés y Elías hablando con él. O: He aquí que dos hombres hablaban con él. Eran Moisés y Elías vistos en majestad, y hablaban de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén (Luc. IX, 30, 31). Moisés y Elías aparecieron en el monte con el Señor, hablando con él, porque la ley y los profetas se ven en lo alto de la inteligencia superior con el Evangelio, y concuerdan en sus dichos con él. Pero también fueron vistos en majestad con él: porque a los sabios y espirituales resplandecen con él en la gloria de la excelencia divina, y hablaban de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén: porque anunciaron la futura altura de su mismo sermón evangélico, que a saber, por dignidad y poder iba a superar todo en la ciudad de la paz eterna, y a permanecer sin fin. De aquí también el salmista cantó: Para siempre, Señor, tu palabra permanece en el cielo (Salmo CXVIII, 89). También el Señor dijo: El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Luc. XXI, 33).

Petrus, sin embargo, y los que estaban con él, estaban abrumados por el sueño: porque el cuerpo que se corrompe agobia el alma: y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15), y lo hace perezoso como por un sueño del cuerpo. Y al despertar vieron su majestad, y a dos hombres que estaban con él, porque cuando la mente lucha con fuerza contra la torpeza de la negligencia y supera el sueño de la ignorancia, puede ver la majestad de los sentidos del sagrado discurso, y la ley y la profecía permaneciendo con la palabra de la gracia del Evangelio. De otra manera: Pedro y sus compañeros estaban abrumados por el sueño. Los santos se ven abrumados por el sueño cuando descansan de la acción terrenal y del amor a las cosas temporales, y cierran los ojos de la mente al apetito de lo visible. Por eso no se dice simplemente que duermen, sino que están abrumados por el sueño, porque este tipo de sueño no se lleva a cabo sin el peso del trabajo. Los hombres santos, que son adormecidos no por la pereza sino por la virtud de las obras del mundo, duermen con más esfuerzo del que podrían vigilar; porque al superar las acciones de este siglo, luchan cada día con fuerte conflicto contra sí mismos, para que la mente no se adormezca por la negligencia, y para que la concupiscencia de la carne no prevalezca contra ella en algo, y para que ellos mismos no se vuelvan perezosos en la buena obra y en el deseo celestial. Y al despertar, dice, vieron su majestad, porque los que duermen en lo exterior,

como se ha dicho, y despiertan en lo interior, penetran en los misterios internos. De ahí que la esposa diga: Yo duermo, pero mi corazón vela (Cant. V, 2). Como si dijera: Mientras adormezco los sentidos exteriores de las preocupaciones de esta vida, con la mente libre conozco más vivamente lo interno. Pues tal alma actúa para expulsar completamente de sí la inquieta concupiscencia de este mundo, y abandona el ruido de los pensamientos terrenales; y a través del estudio de la quietud, vigilante, duerme atenta a las virtudes. Porque no se lleva a la contemplación de lo interno, a menos que se retire diligentemente de las cosas que implican exteriormente. Así que los que estaban abrumados por el sueño, despertaron y vieron su majestad: porque los que duermen de las preocupaciones de este mundo, y despiertan a los estudios celestiales, contemplan la majestad del sagrado discurso, y ven visiones espirituales. Señor, dice Pedro, es bueno que estemos aquí, es decir, permanecer en la contemplación de la majestad del discurso evangélico, y contemplar la ley y las profecías en la claridad de la inteligencia espiritual. A quien, ciertamente, llamaba señor y maestro: porque estaba dispuesto a servir a sus preceptos por amor, y deseaba ser instruido por sus doctrinas. Pero en lo que pidió hacer tres tabernáculos para los tres, no sabía lo que decía: cuando hay un solo tabernáculo del Evangelio, en el que habitan la ley y los profetas. Pues hasta ahora se nota la ignorancia de quien desea hacer tres tabernáculos para el evangelio, la ley y los profetas; cuando estos no pueden separarse en absoluto, teniendo un solo tabernáculo, es decir, la Iglesia de Dios.

Sigue: Mientras él aún hablaba, he aquí una nube luminosa los cubrió. Y he aquí una voz desde la nube, diciendo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, a él escuchad. Porque imprudentemente ofrecía tres tabernáculos a tres, como si fueran iguales y divididos, vino una nube luminosa, es decir, la incomprendibilidad de los misterios que tanto brilla como cubre, porque ilumina la mente con la manifestación de lo divino, y no revela a Dios en su totalidad; sino que oculta más de lo que revela. Vino, digo, una nube luminosa de este tipo, y cubrió sus mentes con su luz oscura. En la cual al entrar temieron, por los juicios incomprensibles de Dios, y por las otras cosas que en las Escrituras no pudieron comprender con la mente. Y de tanta incomprensibilidad de los misterios vino la voz de Dios diciendo del discurso del Evangelio que este es mi Hijo amado, en quien me complazco. Pues salió de Dios, y por Dios encarnado fue dado el mismo discurso de gracia; y contiene toda la perfección de la justicia que los mortales pueden captar; y declara todo el beneplácito de Dios. Por lo cual también dice de él, en quien me complazco. De donde también el Apóstol dice: La abrogación ciertamente se hace del mandamiento precedente por su debilidad e inutilidad; pues la ley no llevó nada a la perfección: pero se introduce una mejor esperanza, por la cual nos acercamos a Dios (Hebr. VII, 18, 19). Y también: Pues si lo primero hubiera estado sin culpa, no se habría buscado lugar para el segundo (Hebr. VIII, 7). Y por eso el Antiguo Testamento, que fue dado por un siervo, retiene en sí la vileza de la servidumbre; pero el Nuevo, que fue dado por el Hijo, posee el honor de la filiación, de quien se dice: Este es mi Hijo amado; y se añade de él, a él escuchad: porque todo lo que la ley de justicia y los profetas proclamaron está contenido en él, y mucho más. Pues el Señor dice allí: Todo lo que queráis que los hombres os hagan, hacedlo también vosotros a ellos; porque esta es la ley y los profetas (Mat. VII, 12). Y de la mayor justicia que hay en el Nuevo, que en el Antiguo: Habéis oído, dice, que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo, no juréis en absoluto (Mat. V, 33). Y también: Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu amigo, y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian (ibid. V. 43, 44), y muchas otras cosas de este tipo. Porque el Nuevo Testamento contiene todo lo que el Antiguo ordenó, y muchas otras cosas aún más sagradas; y por eso solo se nos manda escuchar el nuevo, es decir, obedecer sus preceptos.

Sigue: Y al oírlo los discípulos cayeron sobre su rostro, y temieron mucho. Porque ciertamente nosotros, al oír la excelencia del discurso divino, que está en el Nuevo Testamento, caemos sobre el rostro, es decir, nos humillamos, y nos avergonzamos de no haberlo honrado como debíamos obedeciéndolo reverentemente en todo, y por eso tememos mucho no sea que por ello seamos condenados. Y Jesús se acercó, y los tocó, y les dijo: Levantaos, no temáis. Porque ciertamente el mismo discurso evangélico se nos hace de algún modo más cercano a nosotros que yacemos en penitencia por el reconocimiento de nuestra culpa, y nos toca con la mano de sus sentencias, y nos manda levantarnos para obrar bien, y de aquí en adelante expulsa el temor. Pues ¿por qué temerá ya quien se levanta de la penitencia a las obras fuertes de las virtudes? Pues la perfecta caridad echa fuera el temor (I Juan IV, 18). Y al levantar sus ojos no vieron a nadie, sino solo a Jesús, es decir, el Nuevo Testamento. Pues al quitarse la nube, y desvanecerse Moisés y Elías, solo Cristo es visto; porque al retirarse la sombra de la ley y los profetas, el verdadero luz, con el resplandor de la gracia del Evangelio, brilla. Pues donde la sombra de la ley y la profecía se retira, que con su velo cubría las mentes de los hombres, ambas se encuentran en el Evangelio. Pues cuando eran tres, se hizo uno. Tres al principio fueron vistos, uno al final. Porque la ley, la profecía y el Evangelio, cuando se atienden según la superficie de la letra, parecen tres: cuando se miran según el sentido interior, aparece uno. Pues la ley y la profecía, según el entendimiento espiritual, no son otra cosa que la doctrina evangélica. De ahí que ya descendiendo del monte, es decir, de la altura de la inteligencia y contemplación más sublime a las profundidades de la conversación común, se les ordena no decir esta visión a nadie, sino después de la resurrección del Señor. Pues no debe narrarse a nadie la claridad del sagrado discurso, que ya ha sido mostrada a los sabios en esta altura de la contemplación, sino a quien ya cree que Cristo ha resucitado, porque ni él mismo abrió el entendimiento a sus discípulos para que comprendieran las Escrituras sino después del triunfo de su resurrección. De donde también el Apóstol ocultaba esta gloria de la hermosa claridad, con la que el discurso divino resplandece interiormente, a algunos, diciendo: No me propuse saber entre vosotros cosa alguna, sino a Jesús, y a este crucificado (I Cor. II, 2). Pero a otros ya avanzados les revelaba, de quienes dice: Hablamos sabiduría entre los perfectos (ibid., 6). Pues a los menores deben predicarse cosas menores, y a los mayores cosas mayores: cada uno debe ser enseñado según la medida de su capacidad. A aquellos, pues, que tienen gran sentido, y caminan en la novedad de vida, debe decirse la alta visión de la clarificación del discurso divino. De donde también ahora, como antes, puede entenderse el mismo discurso como el hijo del hombre. Pues este discurso es como si fuera muerto y como si se contara entre los muertos por aquellos que gravemente pecan contra él; y como si no existiera, no temen transgredirlo y pisotearlo. A quienes, mientras son tales, no debemos decirles la clarificación del mismo discurso divino; no sea que seamos culpados de dar lo santo a los perros y las perlas a los cerdos (Mat. VII, 6). Pero si el mismo discurso resucita en ellos por su penitencia y mejora de vida, entonces ya puede decirse a ellos la visión de su claridad, que nuevamente aparece a los que tienden a lo alto. Pero hemos expuesto esta lección, según nos ha sido dado desde el cielo, y hemos revelado sus misterios, para que todos los que han conocido esto, con la ayuda del Señor, se esfuercen por vivir así y se dirijan a lo alto, para que merezcan alegrarse de lo que se ha dicho tanto en este siglo presente como en el futuro, por Jesucristo nuestro Salvador, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios, antes de todos los siglos, y ahora, y por todos los siglos. Amén.

HOMILÍA V.

EN EL EVANGELIO SEGÚN MATEO: Dijo el Señor Jesús a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos es semejante a un hombre rey, que quiso ajustar cuentas con sus siervos.

Y cuando comenzó a ajustar cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Y lo demás (Mat. XVIII).

En esta lectura se nos advierte que perdonemos a los hermanos que pecan contra nosotros, si queremos que Dios nos perdone lo que hemos pecado contra él; o más bien, si deseamos que no nos exija de nuevo lo que ya nos ha perdonado. Pues he aquí que el siervo, que era deudor de diez mil talentos, se narra que obtuvo de su señor la remisión de toda la deuda: pero porque él después no quiso perdonar a su conservo cien denarios, se vio obligado a devolver todo lo que le había sido perdonado por su señor. Pues debería haber perdonado de buena gana a su conservo las cosas menores, quien sabía que le habían sido perdonadas por su señor las mayores. Pero veamos ya las palabras de la sagrada lectura en orden. El reino de los cielos, dice, es semejante a un hombre rey, porque evidentemente como se describe que hizo este rey, así se ha decretado que se haga en el reino de los cielos. Sin embargo, el reino de los cielos también se llama en este siglo la Iglesia de los fieles: porque mientras se esfuerzan por llevar una vida celestial en la tierra según su capacidad, el Señor ya reina en ellos como en los ángeles. Y por el insigne mérito de ellos, toda la Iglesia en conjunto, de la cual ellos son miembros, se llama el reino de los cielos; aunque en ella hay muchos que buscan más las cosas terrenales que las celestiales, y aún no permiten que Cristo reine en sus costumbres como debería. Sin embargo, el hombre rey, a quien se asemeja este reino, se entiende como el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, de quien en otro lugar está escrito: Un hombre noble se fue a una región lejana para recibir un reino para sí, y volver (Luc. XIX, 12).

Quiso ajustar cuentas con sus siervos, porque le agradó exigir en juicio la rendición de cuentas de lo que cada uno había hecho. Y cuando comenzó a ajustar cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Comienza ahora a ajustar cuentas, pues como dice Pedro: Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios (I Pe. IV, 17). Comienza a ajustar cuentas cuando, a través de la enfermedad, lleva a los hombres al lecho y a la muerte, para que, examinando sus acciones en juicio, los obligue a rendir cuentas. Así pues, cuando comenzó a ajustar cuentas, es decir, a urgir a cualquiera hacia la muerte por enfermedad, para que pensarán ya como si estuvieran ante el tribunal para rendirle cuentas; le fue presentado, es decir, fue llevado a la muerte por el ministerio de los ángeles, uno que le debía diez mil talentos, es decir, estaba acusado de la comisión de muchos y graves pecados. El número diez significa la plenitud de los mandamientos divinos, por el decálogo de la ley. El milenario, en cambio, representa la perfección consumada. El talento se considera el mayor de todos los tipos de peso. Diez mil talentos, por tanto, designan la perfección de muchos y graves crímenes, que se han cometido por la transgresión plena de los mandamientos de Dios. Y estaba atado por una deuda tan grave aquel que ahora se dice que fue presentado al rey, es decir, que fue urgido a la muerte en la enfermedad por los ángeles. Pero como no tenía con qué pagar, su señor ordenó que fuera vendido, junto con su esposa, sus hijos y todo lo que tenía, y que se le pagara. No tenía con qué pagar, porque de sí mismo tenía con qué caer en culpa; pero de sí mismo no tenía con qué levantarse hacia el perdón. Y por eso el Señor ordenó que fuera vendido, es decir, entregado a los demonios para la condenación eterna, y que se tomaran de él las penas. Y a su esposa, es decir, su placer carnal y concupiscencia, y a sus hijos, es decir, sus obras iniquas; y todo lo que tenía, es decir, sus palabras y pensamientos. Se vende con su esposa e hijos y todo lo que tiene, para pagar la deuda, quien es retirado de esta vida por la muerte del cuerpo; y con la culpa de su placer carnal y codicia, y de sus obras, palabras y pensamientos, es entregado a los espíritus malignos para ser poseído eternamente; para que, sufriendo penas perpetuas, satisfaga la justicia divina. Pero el siervo, postrándose, le rogaba, diciendo: Ten paciencia conmigo, y te

lo pagaré todo. Entonces el siervo se postra ante su señor y, para evitar la venta, es decir, la condenación, suplica humildemente; cuando aquel que, por sus pecados, teme la muerte inminente, como condenado, se somete humildemente a la clemencia divina, y por verdadera penitencia y pura intención del alma se convierte a Dios, prometiendo que en adelante pagará a Dios todo lo que le debe, si escapa de la sentencia de muerte que se le avecina. Porque quien enmienda todo lo que ha hecho mal y vive religiosamente en adelante, paga al Señor todo lo que le debía. Pero el señor, compadecido de aquel siervo, lo dejó ir y le perdonó la deuda. El siervo pedía humildemente una prórroga, y el señor misericordiosamente le concedió el perdón. Pues lo dejó ir, es decir, lo liberó a su propio arbitrio, concediéndole nuevamente un tiempo para vivir. Y por la concesión y la penitencia, le perdonó toda la deuda de sus culpas. Pero al salir aquel siervo, encontró a uno de sus compañeros, que le debía cien denarios. Y tomándolo, lo ahogaba, diciendo: Paga lo que debes. Mientras el siervo estaba en la angustia de la mencionada severidad, estaba de algún modo ante la presencia de su señor. Pero cuando fue liberado, para que según la voluntad de su libre albedrío pudiera hacer el bien o el mal; entonces salió de su señor, pues el Señor Dios está en todas partes, y nadie puede salir a un lugar donde Él no esté. Pero, como dije, entonces salió, no en lugar, sino en la relajación de sí mismo del señor, cuando nuevamente fue liberado a su arbitrio. Pero al salir, encontró a uno de sus compañeros, que le debía cien denarios. Este compañero era otro hombre, que había propuesto servir a Cristo el rey con él. Pero le debía cien denarios, porque había pecado contra él haciéndole algunas injurias. Cien denarios significan los pecados que el hombre comete contra el hombre; así como diez mil talentos significan los que se cometen contra Dios: porque así como la cantidad de cien denarios es pequeña en comparación con la cantidad y número de diez mil talentos; así cualquier cosa que el hombre peque contra nosotros, es pequeña y rara en comparación con las culpas que cometemos contra Dios noche y día y cada hora. Pues aunque el número cien significa perfección; sin embargo, el milenario designa una perfección mucho más plena. El talento también supera con su gran tamaño la pequeñez del denario. De lo cual se demuestra claramente que lo que pecamos contra Dios es grande y mucho, pero lo que los hombres pecan contra nosotros es pequeño y poco. Y por eso, si Dios nos perdona de buena gana tantos y tan grandes males que hemos cometido contra Él, mucho más fácilmente debemos perdonar a los hombres las pocas y pequeñas cosas que han pecado contra nosotros. Pero este siervo no quiso actuar así. Encontró, como se ha dicho, a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y tomándolo lo ahogaba. Lo tomaba, porque no quería perdonarle lo que había pecado contra él. Y lo ahogaba, es decir, lo angustiaba espiritualmente, y trataba de extinguirlo en la culpa del pecado cometido contra él. Pues el compañero deudor, es decir, el hermano que peca contra él, lo toma quien no le perdona lo que ha pecado contra él; sino que guarda en su corazón el recuerdo de la injuria que ha sufrido de él. Y lo ahoga, mientras estrangula espiritualmente su alma, y la oprime, y la angustia en el peligro del pecado, no perdonándole lo que ha cometido contra él, sino atándolo en la culpa. Paga, dice, lo que debes, es decir, ahora sin demora págame por todas las injurias que me has hecho. Y postrándose su compañero, le rogaba, diciendo: Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo. Postrándose su compañero, le rogaba, porque humildemente le pedía al menos una prórroga, diciendo: Ten paciencia, es decir, espérame pacientemente; y te lo pagaré todo, es decir, enmendaré todo lo que he pecado contra ti, y de ahora en adelante me comportaré bien contigo. Pero él no quiso; sino que fue y lo echó en la cárcel, hasta que pagara la deuda. No quiso esperar pacientemente a su compañero para que pudiera enmendarse, no quiso concederle un plazo; sino que sin reverencia a su señor fue y lo echó en la cárcel. Fue, es decir, apostatando y retrocediendo a cosas peores, se fue; y lo echó en la cárcel, hasta que pagara la deuda, es decir, según la obstinación maligna de su voluntad, lo sumergió en el infierno, hasta que pagara penas eternas por su culpa. Pues hay algunos hombres de mente

maligna, de los cuales este siervo es imagen, que, olvidando los graves pecados que ellos mismos han cometido, si se ofenden incluso levemente por la culpa de un hermano que peca contra ellos, caen en tal obstinación que, lo cual es un horror decirlo, desean que su hermano perezca en suplicios eternos antes que perdonarle lo que ha pecado contra ellos. Pero viendo sus compañeros lo que sucedía, se entristecieron mucho. Y fueron y contaron a su señor todo lo que había sucedido. Sus compañeros en este lugar se entienden como los sacerdotes y hombres religiosos, que viendo lo que se hacía inicualemente contra el hermano por él, se entristecieron mucho. Y fueron y contaron todo esto a su señor: porque volvieron a su corazón, y allí, dirigiéndose a la presencia divina, se quejaron en sus oraciones ante Él de todo esto. O los santos ángeles pueden entenderse como compañeros. Pues cuando Juan en el Apocalipsis quiso adorar al ángel, el ángel le dijo: Mira que no lo hagas, soy consiervo tuyo y de tus hermanos (Apoc. XXII, 9). Los ángeles, por tanto, son compañeros, que vieron lo que hacía el mal siervo, y se entristecieron mucho: porque, asignados a nuestra custodia, observan diligentemente todo lo que hacemos, y se alegran de nuestras buenas acciones, pero se entristecen por las malas. Sin embargo, no pueden ser afectados por la tristeza, porque son perfectamente bienaventurados; pero esto, que nuestros males les desagradan, se llama su tristeza. Se entristecieron mucho, es decir, les desagradó mucho lo que vieron que se hacía inicualemente. Y fueron y contaron a su señor todo lo que había sucedido: porque ellos anuncian a Dios todo lo que hacemos, ya sea bueno o malo, para que Él sepa qué ordenar que se haga con todo esto. Entonces su señor lo llamó y le dijo: Siervo malvado, te perdoné toda la deuda porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu compañero, como yo tuve misericordia de ti? El Señor llama nuevamente al siervo ingrato; y lo reprende por no haber querido tener misericordia de su compañero, habiendo él mismo recibido misericordia del Señor; cuando aquel, que olvidando el perdón recibido de Dios no quiso perdonar al hermano lo que había pecado contra él, es llamado de nuevo a la muerte por la enfermedad del cuerpo, y así al juicio: y también se le vuelven a imputar aquellos pecados que ya se alegraba de haberle sido perdonados por la penitencia. Porque el juicio será sin misericordia para aquel que no hizo misericordia (Sant. II, 13). Por lo cual se añade: Y enojado su señor, lo entregó a los verdugos, hasta que pagara toda la deuda. Pues quien no quiso perdonar al hermano, sino que lo echó en la cárcel por la deuda, con razón perdió el perdón que había recibido, y cayó en manos de los verdugos. Porque quien no libera al hombre hecho a imagen de Dios del pecado cuando se lo pide, sino que por la dureza de su mente, en cuanto depende de él, lo entrega al castigo del infierno, es odioso a Dios, y sin duda se adquiere la misma condenación para sí mismo. Por tanto, su señor se enojó; es decir, ejerció sobre él la severidad de la justa venganza. Pues Dios no puede en su naturaleza enojarse, quien siempre permanece tranquilo e inmutable; pero parece enojado con aquellos a quienes devuelve venganza. Por eso, la venganza misma se llama su ira. Así que, enojado, lo entregó a los verdugos, es decir, a los espíritus malignos, que lo atormentaran en el infierno, hasta que pagara toda la deuda, es decir, sin fin. Pues quien una vez ha sido entregado irrevocablemente a los ángeles crueles, cuyo oficio es atormentar a los reprobos, nunca más puede pagar la deuda: porque no puede enmendar lo que hizo mal por la penitencia y las buenas obras, y por eso siempre se ve obligado a soportar las penas. Pero a qué tiende esta parábola, el Señor lo manifiesta a continuación: Así también hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano. Así como el siervo fue llamado de nuevo a juicio, y se le exigió todo lo que le había sido perdonado, y fue condenado porque no quiso perdonar a su compañero lo que había pecado contra él; así también mi Padre exigirá de cada uno de vosotros lo que os ha perdonado por la penitencia; si no perdonáis de corazón a vuestro hermano todo lo que ha pecado contra vosotros. Así os llamará a juicio mi Padre, y reclamará lo que por misericordia os perdonó primero, y os entregará a los ángeles verdugos: si no perdonáis de corazón a vuestro hermano todo pecado que haya cometido contra vosotros; y lo

perdonáis no de manera simulada, sino verdaderamente de vuestros corazones, para que no quede en el corazón cuando lo hayáis perdonado de palabra. Sin embargo, el Padre no hará estos juicios por sí mismo, sino por el Hijo: porque, como testimonia el Apóstol, Dios juzgará los secretos de los hombres por Jesucristo (Rom. II, 16). Por eso, el pecado del hermano debe ser perdonado de vuestros corazones, porque Dios juzgará los secretos de los hombres, para que no vea ahora que se oculta en los secretos de nuestros corazones, y entonces inflija una condenación manifiesta por ello. Esforcémonos por tener misericordia y caridad hacia el prójimo, perdonándole misericordiosamente lo que ha pecado contra nosotros, y amándolo con un corazón puro, para que también nosotros obtengamos una recompensa similar de nuestro piadoso juez, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VI.

EN EL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS: Después que se cumplieron los días de su purificación según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abra el seno materno será llamado santo para el Señor. Y lo demás (Luc. II, 22).

Celebrando la ilustre festividad de este día, regocijémonos por los beneficios divinamente concedidos en ella. Pues ni la Virgen, que fue digna de concebir por el Espíritu Santo, ni el Hijo, a quien así engendró, necesitaron purificación; sino que en su purificación, Dios preparó y prefiguró nuestra purificación, ya que nosotros, infectados por muchas impurezas, necesitamos de una purificación múltiple. Lo que ahora se narra históricamente en la lectura evangélica sobre el Señor, debe entenderse espiritualmente sobre nosotros: porque si somos miembros o cuerpo de Él, Él está en nosotros; y lo que se hace de nosotros, se dice correctamente que se hace de Él. Pues el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, también se llama Cristo, como dice el Apóstol: "Así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo: así también Cristo" (1 Cor. XII, 12). De donde se desprende que todos los fieles junto con su cabeza son Cristo, lo cual puede probarse también por muchos otros pasajes de las Escrituras. Por tanto, cuando hablamos de la purificación de Cristo, refirámonos a aquella parte de Él que necesita purificación, es decir, al cuerpo. Así, lo que ahora se lee históricamente sobre la cabeza, se refiere mística o simbólicamente al cuerpo o a cualquier miembro de Él: porque "cuando se cumplieron los días de su purificación según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor". Los días de purificación del pueblo fiel o de la Iglesia, es decir, del cuerpo de Cristo, se cumplen diariamente, mientras cada uno de ellos se esfuerza continuamente por purificarse y limpiarse más y más; pero no se cumplirán completamente hasta el fin del mundo. Sin embargo, el fin del mundo es para cada uno la hora de su muerte, y quien sea hallado purificado de todos los pecados en su muerte, "se han cumplido los días de su purificación según la ley de Moisés". Pues esta purificación se realizaba en cuarenta días según la ley, y el número cuarenta o el período que es hasta el fin del mundo, o el tiempo de vida de cada uno de nosotros, significa. Por lo tanto, una vez completado tal período de cuarenta días, se cumplirán los días de purificación de la Iglesia o de cualquiera de los justos. Así habla la ley: "Si una mujer concibe y da a luz un varón, será impura siete días, como en los días de su menstruación; y al octavo día se circuncidará el niño. Ella permanecerá treinta días en la sangre de su purificación. No tocará cosa santa, ni entrará en el santuario, hasta que se cumplan los días de su purificación" (Lev. XII, 2). ¿Y quién es esta mujer, sino la Iglesia de los elegidos, o la persona de los predicadores? Pues esta, habiendo recibido la semilla de la palabra de Dios, da a luz de ella un varón, es decir, engendra espiritualmente un pueblo fuerte y nuevo de elegidos a través de la predicación. Los cuarenta días de su purificación, que se

dividen en siete y treinta y tres, si se exponen por separado, pueden significar por confirmación dos veces lo mismo que significan juntos una vez. Pues esta madre con su prole es impura siete días, porque la santa Iglesia, o la persona de los predicadores, con aquellos que ha engendrado en la fe, no está sin alguna mancha de pecado durante todo el tiempo de la vida presente, que se lleva a cabo en siete días. Pues ve "otra ley en sus miembros que lucha contra la ley de su mente" (Rom. VII, 23). Y por eso permanece impura, como en los días de su menstruación: porque así como la menstruación se separa del conjunto de los puros en los días de su impureza, así también esta se separa del conjunto de los ángeles en los días de su mortalidad. La menstruación no se toca con carne ajena, sino que se contamina con el flujo de su impureza; y significa el alma que no se mancha por acción, sino por pensamiento impuro en secreto. Así también la Iglesia de los santos, o el alma elegida, mientras vive en la carne del pecado; aunque no por obra, sin embargo, muchas veces se ensucia por el pensamiento del pecado; y por eso se juzga aún indigna de la sociedad de los ángeles bienaventurados. Pero el octavo día, en el que se circuncida al niño, es el día del bautismo, en el que cada neófito se despoja de la mancha de la primera generación, y al salir del lavacro se hace partícipe de la resurrección de Cristo, que iluminó al mundo en el octavo día. Pues por eso referimos el octavo día, en el que se circuncida al niño, no al tiempo de la resurrección eterna de todos, sino a la resurrección de Cristo, es decir, al bautismo de cada uno de nosotros; porque el niño, después de ser circuncidado, no entraba en el santuario hasta que se cumplían los treinta y tres días; así también cada uno de nosotros, aunque esté bautizado, no puede entrar en el templo de la bienaventuranza celestial, sino después de haber transcurrido el tiempo de la vida mortal, que se designa por los treinta y tres días. Pues todo este número consta de ternarios, y significa el tiempo de la fe. Con el hijo circuncidado, la madre permanece treinta y tres días en la sangre de su purificación; porque con cualquier elegido bautizado, la santa madre Iglesia, mientras camina por la fe y no por la vista, no puede purificarse completamente de la sangre de su purificación, es decir, del pecado del que se esfuerza continuamente por purgarse, y no puede lograrlo perfectamente, mientras aún lleva un cuerpo mortal. Por eso el salmista dice: "No se justificará en tu presencia ningún viviente" (Salmo CXLII, 2). Y Salomón: "No hay hombre justo en la tierra que haga el bien y no peque" (Ecl. VII, 21). Y aquel discípulo a quien Jesús amaba: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Juan I, 8). Por tanto, está claro que todos los que viven en la carne del pecado no pueden despojarse completamente de la mancha del pecado. Por eso aún se añade sobre la madre Iglesia: "porque no tocará cosa santa", es decir, aquella de la pureza perfectísima que tienen los ángeles; "ni entrará en el santuario", se sobreentiende de la patria celestial, "hasta que se cumplan los días de su purificación" (Lev. XII, 4), es decir, hasta que se haya completado el tiempo de la vida mortal, en el que se purifica continuamente, pero no alcanza la perfección de la purificación en ella. Tan grande y tan persistente es la contaminación que el espíritu inmundo infundió al género humano a través de Eva, que no puede ser purgada completamente, sino cuando llegue el fin de la vida mortal o del mundo. Pero así como por Eva vino la contaminación, así por María retorna la purificación. Entonces será la perfección de la purificación y la limpieza, cuando los justos triunfantes en la resurrección digan: "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh muerte, tu victoria? Porque el aguijón de la muerte es el pecado" (1 Cor. XV, 55, 56). De esta manera se cumplen los días de purificación del pueblo de Dios, según la ley de Moisés. Pero cuando los días de purificación se hayan cumplido así, los ángeles lo llevarán a la Jerusalén celestial, para presentarlo al Señor, donde permanecerá eternamente ante Él. Y esto se hará; está escrito en la ley del Señor: "porque todo varón que abre el vientre será llamado santo para el Señor". Sabemos que la ley es espiritual; y hablando espiritualmente significa un vientre espiritual y un varón espiritual. Este varón es el fuerte y nuevo pueblo de cristianos elegidos, o cada uno de ellos. Y puesto

que la Iglesia, según Isaías (cap. LIV), había sido estéril por mucho tiempo; este pueblo naciendo espiritualmente de ella, abrió su vientre, es decir, su secreto genital: de donde nadie había nacido así antes. "Todo" significa universalidad: lo que aquí se pone, cuando se dice "todo varón", porque este pueblo es católico, y contiene en sí a todos los elegidos. Este, pues, abriendo el vientre espiritual de la Iglesia, como hemos dicho, será llamado santo para el Señor, es decir, obtendrá el nombre y la alabanza de santidad en el reino de la bienaventuranza celestial; para que en toda santidad, igualado a los ángeles bienaventurados, asista eternamente ante la gloria del Creador. Y por eso Cristo el Señor, y su santísima madre observaron la purificación de la ley, para que todos aquellos que conocía que serían sus miembros, los purificara de tal manera que los hiciera dignos de llegar a esta gloria. Pues Él mismo, como se ha dicho antes, ni la Virgen su madre, necesitaron purificación: porque el Espíritu Santo ya la había purificado desde el principio, y Él creó en su vientre una carne tan pura para sí mismo, que a través de ella hace la carne de los suyos tan pura como la de los ángeles: pero también asumió allí un alma tan santa, que a través de ella devuelve a las almas de todos los suyos aquella santidad que permanece en los ángeles. Pero puesto que Él está en los suyos, lo que se hace de los suyos, como se ha dicho antes, se dice que se hace de Él, porque ellos son su cuerpo. De este cuerpo se añade: "Y para ofrecer un sacrificio según lo que está dicho en la ley del Señor, un par de tórtolas o dos pichones de paloma". Pues "lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor", como hemos discutido; "y para ofrecer un sacrificio por él, según lo que está dicho en la ley del Señor, un par de tórtolas", es decir, la castidad igual del cuerpo y del alma de Él, "o dos pichones de paloma" (Lev. XII, 8), es decir, la paciencia de su carne y de su corazón. Pues la tórtola es un ave muy casta, y conserva una fe indisoluble con su compañero vivo o muerto: la paloma, por su parte, carece de hiel y amargura. Por eso, el par de tórtolas designa la castidad del hombre interior y exterior; y los dos pichones de paloma, la paciencia mostrada externamente y guardada internamente en la mente. Ofrecen, pues, los ángeles el sacrificio según la ley, es decir, un par de tórtolas o dos pichones de paloma, por el pueblo santo, o por cualquier elegido, que presentan a Dios, cuando representan al Señor los méritos de la castidad que guardó en cuerpo y corazón, o de la paciencia que guardó interna y externamente. La castidad parece pertenecer más a los confesores, y la paciencia más a los mártires. Y como no hay ningún elegido que no sea contado en el orden de los confesores o en el de los mártires, por eso para el sacrificio del pueblo de Dios basta un par de tórtolas o dos pichones de paloma. Pues la paciencia se designa aquí más por los pichones de paloma que por las palomas, porque quienes guardan la paciencia como es debido, son pequeños e insignificantes en sí mismos, y crecen continuamente imitando a los mayores. Por tanto, todo el pueblo de los elegidos, completada la resurrección general, los ángeles lo llevarán gozosos a la Jerusalén celestial, con los sacrificios de buenas obras, para presentarlo al Señor; y desde la ascensión del Redentor no han cesado de llevarlo allí en cada uno, cuando se han cumplido los días de purificación de cada uno.

Y he aquí que había un hombre en Jerusalén, cuyo nombre era Simeón. Y este hombre era justo y temeroso, esperando la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba en él. Y había recibido respuesta del Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor. Y vino en el Espíritu al templo. Este hombre designa al santo pueblo de la nación israelita, que durante mucho tiempo esperó la venida del Redentor y esperaba ser liberado por Él de las miserias de este exilio. Por eso también se llama Simeón, que significa "oyente de tristeza": porque aquel pueblo fiel solía escuchar a través de las Escrituras la tristeza de su expulsión del paraíso y la pérdida de los bienes eternos; por lo tanto, esperaba que le llegara una consolación divina sobre estas cosas. Otra interpretación de Simeón es "escucha", porque el pueblo hebreo solía escuchar a Dios mandando, para que Dios lo escuchara orando: pues

ahora no se habla sino de su parte elegida. Por eso también se le llama hombre, porque sabía usar la razón en el conocimiento de las cosas divinas y en la búsqueda de la evasión de esta miseria. Y este estaba en Jerusalén, es decir, en la ciudad del gran rey, por la cual se nos prohíbe jurar; en la ciudad de Dios, que es la Iglesia. Pues Jerusalén significa tanto el reino de la bienaventuranza celestial, como hemos dicho antes, como la Iglesia de los justos que aún peregrinan en la tierra. En esta Jerusalén, es decir, en el número de los fieles, estaba ya desde hace mucho tiempo el pueblo hebreo, cuando el niño fue llevado al templo; es decir, en los inicios de la predicación apostólica, cuando, al abrirse el acceso al cielo por Cristo, el nuevo pueblo de cristianos en sus miembros, que migraban de este mundo, ya era llevado allí por los ángeles. Pues aquel pueblo elegido de los hebreos perseveró tanto tiempo, hasta que la gracia del Nuevo Testamento comenzó a ser predicada por todas partes por nuevos doctores, y muchos de los creyentes entraron en la patria de la felicidad eterna por un tránsito bendito. Y este hombre, por quien se entiende mística o simbólicamente aquel pueblo santo, era justo; porque ese mismo pueblo, sirviendo a Dios, devolvía a Dios lo que era de Dios. Pues la justicia da a cada uno lo que es suyo; y de Dios es la naturaleza humana, para que sirva a su voluntad; por eso actúa justamente todo hombre que obedece a Dios. Y era temeroso aquel pueblo, porque temía a Dios ya sea por temor a la ley o por temor de caridad. Pero también esperaba la consolación de Israel, porque ansiosamente aguardaba entre las presiones de este exilio cuándo el Señor se dignaría consolar a su pueblo con su venida. Pues el Espíritu Santo estaba en él, porque no podría haber sido justificado por la ley, si no hubiera sido justificado por la gracia oculta del Espíritu Santo a través de la fe en Cristo. Y había recibido respuesta del Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor; porque esto había sido revelado a sus deseos y oraciones por inspiración celestial, que viviría en la fe, y no sufriría la muerte de la infidelidad, hasta que viera en la carne presente a Dios ungido por Dios sobre sus compañeros, quienes también demostrarían esa participación en el nombre, para que de Cristo fueran llamados cristianos. Y vino en el Espíritu al templo; porque a donde todos los justos vendrán después de la resurrección en sus cuerpos, allí él frecuentemente vino en espíritu por contemplación y visión profética, entrando, es decir, en el santuario de Dios, y entendiendo en lo último.

Y cuando los padres de Jesús llevaron al niño al templo para cumplir con lo que la ley prescribía, él lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios. Y dijo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra. Porque mis ojos han visto tu salvación. Que has preparado ante la faz de todos los pueblos. Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel. Debemos entender al niño Jesús, como se ha tratado anteriormente, en el nuevo pueblo de creyentes, ya que la Iglesia es su cuerpo, y todos los santos son sus miembros: por lo tanto, lo que se narra del cabeza, ahora se entiende del cuerpo o de los miembros. A esto se refiere también lo que él mismo dirá: Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mat. XXV, 40). Así que el niño Jesús debe ser entendido ahora como si se dijera, el nuevo pueblo de cristianos. Pero, ¿quiénes son sus padres, sino los ángeles? Pues ellos también demuestran tener con nosotros un parentesco espiritual, cuando nos llaman sus hermanos en el Apocalipsis, diciendo: Ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios (Apoc. XII, 10). Estos padres, por tanto, llevan a nuestro niño, como se ha declarado anteriormente, al templo del santuario celestial, ya sea en el tránsito de cada uno, o en la resurrección de todos. Y esto, para que hagan según la costumbre de la ley por él; porque, cumplido el rito de la purificación de la ley, lo presentan al Señor con las ofrendas de los méritos buenos. O estos padres pueden entenderse como los santos predicadores, que, habiendo recibido en Pedro las llaves del reino de los cielos, lo abren al nuevo pueblo de fieles; y lo introducen en el templo de ese reino

celestial, mientras lo absuelven y bendicen y ruegan para que, al partir de aquí, sea recibido allí. Y hacen esto para cumplir el rito de la ley, porque así lo introducen con sus oraciones en ese santuario de bienaventuranza, para que, como la ley había decretado, al cumplirse al final los días de purificación, lo presenten al Señor con la ofrenda de sus méritos. También este niño, que es llevado al templo, puede significar ahora a aquellos que, viniendo a la fe, son introducidos en la Iglesia. Pues esta introducción la realizan los santos Padres, observando la costumbre de la ley; porque, cumplida la purificación en el bautismo, los introducen al santo altar para ser consagrados como víctima de la divina eucaristía. Así, mientras por sus padres, es decir, por los ángeles, o por los predicadores, en el tiempo del resplandeciente evangelio, el nuevo pueblo de fieles, como un niño, comenzaba a ser llevado al templo de la santidad y bienaventuranza celestial, o en aquellos que venían a la fe, a ser llevados a la Iglesia; también Simeón lo tomó en sus brazos, es decir, el piadoso pueblo hebreo lo abrazó con los brazos de la caridad como al más amado. Pues el abrazo significa caridad, y los brazos significan obras fuertes: por lo tanto, tomar en brazos, y abrazar con las fuertes obras del amor. Así, pues, lo tomó en sus brazos, es decir, llevándolo en los brazos en las fuertes obras de gran caridad: y bendijo a Dios, que le había mostrado presente al pueblo de la nueva gracia, entrando continuamente en la morada del reino celestial, y dijo: Ahora, es decir, después de dada la gracia, despides, Señor, a tu siervo en paz, es decir, me liberas del cautiverio del exilio presente, que estaba oprimido bajo la servidumbre de la ley, para que ya pase en paz a la patria de la morada celestial, con el príncipe de la muerte atado por el trofeo de Cristo, según la palabra que me habías dicho sobre la venida de la gracia. Porque he aquí que ya, en sí mismo o en los suyos, han visto mis ojos, Señor, tu salvación, es decir, tu Jesús, que se interpreta como salvación o Salvador, y que fue enviado por ti para salvar al mundo. Que ciertamente, has preparado la salvación ante la faz de todos los pueblos, para que por todos los pueblos que están en el mundo, hagas ver con los ojos de la fe al Salvador del mundo. Lo has preparado, digo, como luz para revelación a los gentiles, para que con el resplandor de su claridad se disipen las tinieblas, con las que estaban velados los corazones de los gentiles, para que no fueran iluminados por el pensamiento divino: y gloria de tu pueblo Israel, para que él sea la gloria del pueblo israelita creyente, que siempre fue tuyo. Gran gloria es para los hebreos creyentes, que de su linaje haya tomado carne Dios, quien también iluminó a los gentiles con su fe, diciendo: Yo he venido al mundo como luz, para que todo el que cree en mí, no permanezca en tinieblas (Juan XII, 46). De ahí que haya surgido la hermosa costumbre de la Iglesia de que los fieles en esta celebración lleven cirios o velas. Pues porque Cristo hoy ha sido presentado en el templo, ellos con su mística ofrenda representan esto mismo; mientras cada año, al regresar, llevan cirios en este día a la casa de Dios. El cirio o vela significa a Cristo. Y porque cada devoto que viene a esta solemnidad, trae a Cristo, la verdadera luz, en su pecho, por eso presenta convenientemente el cirio en la ofrenda. En el cirio se ofrecen tres cosas, la cera, la mecha y la llama: la cera, que la abeja virgen ha hecho, significa la carne de Cristo, que la virgen María engendró; la mecha interior, el alma; y la llama superior, la divinidad. No se puede encontrar nada en la creación que signifique más adecuadamente a Cristo. Pero también esto aumenta el esplendor de esta festividad, que a ella, como era conveniente, se ha dirigido la gran gloria de aquella procesión, que en este mes, llamado Febrero, es decir, purgatorio, solían realizar los antiguos romanos cada cinco años, purificando la ciudad, es decir, recorriéndola; y, como pensaban, purgándose de los pecados que habían cometido durante ese quinquenio. Pues purificar significa recorrer y purgar. Y esta nuestra festividad es de purificación, por lo que la procesión de purificación ha sido trasladada a ella, aunque se realiza de manera muy diferente por nosotros que por los paganos. Y tanto la lectura evangélica, como la festividad, y su tiempo, significan purificación para que por todas estas cosas nosotros, que necesitamos purificación, merezcamos ser purificados con la cooperación de la gracia de Cristo, a quien con el Padre y

el Espíritu Santo sea todo honor y gloria, tanto antes de que el mundo existiera, como ahora, y por todos los siglos de los siglos. Amén.

172 HOMILÍA VII.

EN EL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS: Sus padres iban todos los años a Jerusalén, en el día solemne de la Pascua. Y cuando tuvo doce años, subieron a Jerusalén según la costumbre del día festivo, y cumplidos los días, al regresar, el niño Jesús se quedó en Jerusalén: y sus padres no lo supieron. Y lo demás (Luc. II, 41).

Los piadosos padres del Salvador, según el precepto de la ley, iban cada año a Jerusalén para escuchar la ley, participar en los sacrificios, asistir a las solemnidades, y aún servían a las sombras de lo que ya poseían en verdad. Pero significaban a los judíos, de quienes el Señor tomó carne, y que guardaban continuamente el rito de la antigua observancia. Él, en cambio, mística y simbólicamente, tenía doce años cuando su predicación avanzó hasta el punto de ser encomendada a los doce apóstoles, quienes a través de ella darían a conocer la suma Trinidad a las cuatro partes del mundo; porque doce son tres veces cuatro. Y entonces sus padres, según la costumbre del día festivo, subieron a Jerusalén; porque los judíos, según la costumbre de la exultación festiva, que celebran quienes se convierten a Dios, fueron promovidos al sentido espiritual, y llegaron por la fe a la Iglesia. Y finalmente, cumplidos los días y completada la solemnidad, al regresar, el niño Jesús se quedó en Jerusalén. Entonces las solemnidades de los judíos se completaron, cuando con la resurrección de nuestro Salvador de entre los muertos, lo viejo pasó, y todo se hizo nuevo. Y entonces, mientras los incrédulos judíos regresaban a lo que estaba atrás, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, que se interpreta como visión de paz, y designa a la Iglesia. Por eso se dice: Su lugar fue hecho en paz, y su morada en Sion (Sal. LXXV, 2). Pero sus padres, es decir, la Sinagoga y el pueblo judío, no lo supieron, sino que pensaban que estaba en la comitiva, y avanzaron un día de camino, por lo que se entiende el tiempo, en el que después de su resurrección aún no se daban cuenta de que estaban errando. Pues ciegos aún pensaban que estaba con ellos, a quien ya habían matado, y habían oído decir: He aquí, vuestra casa os será dejada desierta (Mat. XXIII, 38); y en los Salmos: He aquí, me he alejado huyendo, y he permanecido en soledad (Sal. LIV, 8).

Pero buscándolo entre los parientes y conocidos, y no encontrándolo, regresaron a Jerusalén, buscándolo. Esto se cumplió espiritualmente cuando, después de la pasión de Cristo, algunos judíos, compungidos de corazón, vinieron a los apóstoles. Esto fue buscar a Cristo, y regresar a Jerusalén. Y dijeron: ¿Qué haremos, hermanos? A quienes el bienaventurado Pedro dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros (Hech. II, 38). Estos y otros que en ese tiempo creyeron, significaban los padres de Jesús; porque así como ellos lo habían perdido sin saberlo, así también estos lo habían matado sin saberlo. Pues si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8).

Y sucedió que, después de tres días, lo encontraron en el templo sentado, en medio de los doctores, escuchándolos y preguntándoles. Después de tres días, Jesús es encontrado en el templo; porque después de la resurrección, que ocurrió al tercer día, es encontrado en la Iglesia por aquellos que lo buscan. Pues antes de los tres días no se le encontraba, porque no se le consideraba Dios, sino solo hombre por los hombres. Pero, ¿dónde se le encuentra? En el templo, en la Iglesia, en la asamblea de los fieles, en medio de los doctores, en el grupo de predicadores. Allí se le encuentra escuchándolos y preguntándoles. Escuchar es para nosotros prestar el oído a un sonido que viene de otro lugar. Pero para Dios, a quien nada le es externo, escuchar es propiamente percibir nuestros deseos que surgen bajo él mismo. Nos interroga de

tres maneras, cuando nos golpea con la severidad del castigo, y nos muestra cuánta paciencia tenemos o nos falta; o nos manda hacer cosas que no queremos, y nos revela nuestra obediencia o desobediencia; o nos revela algunas cosas ocultas y esconde otras, y nos da a conocer la medida de nuestra humildad. Y de esta tercera manera interroga más a los doctores.

Todos los que lo oían, dice, se asombraban de su prudencia y de sus respuestas. Cualquiera que aún lo escucha con el oído del corazón, se asombra de su prudencia: como el bienaventurado Job, quien había hablado sabiamente entre los hombres; pero al escuchar las palabras de Dios, dijo que había hablado insensatamente. Sus respuestas también son asombrosas. Responder de él es instruir con inspiraciones ocultas a quien humildemente se reconoce ignorante. Responde desde el magisterio de la inspiración, y maravillosamente enseña la mente de los humildes. Responde, como se ha dicho en otro lugar: Llámame, y te responderé; o ciertamente hablaré, y tú me responderás (Job XIII, 22). Pues llamar de Dios es mirarnos con amor y elección. Responder nuestro es obedecer a su amor con buenas obras. También hablamos cuando pedimos su rostro con deseo. Y él responde a los que hablan, cuando se muestra a los que lo aman.

Sigue: Y al verlo, se maravillaron. Se maravillaron sus padres, cuando lo vieron sentado en el templo en medio de los doctores. Aún hoy se maravillan los judíos que vienen a la Iglesia y se convierten a la fe: cuando allí ven al Mesías, es decir, a Cristo, a quien en la Sinagoga, y entre parientes y conocidos, no pudieron ver ni entender con ninguna de sus exposiciones.

Y su madre le dijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? He aquí, tu padre y yo, angustiados, te buscábamos. Hemos dicho que por la madre del Señor se significa la Sinagoga, de la cual el Señor según la carne tomó su origen. Esta, en cualquier tiempo que venga a la Iglesia, y allí entienda la verdad, se maravilla de su ignorancia y de la ausencia de Cristo, y maravillándose dice: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? ¿Por qué nos dejaste, y pasaste a la Iglesia de los gentiles? He aquí, tu padre, el pueblo judío, y yo, angustiados, te buscábamos. Esto es lo que el Apóstol dice: Les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia (Rom. X, 2). Buscan a Jesús, y no lo encuentran; porque aún no han llegado al templo y a la Iglesia.

Y él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los asuntos de mi Padre me es necesario estar? ¿Por qué, dice, me buscabais en la asamblea de los infieles, y pensabais que estaba fuera de la Iglesia? Aquí, pues, me busque quien quiera buscarme. ¿No sabíais que en los asuntos de mi Padre, y entre aquellos que hacen la voluntad de mi Padre, me es necesario estar? Y ellos no entendieron la palabra que les habló. No entendieron, porque tenían el corazón cegado, y no reconocían que Cristo estaba en la Iglesia de los gentiles; porque ceguera en parte ha acontecido a Israel, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y así todo Israel será salvo (Rom. XI, 25). Pues porque en el tiempo final el Salvador volverá a las reliquias de Israel, se añade apropiadamente: Y descendió con ellos, y vino a Nazaret: y les estaba sujeto. Descendió finalmente con los hebreos: y vino a Nazaret, donde había sido criado; porque con aquellos que de la circuncisión creyeron, se inclinó misericordiosamente hacia el pueblo israelita. Lo cual, sin embargo, aún está por venir, aunque lo narramos como si fuera pasado. Y les estaba sujeto, como también dice el Apóstol del Espíritu Santo, que el espíritu de los profetas está sujeto a los profetas, para que hiciera su voluntad, y no se opusiera a su juicio. Pues de este modo, así como el espíritu de los profetas está sujeto a los profetas; así la sabiduría de los predicadores está sujeta a los predicadores. La sabiduría de los predicadores o maestros es Cristo. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.

El piadoso pueblo de la circuncisión retenía diligentemente en su corazón, o más bien retendrá, los misterios de Cristo.

Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia, ante Dios y los hombres. Jesús crecía; porque el término de su predicación se expandía. Crecía en sabiduría porque siempre se encontraba mayor sabiduría en su doctrina. Crecía también en estatura, porque la madurez de la edad del alma que progresa se encontraba continuamente en su discurso. Crecía también en gracia, porque cada día daba mayor gracia a los suyos con su progreso. Pues este crecimiento no era para él, sino para los suyos. Ante Dios y los hombres crecía así, porque estas cosas se hacían tanto para la gloria de Dios como para la salvación de los hombres: y se daban a conocer más y más a los ángeles que están ante Dios, y a los hombres como ejemplo. Por lo cual sea alabanza y honor al mismo piadoso Salvador con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos infinitos. Amén.

HOMILÍA VIII.

EN EL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS: Sucedió que cuando todo el pueblo se bautizaba, y Jesús fue bautizado y oraba, se abrió el cielo. Y lo demás (Luc. III, 21).

Juan bautizó a todo el pueblo que venía a él; porque si solo hubiera bautizado al Señor, no faltarían quienes pensarían que el bautismo de Juan era más santo que el de Cristo, como si solo Cristo hubiera merecido ser bautizado con el bautismo de Juan; pero con el bautismo de Cristo, el género humano. Pues si solo Cristo hubiera sido bautizado con el bautismo de Juan, los hombres dirían: ¿Qué tipo de bautismo tuvo Juan? Tuvo un gran bautismo, un sacramento inefable, vean que solo Cristo mereció ser bautizado con el bautismo de Juan. Y así el bautismo del siervo parecería mayor que el bautismo del Señor. Por lo tanto, también otros fueron bautizados con el bautismo de Juan, para que el bautismo de Juan no pareciera mejor que el de Cristo. Pero el Señor fue bautizado para que, al recibir el Señor el bautismo del siervo, otros siervos no desprecien recibir el bautismo del Señor. El Señor fue bautizado, no para ser purificado por las aguas, sino para purificar las aguas; que, lavadas por su carne, ciertamente sin pecado, asumieran el derecho del bautismo; y lo que tantos bautismos bajo la ley no pudieron, contra el mal de la transgresión, concibieran la fuerza de la santificación regenerativa. Por eso el evangelista, al decir que todo el pueblo fue bautizado, no añadió nada grande; pero al ser bautizado Jesús y orar, inmediatamente se dice que el cielo se abrió. Porque mientras el Salvador, en la humildad de su cuerpo, se sumergía en las aguas del río, con el poder de su divinidad nos abrió las puertas del cielo. Y mientras sumergía su carne inocente en las frías aguas, extinguió la espada encendida que una vez se oponía a la puerta del paraíso. Pues toda la masa de la naturaleza humana había sido expulsada del paraíso en los primeros padres, y desde entonces la puerta celestial le había estado cerrada. Pero el Señor se dignó clementemente hacerse partícipe de esta naturaleza; por esta causa de todo el género humano, como verdadero abogado, abogar. De ahí que ahora, bautizado, comenzó a orar. Pues así como fue bautizado por nosotros, así también oró por nosotros; porque es nuestro pontífice, y por nosotros abrió a su humanidad el cielo, que, como dijimos, estaba cerrado a toda la masa del género humano; y por ella a todos los hombres, que fueran sus miembros.

Sigue: Y descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como paloma, sobre él. Correctamente el Espíritu Santo descendió en forma corporal; porque el Hijo ya había descendido asumiendo la verdad del cuerpo. Correctamente también como paloma el Espíritu descendió sobre él, para manifestarnos su mansedumbre. Pues él es el juez del género humano. Pero, ¿quién soportaría su justicia, si antes de corregirnos con mansedumbre,

quisiera examinar nuestras culpas con el celo de la rectitud? Por lo tanto, hecho hombre por los hombres, se mostró manso como hombre. No quiso herir a los pecadores, sino corregirlos. Primero quiso corregir con mansedumbre, para tener a quienes salvar en el juicio después del mundo. Por lo tanto, el Espíritu debía aparecer sobre él en forma de paloma, que no había venido para golpear los pecados con celo, sino para tolerarlos aún con mansedumbre. Pues no por eso el Espíritu Santo descendió sobre él entonces, para que él recibiera por primera vez el Espíritu Santo, quien siempre desde el principio de su concepción permaneció lleno del Espíritu Santo.

Sequitur: Y se oyó una voz del cielo: Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco. Esta voz, que sonó corporalmente, fue emitida por el Padre a través de una criatura angélica. Tú, dijo, eres mi Hijo. No enseñaba al Hijo mismo, que siempre conoce todo, sino a Juan y a los demás presentes, con esta voz, quién era aquel que pensaban que era hijo de José. Por eso Mateo prefirió decir con esta voz del Padre: Este es mi Hijo. Lo que dijo, por tanto, es así: Tú eres mi Hijo, nacido de mi sustancia naturalmente igual; y por eso amado, como unigénito. En ti me complazco, es decir, en todo lo que hay en ti, o lo que has hecho, me complazco; porque nunca encontré en ti nada que no me complazca siempre, y por eso me agrada que te haya humanado. En aquellos, sin embargo, de alguna manera me desagradé, de quienes hablé en otro tiempo de manera humana: Me arrepiento de haberlos hecho. (Gén. VI, 7).

Lo que dijimos sobre la cabeza, debe referirse a los miembros o al cuerpo. Pues cuando Jesús fue bautizado y oraba, se abrió el cielo; porque cuando cualquiera de sus elegidos es bautizado, y no está ocioso, sino ocupado en devotas oraciones, y emprende el camino de las virtudes; entonces se le abre la puerta del reino celestial. Y descendió el Espíritu Santo sobre él; porque en aquel que es bautizado y ora, viene el Espíritu Santo en forma corporal, para designar la firmeza de su donación. Como paloma, para demostrar que trae a tales la inocencia y la simplicidad. Y se oyó una voz del cielo: Tú eres mi Hijo; porque entonces por primera vez cada uno es Hijo de Dios, cuando sale del bautismo. Y mi amado, por mi gracia preveniente, que antes eras odioso en tu malicia. En ti me complazco, todo lo que he hecho en ti me agrada; cuando hasta ahora había desagradado todo lo que tú mismo habías hecho. En lo que el Padre suena en la voz, y el Espíritu Santo desciende en forma de paloma, y el Hijo es bautizado en el hombre, la Trinidad se declara evidentemente, en cuyo nombre y fe cada uno de nosotros es bautizado.

Sequitur: Y el mismo Jesús comenzaba a ser como de treinta años: como se suponía, hijo de José. Jesús es bautizado a los treinta años: y entonces comienza a hacer señales y a predicar el Evangelio, mostrando el tiempo legítimo y maduro de la edad a aquellos que piensan que cualquier edad es oportuna para el sacerdocio o el magisterio. Pues también José, en tipo de nuestro Salvador, tenía treinta años cuando asumió el gobierno del reino, y David comenzó a reinar a los treinta, y Ezequiel tenía la misma edad cuando comenzó su profecía. Por tanto, aquellos que se convierten en sacerdotes, o doctores, o reciben algún tipo de primacía, deben tener una edad tal como la de Cristo. La edad de treinta años del Salvador bautizado también puede insinuar el misterio de nuestro bautismo, por la fe, a saber, de la santa Trinidad, y la operación del Decálogo de la ley. Pues tres décadas, que son en el número treinta, insinúan la fe y la operación de aquellos a quienes el bautismo beneficia. La fe en el número tres, y la operación en el número diez. Estas tres décadas debían tener aquellos que se bautizan, como el Señor mandaba cuando decía: Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado (Mat. XXVIII, 19).

Como se suponía, dice, hijo de José. Esto se dijo por aquellos que realmente pensaban que había sido engendrado carnalmente de la carne de José; y porque por José, que era pariente de la virgen María, debía describirse la genealogía de María misma, que concibió a Cristo del Espíritu Santo; ya que no es costumbre de las Escrituras tejer genealogías a través de mujeres. Por esto, la genealogía de Cristo se describe adecuadamente a través de José, porque de su esposa, aunque siempre virgen, nació. Y cuando se nombró a José, se añadió: Que fue de Elí, que fue de Matán, que fue de Leví (Luc. III, 23), etc.; pero Mateo, descendiendo, dice: Matán engendró a Jacob, y Jacob engendró a José, el esposo de María (Mat. I, 15). ¿Qué es esto, que parece que José tuvo dos padres, es decir, Elí y Jacob? La dificultad de esta cuestión se resuelve así: Matán y Matat, de una misma esposa llamada Esta, engendraron cada uno un hijo. Porque Matán, que descendía por Salomón, fue el primero en tomarla por esposa; y dejando un hijo, llamado Jacob, murió. Después de su muerte, Matat, que descendía por Natán, siendo de la misma tribu, pero no del mismo linaje, la tomó por esposa, y engendró de ella un hijo, llamado Elí. Por lo cual, de diferente linaje paterno, Jacob y Elí se convierten en hermanos uterinos. De los cuales, uno, es decir, Jacob, tomando la esposa de su hermano Elí, que murió sin hijos, según el mandato de la ley, engendró a José, su hijo según la naturaleza de la semilla; por lo cual se escribe, Jacob engendró a José; pero según el precepto de la ley, se convierte en hijo de Elí, cuyo hermano Jacob, porque lo era, tomó a su esposa para suscitar descendencia a su hermano. Y por esto se encuentra la generación completa y entera, tanto la que Mateo refiere diciendo: Jacob engendró a José: como la que Lucas designa, diciendo que se suponía que era hijo de José, que fue de Elí. Y él mismo, con la misma distinción, se suponía que era hijo de Elí, que fue hijo de Matat. Porque el evangelista designó esta sucesión legal, que consta como una especie de adopción hacia los difuntos, más que por la verdad de la semilla, con suficiente indicio, observando que en tales sucesiones no se nombrara a alguien como engendrador. No te extrañes si Lucas, desde David hasta Cristo, puso más sucesiones, y Mateo menos, es decir, este cuarenta y tres, y aquel veintiocho, ya que la generación se ha desarrollado a través de otras personas. Puede suceder que algunos hayan vivido una vida longeva, mientras que los hombres de otra generación murieron en edad madura: ya que vemos a muchos ancianos vivir con sus nietos, mientras que otros hombres mueren inmediatamente después de haber tenido hijos. Lucas no narra las generaciones desde el principio de su Evangelio, como Mateo, sino desde el bautismo de Cristo, no descendiendo, sino ascendiendo, asignándolo más como sacerdote en la expiación de los pecados, donde la voz del cielo lo declaró, donde Juan mismo dio testimonio, diciendo: He aquí el que quita los pecados del mundo (Juan I). Ascendiendo, pasa y llega desde Abraham hasta Dios, a quien reconciliados y expiados nos dirigimos. Con razón él asumió el origen de la adopción, porque por adopción nos convertimos en hijos de Dios creyendo en el Hijo de Dios. Además, demostró suficientemente que no dijo que José era hijo de Elí porque hubiera sido engendrado por él; sino porque fue adoptado por él: ya que también dijo que Adán era hijo de Dios, aunque fue hecho por Dios; pero por la gracia, que luego perdió al pecar, fue constituido como hijo en el paraíso. Sin embargo, se cree que, por Cristo, habiendo recibido el perdón de los pecados, fue contado entre los hijos de la adopción. Por lo tanto, en las generaciones de Mateo se significa la asunción de nuestros pecados por Cristo el Señor; en las generaciones de Lucas se designa la abolición de nuestros pecados por Cristo el Señor. Por eso aquel las narra descendiendo, y este ascendiendo. Porque, perdonados los pecados, regresamos y ascendemos al Señor, de quien nos alejamos pecando por Adán, y caímos aquí. Pues lo que dice el Apóstol: Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado (Rom. VIII, 3), esta es la asunción de los pecados. Pero lo que añadió, para condenar el pecado en la carne, esta es la expiación de los pecados. Por tanto, Mateo desciende desde David por Salomón, en cuya madre pecó; Lucas, sin embargo, asciende hasta David por Natán, por cuyo nombre el profeta Dios expió su pecado. Ignoramos o sabemos poco quiénes o de qué mérito

fueron los hombres que Lucas menciona desde José hasta Zorobabel, y desde Salatiel hasta Natán, hijo de David, excepto que no dudamos que eran del linaje de David. Dice, entre otras cosas: Que fue de Resa, que fue de Zorobabel, que fue de Salatiel, que fue de Neri. Lo cual también Mateo relató así: Jeconías engendró a Salatiel, Salatiel engendró a Zorobabel, Zorobabel engendró a Abiud. He aquí que según los dos evangelistas, Salatiel parece haber tenido dos padres, es decir, Jeconías y Neri. Pero algo similar debe entenderse de estos dos, como se dijo anteriormente sobre los dos padres de José. Pues entre los hebreos, los nombres de las generaciones se cuentan a veces según la naturaleza, a veces según la ley. Según la naturaleza, cuando descienden de la verdad de la semilla; según la ley, cuando alguien es sustituido como hijo bajo el nombre del hermano difunto sin hijos. Pues también el difunto no se dice falsamente padre de tal hijo. Por tanto, uno de los dos padres de Salatiel se entiende según la carne, el otro según la ley, o según la adopción. Era frecuente entre los judíos la costumbre de adoptar, y no es incongruente decir que alguien engendró a quien adoptó; porque evidentemente lo engendró por beneficio. Esto también, que según los dos evangelistas Salatiel es padre de Zorobabel, si no se presentaran las razones mencionadas, parecería discordar de las Palabras de los Días, donde está escrito que los hijos de Jeconías fueron Salatiel y Pedaías, y de Pedaías nacieron Zorobabel y Semei (1 Crón. III, 17). Pero Zorobabel, nacido según la naturaleza de Pedaías, se entiende que es llamado hijo de Salatiel según la ley. Pues el mismo Zorobabel era primogénito, y el primogénito fue mandado a ser llamado por el nombre del hermano difunto. También pudo suceder que Salatiel adoptara a Zorobabel, hijo de Pedaías, su hermano, como hijo; como leemos que Mardoqueo adoptó a Ester, hija de su hermano, como hija (Est. II, 7). Además, Zorobabel se muestra aquí que tuvo hijos Abiud y Resa, cuando entre los siete hijos que según las Palabras de los Días engendró, ninguno fue llamado así, a menos que algunos de ellos usaran dos nombres. Esto sucedía a menudo. O si esto no fue así, es cierto que estos dos fueron sus hijos ya sea según el precepto de la ley, o según el beneficio de la adopción. Nuevamente, entre otras cosas se dice: Que fue de Sale, que fue de Cainán, que fue de Arfaxad. Sin embargo, el nombre y la generación de este Cainán, según el hebreo en Génesis, no se encuentra; sino que se refiere que Arfaxad engendró a Sale sin intermedio. Pues leemos así: Arfaxad vivió treinta y cinco años, y engendró a Sale (Gén. XI, 12). Pero el evangelista tomó esta generación de la edición de los setenta intérpretes, donde está escrito que Arfaxad, de 135 años, engendró a Cainán; y el mismo Cainán, de 130 años, engendró a Sale. Que ninguno de los fieles piense que en este lugar los setenta traductores se equivocaron; sino que crea indudablemente que pusieron lo que sabían que era verdad; y que lo que Moisés dijo menos, lo suplió. Pues el Espíritu Santo no habría puesto esto en el Evangelio, si no fuera completamente cierto. Pues los mismos setenta ancianos desde el tiempo de Moisés tenían el magisterio en la Sinagoga, y habían recibido del espíritu de Moisés, y habían aprendido la ley de la tradición del mismo Moisés: por lo tanto, si algo allí se había omitido, y podía ser suplido, o sabían interpretarlo de otra manera. Moisés, sin embargo, por alguna razón que es conocida por Dios, omitió la generación de Cainán, y parte de los años que fluyeron bajo él y su padre. Quizás porque al describir la segunda edad, quiso poner solo diez generaciones desde el diluvio hasta Abraham; y por eso omitió una generación. Pues también Mateo, queriendo poner catorce generaciones desde David hasta la deportación a Babilonia, omitió tres, donde dice: Joram engendró a Ozías (Mat. I, 8). Así como Joram, con tres en medio, se dice que engendró a Ozías, así también Arfaxad, con uno interpuesto, se dice que engendró a Sale. Pero que parte de los años en las Escrituras sagradas a veces se ponga, y parte se omita, lo muestra el libro de los Reyes diciendo: Saúl tenía un año cuando comenzó a reinar, y reinó dos años sobre Israel (1 Sam. XIII, 1). ¿Acaso tenía solo un año de edad, quien era más alto que todos desde el hombro hacia arriba? ¿Y acaso reinó solo dos años, quien mantuvo el reino por tanto tiempo? Así como se omitió parte de los años de Saúl, así también parte de los años de

Arfaxad y Cainán. Por lo tanto, tanto Moisés como nuestro evangelista con los setenta ancianos son verídicos. También dice: Que fue de Enoc. Y bellamente el orden de las generaciones, ascendiendo desde el Hijo de Dios bautizado hasta Dios Padre, tiene en el septuagésimo grado a Enoc, quien, con la muerte diferida, fue trasladado al paraíso, para significar que aquellos que en la gracia de la adopción de hijos son regenerados del agua y del Espíritu Santo, después de la absolución del cuerpo, serán recibidos en el descanso eterno. Pues el número setenta, debido al séptimo del sábado, se adapta muy bien para significar el descanso de aquellos que, con la ayuda de la gracia de Cristo, han cumplido el decálogo de la ley, para mostrar que en el tiempo de la resurrección serán unidos a la contemplación de la sabiduría inmutable de Dios por los siglos. Finalmente, se dice: Que fue de Set, que fue de Adán, que fue de Dios (Luc. III, 38). Porque Cristo, con su justicia y la del Padre, nos une expiados de todo pecado y purificados, para que se cumpla lo que dice el Apóstol: Pero el que se une al Señor, un espíritu es (1 Cor. VI, 17): por eso en este número de generaciones, tanto Cristo mismo, de quien comienza la enumeración, como Dios a quien se llega, se cuentan: y se hace el número setenta y siete, que significa la remisión y abolición de todos los pecados: que también el mismo Señor expresó claramente por el misterio de este número, diciendo que los pecados deben ser perdonados no solo siete veces, sino hasta setenta veces siete (Mat. XVIII, 22). No en vano este número se refiere a la purificación de todos los pecados, si se investiga más diligentemente: pues consta de once y siete, porque ya sea once veces siete, o siete veces once, hacen setenta y siete. El número once, sin embargo, significa la transgresión del diez. Pues el diez, como número de justicia, se muestra en los diez mandamientos de la ley.

Por otro lado, el pecado es la transgresión de la ley; y ciertamente, la transgresión del número diez se representa adecuadamente con el número once. Por eso se ordena que en el tabernáculo se hagan once cortinas de pelo de cabra. ¿Quién podría dudar que el cilicio se relaciona con el significado del pecado? Y por lo tanto, dado que todo el tiempo se desarrolla en el número septenario de días, al multiplicar adecuadamente el once por siete, se llega al número setenta y siete, que representa todos los pecados que se cometen temporalmente. En este número también se realiza la plena remisión de los pecados, expiándonos la carne de nuestro sacerdote, de quien ahora comienza este número; y reconciliándonos con Dios, a quien ahora llega este número; por el Espíritu Santo, que apareció en forma de paloma en este bautismo, donde se recuerda este número. Pero si en el número diez se significa la perfección de la bienaventuranza (de donde también proviene que todos los contratados para la viña son remunerados con un denario), esto ocurre cuando la criatura septenaria, es decir, el hombre interior y exterior, se une a la Trinidad, que es Dios: es evidente que la transgresión del número diez significa pecado por la soberbia de desear tener algo más, y perder la integridad y perfección. El número once se multiplica por siete para significar que la transgresión se realiza por el movimiento del hombre. En efecto, el número tres designa la parte incorpórea del hombre, donde se ordena amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente (Deut. VI, 5). El número cuatro, en cambio, expresa el cuerpo, debido a sus cuatro miembros principales, o a los cuatro elementos de los que consta. Y el hombre compuesto de estos se designa adecuadamente con el número siete. El movimiento en los números no se expresa con uno, dos, tres, cuatro, etc.; sino cuando decimos una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces. Por lo tanto, no se significa siete y once, sino siete veces once, la transgresión que se realiza por el movimiento del hombre pecador, es decir, transgrediendo la estabilidad de su perfección por el deseo de tener más. Así, porque en el número setenta y siete se designa la transgresión del primer hombre y de los demás que de él procedieron, Dios vino en la septuagésima séptima generación, para abolir todos los pecados de sus fieles. Todos los

que se acercan al lavacro de manera cristiana están contenidos en el misterio de las setenta y siete generaciones; y por eso obtienen la remisión de los pecados de aquel que, limpiando tantas generaciones, estableció en este número la remisión de las culpas, y al final de tantas generaciones vino a quitar los pecados del mundo. No solo purifica a los que se bautizan en el Nuevo Testamento, sino también a aquellos que desde el principio del mundo creyeron correctamente en su venida. Por eso el evangelista cuenta estas santas generaciones hacia atrás, para mostrar que la gracia purificadora y reconciliadora de Cristo alcanza a todas ellas, y que todos los que ahora guardan correctamente el sacramento del bautismo regresan a Dios. Pues la gracia de la encarnación y purificación divina asciende a todas las generaciones pasadas, para que entendamos que nunca ha pasado tiempo alguno sin los elegidos de Cristo, que por él han sido liberados de la culpa original. Por eso, el mismo Adán, a quien la sabiduría de Dios, que es Cristo, sacó, como está escrito, de su delito (Sab. X, 2), al final de la relación de las generaciones, se muestra como Hijo de Dios por esta gracia de Cristo. Y así, Dios Padre recibe a Cristo, Dios y hombre, y por él a todos los que son sus miembros. Luego, debemos esforzarnos por interpretar los nombres de los padres hacia atrás, para que siempre entendamos en ellos un ascenso y progreso, y la serie de su genealogía como una escalera hasta Dios, por la cual todos los bautizados deben ascender gradualmente. Esta genealogía, que se extiende desde Jesús bautizado hasta Dios, nos parece ser aquella escalera de la que leemos que Jacob, poniendo una piedra bajo su cabeza, durmió y vio en sueños una escalera apoyada en la tierra, y su cima tocando el cielo, y los ángeles de Dios subiendo y bajando por ella, y al Señor apoyado en la escalera (Gén. XXVIII, 12). La piedra puesta bajo la cabeza, y hecha como el fundamento de la escalera, es Cristo, quien se humilló a sí mismo para exaltar a todos los suyos, quien como fundamento lleva a todos, y no es llevado por nadie. Y por esta escalera de la genealogía, unos suben y otros bajan. Suben los que progresan, bajan los que decaen. Los ángeles, es decir, los mensajeros de Dios, son llamados así porque hablan de Cristo. Por tanto, quienquiera que haya sido bautizado en Cristo, se le ha abierto el cielo, y Dios está preparado para recibirlo desde arriba; pero él debe ascender por los peldaños de la escalera, que se extiende desde el bautismo hasta Dios; porque, como dice Salomón: el camino de la vida está sobre el sabio (Prov. XV, 24), por el cual el sabio mismo tiende hacia el cielo. Pues el pueblo de Israel, después de cruzar el Mar Rojo, no se detuvo; sino que después de largos viajes y trabajos llegó a la tierra prometida. Así también, quien ha sido bautizado, no debe ser perezoso; sino que debe tender hacia la patria celestial prometida a él por el camino de los mandamientos de Dios, y esforzarse por ascender por los peldaños de la escalera de la generación, si desea llegar a Dios, que está en su cima. Esta escalera de la genealogía es el camino que conduce al cielo y a Dios, y cuanto más verdaderamente alguien la asciende, más poderosamente llega allí. Pues uno la escala más fuertemente que otro, y otro aún más fuertemente o perfectamente, según le ha sido dado divinamente. ¡Ay de aquel que no haya ascendido ningún peldaño de ella, porque permanecerá en lo más bajo!

Vayamos, pues, a estos grados interpretando los nombres de los Padres. El más humilde de todos se encuentra en Jesús, como fundamento de todos, se interpreta como Salvador, porque solo él salva al género humano, y no hay en otro alguna salvación: Ni hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en el cual debamos ser salvos (Hechos IV, 12). Así pues, cada uno comienza a ser partícipe de esta salvación por el bautismo. Pero si quiere no perder lo que ha recibido gratuitamente, debe esforzarse por crecer en ello mediante el propio trabajo de la santa acción. Por eso, enseguida se menciona a José, que se interpreta como aumento; porque aquel que no ha sido perezoso para obrar bien, consigue el aumento de la gracia después del bautismo. Luego sigue Helí, que se dice ascendiendo, para significar el ascenso del que progresa de virtud en virtud. Después está Matthat, que se interpreta como don;

porque quien se esfuerza por alcanzar las alturas en los grados de las virtudes, consigue el don de una gracia mayor. Y luego sigue Leví, que se dice asumido; porque Dios lo ha asumido para su servicio perpetuo, confirmándolo en la constancia de las buenas obras. Sigue también Melquí, que se interpreta como mi rey; porque a menudo sucede que quien ya es así, se convierte en rector de la Iglesia. Pero también sigue Janne, que se dice preparado; porque tal hombre ya está preparado para toda buena obra. También se añade José, que, como se ha dicho antes, se interpreta como aumento, porque siempre progresa y toma el aumento de la religión. Y también Matías, que se dice don de Dios; porque el don de la gracia divina se infunde en él con nuevos beneficios. Y Amós, que se interpreta como honrando, o fuerte, o arrancando al pueblo; porque honra a Dios viviendo bien, y es fuerte para soportar las adversidades, y con sus doctrinas y ejemplos arranca el corazón del pueblo del amor al mundo. Pero también Naum, que se dice consolador o consolación; porque consuela a aquellos que han despreciado lo temporal con la promesa de lo eterno. También Helí, que se dice mi vecino; porque se hace vecino de aquel a quien consuela. Y Nagge, que se interpreta como solemnidad, porque él mismo se convierte en la solemnidad de la alegría para aquel a quien consuela. Y Mahath, o Manat, que se dice descansando; porque ya descansa en el secreto de la contemplación divina, apartado del trabajo de la codicia secular; o tiene descanso en aquel a quien ve que ha recibido su consuelo, y ya se gloria en las tribulaciones por Cristo. Pero también Matatías, que se dice don de Dios, como hemos mencionado antes; porque percibe un don aún mayor de la gracia suprema, debido a los bienes mencionados anteriormente, que se ha esforzado por realizar. No decimos estas cosas de los antiguos padres, cuyos nombres interpretamos, aunque tal vez también pueda entenderse de ellos; sino más bien de cualquier hombre justo, a quien describimos ascendiendo a Dios por estos grados de virtudes desde el bautismo. Pues por estos grados asciende la Iglesia de los elegidos, de la cual se dice: Dios será conocido en sus grados, cuando la reciba (Salmo XLVII, 4). Por estos también ascendía el santo Job, diciendo: Por cada uno de mis grados lo pronunciaré (Job XXXI, 37). Volvamos, pues, al orden de los grados, para que veamos a los demás. Pues sigue Semei, que se interpreta como oyente, o designa la obediencia escuchada en el hombre santo. Sigue también José, que, como ya se ha dicho dos veces, se interpreta como aumento; porque el justo siempre se esfuerza por obtener un nuevo aumento. Pero también sigue Judá, que se dice confesión o alabanza; porque siempre devuelve a Dios la confesión de alabanza. Y Joana, que se dice a quien es gracia o el Señor es su gracia; porque en él hay mucha gracia, y esa gracia es el Señor, para que sea grato al Señor Dios que permanece en él. Y Resa, que se interpreta como su cabeza; porque el Señor, que es su gracia, es también su cabeza. Tal es digno de tener a Cristo como cabeza. Sigue también Zorobabel, que se interpreta como nacido en Babilonia, o él mismo maestro de Babilonia; porque tal hombre nace primero entre los inicuos, y luego les enseña cómo pueden alcanzar la salvación. Y Salatiel, cuya interpretación es mi petición a Dios; porque este ya no desea nada sino a Dios, sabiendo que nada le basta para la bienaventuranza sino Dios. Y Neri, que se dice mi lámpara; porque tal puede decir a Dios: Lámpara es a mis pies tu palabra (Salmo CXVIII, 105), o nosotros de él, porque su lámpara es el Cordero (Apocalipsis XXI, 25). Y Melquí, que se interpreta como mi rey, y se sobreentiende, de los superiores Dios, para que este diga: Mi rey es Dios. Tal no tiene como rey a ningún vicio, sino solo a Dios. O la Iglesia puede decir de él, Neri y Melquí, es decir, mi lámpara mi rey: porque él la ilumina y la gobierna. Sigue también Addi, que se interpreta como robusto; porque este hombre es muy fuerte en la fortaleza del corazón. Y Cosam, o Cusam, que se dice su Etiopía; porque a aquellos que consideran las tinieblas como luz, y la luz como tinieblas, este tipo de hombre les parece su negrura, por la cual muchos se oscurecen, ya que ilumina a muchos. O su Etiopía, es decir, se dice su denigración; porque en comparación con la luz de su doctrina y santidad, declara que están cubiertos de la negrura de los vicios y errores. También sigue Elmodach, o Elmadan [o Helmadam], que se dice medida

de Dios; porque este siempre actúa tan regularmente y con moderación, que no excede la medida de la regla que le ha sido dada divinamente. Y Her, que se interpreta como vigilante; porque siempre vigila según el precepto del Evangelio. Y Jesús, que se dice salvador o salvador; porque obra la salvación de muchos con palabras y ejemplos. Pues quien haga volver al pecador del error de su camino, salvará su alma de la muerte (Santiago V, 20). Sigue también Eliezer, que se interpreta como ayuda de Dios, o Dios mi ayudador; porque él mismo se convierte en ayuda de Dios para muchos, y Dios ayuda a muchos a través de él. Y Jorim, que se dice Señor exaltando, o es exaltando; porque a través de él el Señor exalta, y él mismo no cesa de exaltar a quienes puede, mientras los eleva de las bajas codicias diciendo: Buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios (Colosenses III, 13). Pero también Matthat, que se interpreta como don; porque en él abunda el don de la gracia celestial, y Dios lo ha dado a muchos para su salvación. También Leví, que se dice asumido; porque Dios lo ha asumido, es decir, lo ha hecho servirle de manera especial y constante. Sigue también Simeón, que se dice escucha; porque tal hombre es la escucha de la oración de muchos derramada ante el Señor por un maestro salvador. También se interpreta Simeón como oyente de la tristeza; porque compasivamente escucha la tristeza del lamento de los penitentes. También sigue Judá, que se dice confesante; porque siempre devuelve a Dios la confesión de alabanza más y más, cuanto más progresa en las virtudes. Por eso también se añade José, que se interpreta como aumento, para que el aumento de méritos se designe en él por el progreso diario. Sigue también Eliacim, que se dice resurrección de Dios: porque él mismo se convierte en la resurrección de la gracia divina en los corazones de muchos, que había caído en ellos por el pecado. Y Melca, que se interpreta como alabando, porque siempre alaba al Señor. Pero también Enam, que se dice su ojo; porque tal hombre provee para otros. Y Matatías, que se interpreta como su don, es decir, don de Dios; porque él mismo es don de Dios, o en él está el don de Dios. Y Natán, que se dice dio, o del que da; porque el mencionado don de Dios lo dio el mismo Dios, y ese don es de quien lo da. O el mismo hombre de Dios dio a los demás el don de Dios que había recibido. De aquí sigue también David, que se interpreta como fuerte de mano o deseable; porque es fuerte en la obra, y por el mérito de su santidad es deseado por muchos. También Jesse, que se dice ofrenda de la isla: porque él mismo es ofrecido a Dios como una especie de ofrenda de sacrificio por la Iglesia, que como una isla es golpeada por las olas del mundo por todas partes, pero no se mueve. También Obed, que se interpreta como sirviendo; porque sirve a Dios con una conciencia pura. Y Booz, que se dice en fortaleza: porque sirve a Dios en la fortaleza de la magnanimidad con devoción de caridad. Y Salomón, que se dice dependiendo, o perfección; porque elevado de las cosas terrenales, en cuanto puede, se adhiere a las celestiales, y en lo que puede es perfecto. Pero también Nausson, que se interpreta como serpentino; porque tiene la astucia de la serpiente, e imita a la serpiente de bronce que Moisés suspendió en el desierto (Números XXI), es decir, a Cristo. También Aminadab, que se dice mi pueblo espontáneo: porque el mismo hombre justo se convierte en el pueblo de Dios espontáneo y voluntario, mientras por la predicación hace mucho fruto en la multiplicación de los fieles que sacrifican voluntariamente a Dios. También Aram, que se dice excelso; porque se cumple en él aquello profético: Te elevaré sobre las alturas de la tierra (Isaías LVIII, 14); o: Te he puesto sobre naciones y sobre reinos (Jeremías I, 10). También sigue Esrom, que se interpreta como viendo la flecha; porque cuanto más alto reside en la fortaleza de la mente, más libremente prevé los dardos de las tentaciones del enemigo antiguo. Y Phares, que se dice división o disipador; porque divide y disipa las flechas del enemigo que prevé. Pero también Judas, que se interpreta como confesante o glorificante; porque confiesa humildemente si algo humano aún le sucede; o devuelve a Dios la confesión de gloria. También Jacob, que se dice suplantador; porque suplantó los vicios en sí mismo, o en otros. Pues suelen, incluso después de muchos ejercicios de virtudes, golpear la mente algunas manchas de vicios. Sigue

también Isaac, que se dice risa o alegría, porque se alegra de los vicios suplantados. Y Abraham, que se interpreta como padre viendo al pueblo, porque tal se convierte en padre de muchos, y ve un gran pueblo de sus hijos espirituales, y el ejército de virtudes que ha engendrado. Con estos grados de virtudes que describimos, y que muestran las interpretaciones de estos nombres, el hombre justo, progresando cada día, se hace siempre más cercano al cielo, y con ellos edifica su ascensión al cielo, y cantando los cánticos de los grados, dispone las ascensiones en su corazón, y progresa continuamente de virtud en virtud, para que finalmente pueda ver al Dios de los dioses en Sion (Salmo LXXXIII). Por eso, el evangelista, al referirse a los padres después de Abraham, que se dice padre viendo al pueblo, asciende más allá y llega hasta el mismo Dios, para unir al hombre santo a él por esta escalera de grados ascendentes. Pues después de Abraham, que se dice padre viendo al pueblo, está más arriba Thare, que se interpreta como pastura o pastando, para significar que él nutre con el alimento de la palabra a aquellos que ha engendrado espiritualmente. Y luego sigue Nachor, cuya interpretación es descansando en la luz, o súplica última; porque este hombre solo busca descansar y agradar ante Dios en la luz de los vivientes, y suplica por lo último. Y Serug, o Sarug, que se dice perfecto; para mostrar que ha alcanzado la perfección de las virtudes. Pero también Ragau o Reu, que se dice enfermo, o pastando, o pasto; porque lleva con dificultad las demoras de la vida presente, y su fuerza corporal ha marchitado en él por los ejercicios de las virtudes espirituales, y pastorea las ovejas del Señor. También Phaleg, que se interpreta como dividiendo o dividió; porque discerniendo sutilmente entre virtudes y vicios, separó lo precioso de lo vil. Y Heber, que se dice transitorio; porque no fijó su mente en el amor del presente siglo, sino que con deseos y progresos se dirige continuamente al siglo futuro. Pero también Sale, que se interpreta como paz; porque ya con los vicios extinguidos, se deleita en gran paz en las acciones de las virtudes. Y Cainan, que se dice posesión de ellos; porque este ya es poseído por los bienes, es decir, por las virtudes, y ningún vicio tiene en él algo de dominio. Y Arphaxad, que se interpreta como sanando la devastación; porque sana y repara la devastación de las virtudes, que el enemigo antiguo ha herido en muchos y ha destruido bárbaramente. También Sen, cuya interpretación es nombre, o nombrado; porque quien se dedica a tales cosas, posee un nombre claro y célebre. Pero también Noé, que se interpreta como descanso; porque después de haber derrotado con el trabajo davídico a las cuñas de los vicios, descansa en la paz de Salomón. Después de esto sigue Lamech, cuya interpretación es, humillado, golpeado, o golpeando; y parece significar a aquel que después de largos ejercicios de virtudes alcanza la gloria del martirio, y humillado y golpeado con suplicios golpea más gravemente a su enemigo espiritualmente. Y se añade apropiadamente Mathusale, que se interpreta como muerto, y preguntó, o que es la emisión de la muerte, porque tal persona por la justicia muerta interroga y convence con su ejemplo o memoria de su muerte las conciencias de cada uno, si aman la justicia y la vida eterna, o si solo se deleitan en las cosas temporales; y ha emitido la muerte de sí mismo por completo, para que ya no pueda ser herido o tocado por la muerte, sino que viva para siempre.

Hermosa y adecuadamente se añade a Henoc, que se dice dedicación; porque de tal manera consumado, es dedicado en la felicidad de aquel siglo. Y Jarez, que se interpreta descendiendo o fortaleciendo; ya que con piadosa condescendencia se inclina desde lo alto hacia nosotros, para fortalecer nuestra debilidad. Y también Malaleel, cuya interpretación es alabando a Dios: porque se dedica a las alabanzas divinas en las alturas. Asimismo, Cainan, que se dice posesión de ellos, porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que son un solo Dios, lo poseen en los cielos. Y Henos, que se interpreta violento, porque con la violencia de su excesiva virtud arrebató el reino de los cielos, que desde los días de Juan el Bautista sufre violencia, y los violentos lo arrebatan (Mateo XI, 12). Y Seth, cuya interpretación es puesto,

o colocado; porque ahora en ese reino de la bienaventuranza suprema, del cual había estado exiliado por mucho tiempo, está colocado. También se interpreta como semilla o resurrección; porque su cuerpo fue sembrado como animal, pero resucitará el mismo cuerpo como espiritual. Finalmente, en lo más alto se coloca a Adán, que se interpreta como hombre; porque cualquier fiel promovido por estos grados de progreso, y renovado también por la resurrección del cuerpo, alcanza aquella suma perfección que el hombre tuvo o puede tener; para que entonces sea perfecto hombre, y apto ya para adherirse inseparablemente a Dios. Por eso, en la cima sobre todo se coloca a Dios mismo, hasta quien se describen los grados de la escala de la generación, y allí se terminan; porque allí está el fin de nuestra perfección hasta donde tendemos, para que en Él descansemos sin fin. Allí está la suficiencia de todos los bienes; porque entonces Dios es todo en todos, para que nadie necesite buscar nada más. El lugar antes mencionado, que ahora hemos interpretado sobre el mártir, puede entenderse también sobre aquel perfecto, que no migra de esta luz por la pasión del martirio, pues no todos los perfectos son eliminados por la espada. Porque Lamec se interpreta como humilde o humillado. Mathusale, en cambio, murió y preguntó. Henoc, sin embargo, dedicación; y Jared, descendiendo. Suele suceder frecuentemente que quien durante mucho tiempo se ha esforzado en las obras loables de las virtudes, se mueve por el orgullo de la vana gloria, comenzando a gloriarse exteriormente de las virtudes. Y por eso ahora este, después de tantos actos loables, se dice humilde; porque cuanto más grande es, se humilla en todo, y se hace ajeno a todo vicio de jactancia o soberbia. Y quien así ha rechazado la gloria del mundo, ha demostrado estar muerto al mundo. Y con el ejemplo de tal muerte suya interroga a los demás, quién de ellos desea morir así al mundo. Y de aquí sigue la dedicación; porque ya por la contemplación es dedicado en las alturas. Y de ahí se hace descendiendo; porque para elevar a los demás a lo que solía contemplar en lo alto, desciende piadosamente a sus profundidades, según aquello del Apóstol: Si nos excedemos en la mente, es para Dios; si somos sobrios, es para vosotros (II Cor. V, 13). Los dos nombres que siguen, es decir, Malaleel, cuya interpretación suena alabando a Dios; y Cainan, que se dice posesión de ellos, indican mística lo que se hace en esa dedicación de la contemplación, y en el descenso hacia los prójimos; porque allí alaba a Dios, y aquí es poseído por aquellos a quienes sirve con sus utilidades. Sigue también Henos, cuya interpretación es desesperado; porque despreció tener esperanza en las cosas temporales y caducas, según aquello del bienaventurado Job: Desesperé, ya no viviré más (Job VII, 16). Porque muerto al mundo ya no tiene esperanza en él. Luego viene Seth, que se dice posición o resurrección: porque ahora coloca el cuerpo que al final resucitará. Y entonces será el hombre perfecto reformado en el estado antiguo y mejor, como lo insinúa el siguiente Adán, que se interpreta como hombre; y fue el primero creado: y así ya se asocia a Dios, para vivir en Él adherido perpetuamente. Por esto mismo el Hijo de Dios se humilló misericordiosamente, para elevar hasta esta altura a los suyos, que habían caído; y de los grados de las generaciones, por los cuales cayeron, hizo para ellos grados de virtudes por los cuales ascendieran. Estos grados, designados en los nombres de los padres, como se ha mostrado, cada uno de los que progresan los asciende según su modo, y alcanza algo de cada una de las virtudes; pero tanto más fuerte y gloriosamente llega a Dios, cuanto más verdaderamente y perfectamente haya progresado en ellas: y tanto más lentamente y con dificultad llega a Él, cuanto más negligentemente y con descuido haya actuado en ellas. Podría hacerse un largo discurso sobre cada grado o nombre; pero había que evitar el tedio, y dejar a aquellos que saben decir mucho a partir de poco, de donde ellos mismos pudieran también tratar. Pues también hemos omitido muchas interpretaciones de sus nombres, que igualmente podríamos haber mencionado; y no dudamos que aún hay muchas otras, cuyo conocimiento aún no hemos alcanzado, que tienen sus sentidos místicos. Y por eso los hombres de Dios no pueden conseguir nada de perfección en la observancia de la justicia, que no esté expresado figurativamente en esta escala genealógica. Y también el

premio al que tienden a través de ella, el mismo Dios está colocado arriba al final. El principio del progreso o ascensión de esta de la que se ha tratado, el Señor nos lo indicó inmediatamente en sí mismo, de quien se añadió: Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán (Lucas IV, 1). No se dice que fue inspirado por el Espíritu Santo, sino lleno; porque en Él habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente (Colosenses II, 9). Pues Dios no da el Espíritu a medida a Él, es decir, a Cristo. Porque a los demás santos se lo da a medida (Efesios IV); pero a Él inmensurablemente, es decir, todo el Espíritu inmenso. Ni fue primero lleno del Espíritu Santo; sino que desde que comenzó a ser concebido en el vientre de la Virgen, siempre permaneció en Él todo el Espíritu Santo. Pero por eso ahora se dice que estaba lleno de Él, porque ahora comenzó a declarar con obras que la plenitud de Él permanecía en Él. Y así regresó del Jordán; porque comenzó a destruir el reino del príncipe del mundo desde el bautismo, y a construir su nuevo reino en el orbe. Pues también cualquier fiel, habiendo recibido en el bautismo el Espíritu Santo, regresa del Jordán, cuando regresando del lavacro, comienza la lucha contra los vicios del mundo, en los que antes vivía. Porque regresa del Jordán, quien desde el bautismo se apresura al combate contra las tentaciones del mundo que ha dejado, para que, vencidas estas, merezca la corona de la vida por el mismo Mediador entre Dios y los hombres, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA IX.

EN EL EVANGELIO SEGÚN LUCAS: Jesús entró en cierta aldea: y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa, etc. (Lucas X, 38.)

Muchos suelen preguntar qué tiene que ver esta lectura con la gloriosa Virgen Madre de Dios, para que se lea en su festividad: por lo cual ya he expuesto más de una vez en el convento de los hermanos, según pude, de manera sencilla, lo que yo sentía. Y porque lo que dije agradó a los oyentes, fui ordenado, más bien obligado, por los mismos y especialmente por los señores abades Guillermo de Fiscannense, Arnulfo de Troarnense, a poner por escrito lo dicho. Lo cual he mencionado de antemano, para que esta pequeña exposición no desagrade como si fuera hecha por un presuntuoso, ya que no la presunción, sino la obediencia la produjo. Ahora, pues, me dispongo humildemente a escribir esta pequeña razón, con fe intacta y sin perjuicio de una mejor, para alabanza de la misma Virgen y madre de Jesús.

En la Sagrada Escritura, una misma cosa se encuentra muchas veces con significados diversos, como el león, el cabrito, el fuego, el agua, o incluso el sol, y muchos otros. Pues el león es de la tribu de Judá (Apoc. V); y es el león que ronda buscando a quien devorar (I Pedro V). Es el cabrito expiatorio (Levítico XVI), que llevó nuestros pecados, es el cabrito a la izquierda (Mateo XXV), que es condenado. Es el fuego que el Señor envió a la tierra, y que desea que arda (Lucas XII); es el fuego que cae sobre los impíos, para que no vean el sol (Salmo LVII). Es el agua cuyos ríos fluyen del vientre del creyente (Juan VII); es el agua cuya tempestad no nos sumerge (Mateo XIV). Es el Sol de justicia, que nos ilumina (Eclesiástico XLII), y el sol que no nos quema durante el día (Salmo CXX). Aunque el castillo signifique a veces algo malo, como aquel del que se dice: Id al castillo: donde se añade, que está contra vosotros, claramente se manifiesta qué significa; sin embargo, aquí el castillo, en el que entró Jesús, lo tomamos por similitud como la Virgen singular e inmaculada, madre de Jesús, salvaguardando la regla de las Escrituras. Pues se llama castillo a cualquier torre, y al muro que la rodea. Estos dos se defienden mutuamente, de modo que los enemigos son rechazados por el muro desde la fortaleza, y desde el muro por la fortaleza. A un castillo de este tipo no inadecuadamente se asemeja la Virgen María, a quien la

virginidad de mente y cuerpo, como un muro, la rodeó por todas partes, de modo que nadie jamás se acercaría a ella con lujuria, ni sus sentidos serían corrompidos por alguna seducción. Y porque la virginidad, cuando la lujuria no puede, suele ser atacada por la soberbia, en la misma virgen hay una torre de humildad, que desde el muro de la virginidad repele toda soberbia. Y porque la humildad, cuando la soberbia no puede, suele ser atacada por la lujuria, el muro de la virginidad desde la torre de la humildad repele toda lujuria. Así, estos dos, el muro de la virginidad y la torre de la humildad, se protegen mutuamente; para que nunca en la humilde Virgen haya habido una virginidad soberbia, ni una humildad mancillada: sino que siempre en la misma ha permanecido una virginidad humilde y una humildad virginal.

Aunque lo que se dice es tan cierto, que nada más cierto puede creer la fe cristiana, pongamos sin embargo algunos testimonios del Evangelio sobre su virginidad y humildad. Pues cuando el ángel le prometía un hijo, respondió: ¿Cómo será esto, pues no conozco varón? (Lucas I, 54). Si a cualquier virgen desposada que en su mente dispusiera casarse se le dijera, Tendrás un hijo, no se sorprendería, ni preguntaría cómo sería esto, ya que sabía que estaba desposada y que pronto se casaría, y esperaba quedar embarazada por su esposo según el uso de la naturaleza: pero esta no se sorprendió sin razón; y preguntó cómo se haría lo que se prometía, porque aunque estaba desposada, sabía con certeza que nunca se casaría, ni conocería varón. Esto sobre la virginidad. Sobre la humildad, se debe decir que cuando fue saludada por el ángel, elegida como madre de Dios, se le enseñó cómo sería salvaguardando su virginidad (a la que tanto temía), se le proclamó bendita sobre todas las mujeres, respondió: He aquí la sierva del Señor (Lucas I, 38); y en otro lugar: Porque ha mirado la humildad de su sierva (Lucas I, 48). ¡Oh sublime virgen madre de Dios! ¡Oh madre humilde sierva de Dios! ¿Qué podría ser más sublime? ¿Qué podría sentir más humildemente de sí misma? Hay quienes piensan que este castillo fue Magdalum, del cual María Magdalena toma su nombre: lo cual, si es cierto, sirve a la interpretación mencionada. Pues Magdalum significa torre, y se adapta a la humildad. Aquí no se nombra, sino que simplemente se dice que es un cierto castillo: lo cual no debemos pasar por alto sin examinar. Ciertamente, es decir, un castillo singular fue la virgen María. Pues aunque muchas otras tengan el muro de la virginidad, y la torre de la humildad, es decir, sean vírgenes y humildes, sin embargo, no pueden ser madres salvaguardando la virginidad, ni engendrar hijos: lo cual solo esta hizo. Y por eso este castillo con razón se llama cierto, es decir, singular; porque esta fue singularmente virgen y madre: lo que ninguna otra pudo ser ni podrá ser. Sin embargo, concedamos que alguna pueda ser virgen y madre, aunque sea imposible: aun así, la Virgen María será singular, porque engendró al único Hijo de Dios, que así como es único para el único Padre, así es único para la única madre. Y por eso ninguna, aunque sea virgen, engendrará a él o a otro semejante. Es, por tanto, un cierto castillo, en el que entró Jesús; la puerta por la que entró es la fe. Porque creyó, se le cumplieron por el Señor las cosas que le fueron dichas por el ángel, como le dijo Isabel. Y no porque Jesús entró en este castillo, fue violado: pues Jesús salva, no viola; solidifica lo quebrado, no quiebra lo sólido. Según su nombre, así es su obra. Y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa: y tenía una hermana llamada María. Estas dos hermanas, como los santos Padres nos han explicado plenamente, designan dos vidas en la Santa Iglesia: Marta, la activa; María, la contemplativa. Esta trabaja para ofrecer al necesitado todos los oficios de humanidad; aquella se dedica y ve que Dios es. Esta se ocupa de las cosas exteriores; aquella contempla las interiores. Así como la madre de Dios es singular; así también el efecto de estas dos vidas, de las cuales estas dos hermanas son el tipo, fue singular en ella. Nunca en ninguna persona, Marta trabajó así; nunca en otra, María se dedicó así a la contemplación. Nunca así en otra, ni esta ni aquella, exhibió lo que es suyo. Cuando digo Marta o María, entiendo sus significados. Pero ya veamos la acción de esta Marta; luego conjeturemos la contemplación de esta María. Y, para hacerlo más claro, comparemos lo que otros hacen como Marta; y lo que esta hizo. Otros reciben a cualquier huésped en su casa;

esta no a cualquiera, sino al propio Hijo de Dios, que no tiene dónde reclinar la cabeza (Mateo VIII, 20), no en la casa, sino en el vientre lo recibe. Otros visten a cualquier desnudo con ropa mudable y corruptible compuesta de cualquier manera; esta viste de carne al Verbo de Dios de alguna manera desnudo; mientras el mismo Verbo en la misma virgen asumió carne en la unidad de persona, que permanecerá sin fin inmutable e incorruptible. Otros alimentan o dan de beber a cualquier hambriento o sediento con comida o bebida exterior; esta alimentó humanamente al hombre Dios necesitado, no solo con alimentos o bebidas exteriores, sino que también lo alimentó con su propia leche interior. Y, para recorrer brevemente esas seis obras de misericordia que cuando se hacen a uno de los más pequeños de los suyos, Dios confiesa que se le han hecho; esta no recibió a cualquiera de los más pequeños, sino al supremo Hijo de Dios como huésped en su vientre, lo vistió desnudo de carne o incluso de pañales, lo alimentó hambriento, lo dio de beber sediento con leche, al enfermo por la infancia yacente no solo lo visitó, sino que también lo frecuentó bañándolo, cuidándolo, aliviándolo, llevándolo, de modo que con razón se dice de ella: Pero María se ocupaba del frecuente ministerio (Lucas X, 40). Estando preso y crucificado, como puesto en prisión, estuvo presente, como está escrito: Estaba junto a la cruz de Jesús su madre (Juan XIX, 25). Entre estas cosas, sin embargo, estaba preocupada y turbada, cuando huía a Egipto de la cara de Herodes, que perseguía tanto a su hijo que mató a muchos niños de edad sospechosa por él. Se turbó, cuando conoció a los judíos que conspiraban y planeaban darle muerte. Finalmente, se turbó mucho, y según la voz de Simeón, una espada atravesó su propia alma (Lucas II, 35), cuando vio a su hijo ser capturado, atado, azotado, escupido, coronado de espinas, burlado, abofeteado, crucificado, morir, ser sepultado. Por lo cual bien le conviene lo que se dice: Marta, Marta, estás preocupada y turbada por muchas cosas (Lucas X, 41). Nadie duda que la B. María quisiera liberar a su hijo de toda tribulación, y ser ayudada en su perturbación por la divinidad, que sabía que estaba en su mismo hijo por la teoría, que es la parte de María. Esto es lo que Marta se queja de que su hermana la dejó sola para servir, y reclama su ayuda en el ministerio. Esto sobre la parte de Marta. Ahora sobre la parte de María, que se predica como la mejor, ¿quién puede hablar dignamente de cuánta o qué calidad fue en la B. María? Si es tal como hemos dicho, o mejor dicho, porque es mejor de lo que hemos dicho, en la beata María la parte de Marta, que no es tanto alabada por el Señor, pero no es vituperada: ¿cuál es la parte que María eligió como la mejor, que se alaba tanto que se dice que no le será quitada (ibid., 42)? ¡Oh cuán grande fue la multitud de la dulzura de Dios en la beata Virgen, cuando el Espíritu Santo vino sobre ella, y la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra (Lucas I, 35), y concibió del mismo Espíritu Santo! ¿Qué de Dios no saboreaba, en quien la sabiduría de Dios habitaba, y en cuyo vientre se preparaba un cuerpo para sí? Cristo es, dice el Apóstol, la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios (I Cor. I, 24): y en él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Col. II, 3), pero Cristo está en María. Por lo tanto, la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, y todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento están en María. Esta no solo estaba sentada a los pies, sino también a la cabeza del Señor escuchando la palabra de su boca. Esta conservaba todas las palabras de los ángeles, pastores, magos, y también de su propio hijo, reflexionando en su corazón (Lucas II, 19). Nadie jamás gustó como ella cuán suave es el Señor (Salmo XXXIII, 9). Se embriagaba de la abundancia de la casa de Dios, y se saciaba del torrente de sus delicias (Salmo XXXV, 9). Y no es de extrañar; porque en ella, o más bien dentro de ella, estaba la fuente de la vida (Ibid., 10), de la cual manaba toda la perfección de ambas vidas. Se ocupaba de muchas cosas, como Marta; se deleitaba en una, como María, porque una cosa es necesaria (Lucas X, 42); muchas cosas se quitan, una permanece. Singularmente, por tanto, cumplió la parte de Marta, singularmente eligió la mejor parte de María: pero la parte de Marta le es quitada (Ibid., 42). Ya no estará preocupada por servirle, como a un niño, a quien todos los órdenes de ángeles sirven, como al Señor. Ya no se turbará huyendo con él a Egipto

de la cara de Herodes; porque él sube al cielo, y Herodes desciende al infierno de su cara. Ya no se turbará por las muchas cosas que los judíos hicieron a su hijo; porque todo está sujeto a él (I Cor. XV). Ya el hijo de María no será azotado ni muerto por los judíos o soldados; porque Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere, la muerte ya no tiene dominio sobre él (Rom. VI, 9). Por tanto, la parte de Marta le es quitada, pero para su bien; la parte de María se le perfecciona, que no le será quitada. Pues ha sido exaltada sobre los coros de los ángeles, su deseo ha sido colmado de bienes (Salmo CII, 5), ve a Dios cara a cara, tal como es (I Juan III, 2), se regocija con su hijo eternamente. Esta es la mejor parte, que no le será quitada; de la cual también seamos partícipes, por sus méritos y oraciones, por Jesucristo su Hijo, que vive y reina con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA X.

EN EL EVANGELIO SEGÚN LUCAS: Cuando Jesús entró en la casa de cierto príncipe de los fariseos en sábado a comer pan; y ellos lo observaban. Y lo demás. (Lucas XIV, 1.)

Estas cosas, que ahora se refieren como maravillosas según la historia, se conocen como más admirables según el sentido espiritual. Pues los fariseos, que se interpretan como divididos, significan a los judíos divididos de todas las demás naciones por la circuncisión y la ley. El príncipe de los fariseos es mística y antiguamente el sumo sacerdote de los judíos. La casa de este príncipe, la Sinagoga. En la cual casa el Señor entró, cuando como esposo saliendo de su tálamo (Salmo XVIII, 6), nació en el pueblo de los judíos del vientre de la Virgen inmaculada; y esto lo hizo en sábado, es decir, cuando ya cesaban según la voluntad de Dios las obras carnales de la ley, y los edictos de las obras; porque la ley y los profetas hasta Juan. Pues según la ley en sábado se cesaba de la acción exterior; y por eso el nombre de sábado designa la cesación de las acciones carnales de la misma ley. En tal sábado el Señor entró en la casa mencionada, y entró a comer pan, es decir, a tomar alimento, esto es, a hacer la voluntad del Padre. Pues dice: Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió (Juan IV, 34).

Y ellos lo observaban, es decir, también ellos, a quienes había venido, le tendían insidias. Significaron, sin embargo, aquella parte de los judíos, en la que también estaban ellos, que siempre envidiando le tendían insidias, y buscaban ocasiones para reprimirlo o acusarlo.

Y he aquí un hombre hidrópico estaba delante de él. Este hidrópico que estaba en la casa del príncipe de los fariseos, fue un tipo del pueblo que estaba en la Sinagoga de los judíos, sufriendo de la enfermedad de la avaricia. Pues el hidrópico, cuanto más bebe, más sed tiene. Así también el avaro cuanto más aumenta su dinero, más arde en sed de dinero; y le crece el amor al dinero, cuanto más crece el mismo dinero. Y así encontró el Señor al pueblo de la Sinagoga, que solo seguía la letra de la ley que mata, y no conocía el espíritu que vivifica; y esperaba las promesas, que según la letra allí no se encuentran sino carnales, de Dios como recompensa de sus trabajos, como los mayores bienes: y por eso se había derramado todo en el apetito de tales cosas, y solo ansiaba los bienes de la vida presente, que pensaba que solo en la ley de Dios se prometían; y así la letra mal entendida lo mataba, y por esta enfermedad espiritual el Señor respondiendo a sus insidiadores, dijo a los doctores de la ley y a los fariseos, que querían reprimirlo: ¿Es lícito curar en sábado, es decir, si puede hacerse justamente que cesando las obras de la ley, cuyo ocio se designa con el nombre de sábado, este pueblo sea sanado de esta enfermedad de la avaricia, con la que hinchado arde: y en verdad no podía ser curado sino en sábado, porque, si no cesaba la acción de los bienes carnales prometidos en la ley, tampoco se extinguiría su codicia en el corazón del pueblo

judío. Pero ellos, que fueron interrogados sobre esto, callaron; porque no quisieron hablar de la abolición de las observancias carnales que ya no podían sostenerse según la razón. Pues desde aquel tiempo ya habían cerrado sus bocas a la confesión de la verdad, desde que habían conspirado contra el Salvador, que si alguno lo confesara como Cristo, fuera hecho fuera de la Sinagoga (Juan IX, 22). Su silencio está designado por el silencio de Zacarías no creyente. Pero el Señor tomó al enfermo y lo sanó; porque tomó al pueblo judío que sufría, como se ha dicho, de la enfermedad de la avaricia en aquellos que eligió, y lo liberó de toda codicia terrenal; cuando vendieron todo lo que poseían, y pusieron el precio de ellos a los pies de los apóstoles, llevaban una vida pobre y común unánimes en la caridad (Hechos IV, 32). Así pues, por su gracia Cristo los sanó de toda aquella peste de avaricia insaciable; y así los dejó, es decir, los liberó del yugo de la ley, y en la libertad de la caridad los relajó a su propio arbitrio, para que ya no obligados, sino espontáneos hicieran el bien. Pues quien arde en caridad, no es necesario que se le ordene, sino que haga lo que quiera. Luego, refutando la envidia de sus enemigos, el Salvador les dijo: ¿De quién de vosotros el asno o el buey caerá en un pozo, y no lo sacará inmediatamente en día de sábado? Esta sentencia no solo convence a los insidiadores, sino que también se refiere especialmente al mismo autor de nuestra liberación. Pues él según la materia de la carne era uno de los judíos, que había tomado carne de su gente. Cuyo asno y buey cayeron en el pozo; porque el pueblo gentil y judío, que él mismo había creado, cayó en lo profundo de los vicios. Pues el asno designa al pueblo gentil muy bruto y sometido a todas las cargas de los errores; el buey, al judío sometido al yugo de la ley. Pues no solo el asno, es decir, el pueblo gentil; sino también el buey, es decir, el judío, cayó en la profundidad de los pecados, porque tampoco él pudo justificarse por las obras de la ley. Pero el Señor sacó a ambos; porque justificándolos por su fe, los condujo a la libertad de la caridad. Y lo hizo, inmediatamente, es decir, sin demora; porque en el bautismo borró sin demora sus culpas, y les dio inocencia. En día de sábado, es decir, en la clara luz de la fe y del conocimiento, en la cesación de las obras de la ley. Y no podían responder a esto; porque habiendo sacado de lo profundo de los males a dos pueblos, y convocados a la luz de la fe, así hizo Dios necia la sabiduría del mundo, que sus sabios, que envidian a la Iglesia del Salvador, no encuentran qué responder en contra y decir razonablemente, sino que con la boca cerrada guardan silencio, y se consumen de envidia interna.

HOMILÍA XI.

EN EL EVANGELIO SEGÚN LUCAS: Un hombre hizo una gran cena, y llamó a muchos. Y envió a su siervo a la hora de la cena a decir a los invitados que vinieran; porque ya todo está preparado. Y comenzaron todos a excusarse. El primero le dijo. Y lo demás. (Lucas XIV, 16.)

Homo iste es el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5). Su gran cena es la nueva ciencia espiritual, que al final, por sí mismo, y por los apóstoles, y por los expositores de las Escrituras, se dignó darnos abundantemente, para saciar nuestras almas con delicias espirituales. Añade otro plato, cuando alimenta nuestras mentes con su amor de manera deleitosa. Añade un tercero, cuando nos concede perpetuamente la visión de su divinidad entre los ángeles. Esta es su cena, que preparó para los suyos, y a la cual llamó a muchos, a saber, judíos y gentiles de todo el mundo; pero primero a los judíos, luego a los gentiles. Esta cena fue designada por aquel banquete que Asuero hizo en el tercer año de su reinado para sus nobles y amigos; y luego invitó a todo el pueblo que se encontraba en sus dominios (Esth. I, 3, 5). Pues Asuero, mística y simbólicamente, es Cristo; el tercer año es el tercer tiempo. El primer tiempo fue antes de la ley, el segundo bajo la ley, el tercero bajo la gracia. En este, el Rey de reyes exhibió su banquete. Los nobles y amigos son los apóstoles, y aquellos que primero creyeron de entre los judíos. El pueblo invitado de toda la ciudad es la

multitud de gentiles llamados de todo el mundo, ya que la ciudad designa al mundo o a la gentilidad.

Así que este señor envió a su siervo a la hora de la cena para decir a los invitados que vinieran, porque ya todo está preparado. El siervo es el orden de los predicadores. La hora de la cena es la última edad del mundo, de la cual habla el bienaventurado Juan: Hijitos, es la última hora (II Juan II, 18). Esta hora es el espacio de tiempo desde la venida del Señor hasta el fin del mundo, en el cual se ha revelado la ciencia espiritual, se ha derramado la gracia del Espíritu Santo, y se han abierto los reinos de los cielos. Por eso se dice que ya todo está preparado. No queda nada, sino que cada uno se prepare dignamente, y venga y disfrute de todo esto. Entonces, el Señor envió primero a su siervo para llamar a los invitados, cuando dijo a sus discípulos: No vayáis por el camino de los gentiles, ni entréis en las ciudades de los samaritanos; sino id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. X, 15). Pues ya habían invitado a los israelitas a esta cena tanto los patriarcas, como Moisés y los profetas. Pero ellos ni entonces, ni ahora quisieron venir, sino que todos comenzaron a excusarse al mismo tiempo.

El primero dijo: He comprado una hacienda, y necesito salir a verla. Te ruego que me excuses. Este primero representa a los poderosos del mundo que se apropian de haciendas y castillos para ejercer poder sobre los demás, y ser más honorables y ricos que los demás. Y estos, abandonando sus asuntos internos, salen con el ánimo hacia las preocupaciones externas, y se ven retenidos por ciertos lazos de necesidad para no regresar a lo interior, sino que siempre ven sus haciendas y posesiones, y piensan en ellas, y se deleitan en ellas; por eso descuidan la cena de Dios. A tales, cuando los predicadores les persuaden de cosas mejores, prometen hacer lo que se les manda; pero presentan impedimentos, oponen excusas, y piden que se ore a Dios por ellos. ¿Qué es esto sino decir: te ruego que me excuses? Y había muchos tales en Judea cuando el Señor hablaba estas cosas; pero los que ahora son judíos, como no pueden tener haciendas, adquieren dinero. Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas. Te ruego que me excuses. Este representa a aquellos judíos que están más dedicados al estudio carnal de la ley. Pues las cinco yuntas de bueyes son los cinco libros de Moisés que oprimen con pesada servidumbre a aquellos que están bajo ellos carnalmente. Estos libros los compraron los judíos, porque por ellos se circuncidan, por ellos ofrecen diezmos, primicias y sacrificios. Sin embargo, aún no los tienen probados, porque aún no los entienden. Si los hubieran entendido, no habrían presentado excusas, sino que ya habrían venido a la cena. Pero, como no los entienden, mientras pretenden venerarlos, buscando establecer su propia justicia, no se han sometido a la justicia de Dios (Rom. X, 3).

Y otro dijo: Me he casado, y por eso no puedo ir. Por este se designan aquellos que se someten por completo a la lujuria y a los placeres de la carne. Estos no buscan excusarse, porque, amando solo esta vida, desprecian la otra. En estos tres que no quisieron venir a la cena, están designados todos los que descuidan venir a ella, y en el tipo de estos, los judíos no quisieron acudir a esta cena.

Y el siervo regresó y contó estas cosas a su señor. De donde Isaías: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? (Isa. LIII, 1.) Entonces, enojado el padre de familia, dijo a su siervo: Sal pronto a las plazas y calles de la ciudad; y trae aquí a los pobres, a los débiles, a los ciegos y a los cojos. Como los judíos no quisieron venir, el Señor se enojó, porque ya no los amonestó más a través de sus predicadores para que se convirtieran, sino que los dejó por completo en su maldad, mandando a las nubes que no llovieran sobre la viña infructuosa (Isa. V, 6), es decir, ordenando a los apóstoles que no predicaran en Judea. Gran ira de Dios es no llamar a los pecadores al arrepentimiento, sino dejarlos en sus pecados hasta la muerte. Así se enojó

con los judíos que no quisieron venir a la cena y creer, y miró a los gentiles con misericordia. De donde Pablo y Bernabé dijeron a los mismos judíos: A vosotros era necesario hablar primero la palabra de Dios, pero ya que la rechazáis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles (Act. XIII, 46). La ciudad en este lugar se entiende como la gentilidad, fortificada con murallas de disputas y argumentos y poderes seculares. De donde también el Señor dice por el salmista: ¿Quién me llevará hasta la ciudad fortificada? ¿Quién me llevará hasta Edom? (Psal. LIX, 11.) Pues quien predica con los pecadores lleva a Cristo a los pecadores. Y como es raro, por eso el Señor dice: ¿Quién me llevará? La mies es mucha, pero los obreros pocos (Luc. X, 2). La ciudad, como hemos dicho, es la gentilidad; y ella es Edom, es decir, terrenal. Las plazas y calles de la ciudad, entendamos las amplitudes y estrecheces de la gentilidad. Dice, pues, al orden de los predicadores: Sal pronto a las plazas y calles de la ciudad; y trae aquí a los pobres, a los débiles, a los ciegos y a los cojos. Como si dijera: Ve rápidamente a las naciones extranjeras, y a quienes encuentres allí, ya sea dilatados por la amplitud de sus posesiones, o constreñidos por la estrechez de sus recursos, no tardes en introducirlos a la vida. Pues los pobres, los débiles, los ciegos y los cojos eran los gentiles, porque no tenían las riquezas de la ley, ni la fortaleza de las virtudes para resistir al diablo, ni la luz de la ciencia, ni los ojos del corazón iluminados, ni caminaban con pies rectos en el camino de la justicia. Sin embargo, invitados al banquete de Cristo, se hicieron espiritualmente ricos y fuertes, y ya iluminados interiormente no erran en el camino de Dios, sino que caminan por el sendero recto.

Y el siervo dijo: Señor, se ha hecho como mandaste, y aún hay lugar. Hemos llamado, dice, según tu mandato, a judíos y gentiles, y aún hay lugar donde puedan ser recibidos los que quieran venir. Este lugar se completará cuando este mundo termine. Pues aún hoy se envían siervos, aún vienen fieles a la cena, unos apresurándose por el bautismo, otros por el arrepentimiento.

Dijo el señor al siervo: Sal a los caminos y cercas, y obliga a entrar, para que se llene mi casa. Pues ya no queda camino, ni cerca, ni lugar alguno, ya sea transitable, ya sea cerrado, ya sea manifiesto, ya sea oculto, al que los siervos de Cristo no hayan llegado para escudriñar. Por tanto, los que faltaron o faltan a esta cena, no lo atribuyan a la negligencia de los siervos, sino a su propia desobediencia. Esta tercera invitación se refiere más a nuestro tiempo, en el cual crecen las adversidades del mundo, y por eso se dice en ella: Obliga a entrar. Pues en otro tiempo el mundo nos apartaba de Dios, pero ahora está tan lleno de males que ya nos envía a Dios. De donde está escrito sobre las aguas del diluvio: Inundaron con gran fuerza, y levantaron el arca en lo alto de la tierra (Gen. VII, 17). Pues ¿qué se figura por las aguas sino las tribulaciones, y qué por el arca sino la Iglesia? Por tanto, al inundar las aguas, el arca se eleva en lo alto de la tierra, porque al irrumpir las adversidades, la Iglesia, o el alma fiel, se separa de las codicias terrenales y se hace cercana al cielo. Pues hay algunos que buscan prosperidad en este mundo, pero encuentran adversidades, y tratan de alcanzar la gloria temporal, y no pueden; y cuanto más apetecen los placeres, las riquezas o los honores, más sienten las punzadas, las miserias y los desprecios. Por tanto, las adversidades los obligan a venir al banquete de Dios. Pero como en esas mismas adversidades su mente se ha endurecido con tal estupor que no puede entender los males que padece, cuando el predicador les declara los males del mundo con los que son afligidos, y con cierta fuerza de razones y exhortaciones los obliga a desear los bienes celestiales, hace lo que se ha dicho, obliga a entrar. Así se completa el número de los elegidos, y se llena la casa celestial. Pero de aquellos que despreciaron venir, se añade: Os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena. Ninguno de aquellos que fueron llamados, y no quisieron venir, gustará la cena de la dulzura interna; ninguno de ellos entrará con los santos a las delicias del

banquete eterno. De donde también el Señor les dice por el profeta: He aquí que mis siervos comerán, y vosotros tendréis hambre. He aquí que mis siervos beberán, y vosotros tendréis sed. He aquí que mis siervos se alegrarán, y vosotros seréis confundidos. He aquí que mis siervos alabarán con exultación de corazón, y vosotros clamaréis por el dolor del corazón, y por la contrición del espíritu aullareis (Isa. LXV, 13, 14). Pero también en el Evangelio el mismo Señor dice: El que viene a mí, no tendrá hambre; y el que cree en mí, no tendrá sed jamás (Juan VI, 35). De similar sentido se dice en el Éxodo: Vieron al Dios de Israel, y comieron y bebieron (Éxod. XXIV, 11).

Todo esto debe o aterrarnos, o encendernos. Aterrarnos, para que no nos suceda tener hambre y dolor con los reprobos; encendernos, para que merezcamos banquetear y alegrarnos con los elegidos. Pues quien falte a este banquete, se consumirá eternamente de hambre y miseria, y de la falta de todos los bienes. Y quien participe, se saciará perpetuamente de la inmensa plenitud de todos los bienes. Pues el alimento de los justos es la presencia del rostro de Dios, que, al ser contemplado sin defecto, sacia sin fin la mente con el alimento de la vida. De donde también se dice: Los justos banqueteen y exulten en la presencia de Dios, y se deleiten en la alegría (Psal. LXVII, 4). Allí se alegran de la sociedad de la eternidad, quienes ya han escapado de los lazos de la voluptuosa temporalidad. Allí los coros angélicos de himnos, allí la sociedad de los ciudadanos celestiales. Allí la dulce solemnidad de los que regresan del triste trabajo de esta peregrinación. Apresurémonos, pues, a entrar en este banquete, donde con la sociedad de todos los elegidos exultemos perpetuamente en gozos festivos, por la gracia de aquel que vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XII.

EN EL EVANGELIO SEGÚN LUCAS: Jesús dijo a sus discípulos esta parábola: Había un hombre rico que tenía un mayordomo; y este fue acusado ante él como disipador de sus bienes. Y lo llamó, y le dijo. Y lo demás. (Luc. XVI, 1.)

Esta sagrada lectura, bajo la figura del mayordomo primero disipando los bienes de su señor, y luego actuando prudentemente con los bienes de este para ser alabado por él, muestra la depravación y corrección de cualquier prelado de la Iglesia, que al principio debilita la disciplina y la religión no solo en sí mismo, sino también en los súbditos, pero luego enmienda noblemente tanto a sí mismo como a los subordinados.

Había un hombre rico, etc. Este hombre se entenderá como el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5). Quien es rico, como Creador y Señor de todo; el mayordomo, cuyo nombre proviene de la custodia de la villa, significa a aquel cuyo oficio es vigilar en la custodia y gobierno de la Iglesia, como está escrito: Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el que la guarda (Psal. CXXVI, 1). El mayordomo, por tanto, designa al gobernador de la Iglesia. Pero a menudo sucede que aquel que ha asumido la Iglesia para gobernarla, codiciando los bienes terrenales, descuida las ganancias espirituales, y viviendo mal, destruye la religión en los súbditos con malos ejemplos de sí mismo. Pero tal persona es acusada ante su Señor como disipador de sus bienes, porque los ángeles recitan ante Dios sus obras, por las cuales, al dar malos ejemplos de sí mismo, disipa la disciplina de aquellos a quienes había asumido para gobernar. Pues los ángeles anuncian a Dios todas nuestras obras y también las oraciones, no para que él aprenda lo que no sabía, pues no hay nada que ignore; sino porque la criatura racional que obedece a Dios necesita referir las causas temporales a la verdad eterna, ya sea pidiendo que se haga algo en relación con él o con nosotros, ya sea consultando qué hacer. Este es un piadoso afecto de la mente, para que ella misma sea edificada, no para que Dios sea instruido. Pues esto también es una cierta declaración de la

criatura racional, de que no es en sí misma el bien por el cual se hace bienaventurada; sino aquel inmutable, cuya participación también hace sabio. De este modo, pues, este mayordomo fue acusado ante su señor, quien lo llamó para que le rindiera cuentas, porque él no examina al final por sí mismo las obras de los prelados, quien diariamente juzga las acciones de los súbditos a través de los prelados. Lo llamó, porque al urgirlo a la muerte por la molestia de la enfermedad, hizo que se presentara ante él por los ángeles, y le dijo: ¿Qué es esto que oigo de ti? es decir, que de mis bienes no buscas mis ganancias sino las tuyas; y a quienes debías beneficiar, los perjudicas.

Devuelve la cuenta de tu administración. Pues ya, después de la muerte, no podrás administrar. Considerando el administrador que se veía constreñido por tan gran angustia de juicio, comenzó a dar vueltas ansioso en su corazón a pensamientos como estos: ¿Qué haré, ya que mi señor me quita la administración? es decir, me depone de la prelación que tenía en la Iglesia, como indigno, a través de la muerte. No puedo cavar ya después de esta vida, es decir, renovar la tierra de mi corazón con el azadón de la compunción y el ejercicio de la disciplina, para que recibiendo la semilla de la palabra produzca la cosecha de buenas obras. Me da vergüenza mendigar, es decir, me avergüenza buscar en aquel mundo el alimento de vida que aquí no preparé; como aquel perezoso que, según Salomón, no quiso arar por el frío, y por eso mendigará en verano, y no se le dará (Prov. XX, 4). Viendo, sin embargo, que se le concedía aún algún tiempo para la enmienda, habiendo tomado ya un consejo razonable, añadió: Sé lo que haré, es decir, he ideado lo que debo hacer, para que cuando sea removido de la administración, me reciban, y se dignen tenerme como cohabitante los elegidos de Dios, que ahora están bajo mi administración; en sus casas, es decir, en las moradas eternas, que les están preparadas divinamente. En estos pensamientos, pues, liberado y devuelto a la salud, comenzó a cumplir con obras lo que había concebido en su mente, convocando a los deudores de su señor, es decir, a todos los mortales que pudo, llamándolos a escuchar su predicación. Pues todo hombre es deudor de Dios. Y aunque los deudores son innumerables, se mencionan solo dos, porque todo este pueblo cristiano se divide en dos partes, a saber, pecadores y justos. El primer deudor es aquella parte de los fieles que aún sirve a los pecados y vicios, ya que los pecados suelen llamarse propiamente deudas, como cuando oramos: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12). Este deudor confiesa deber cien barriles de aceite porque para merecer indulgencia, confiesa al administrador eclesiástico las medidas y cantidades de sus vicios. El número cien designa la perfección. Los barriles, las medidas de los pecados. El aceite, sin embargo, el favor de esos mismos pecados, cuando alguien se complace en sus vicios, o halaga a otros pecadores con una adulación malamente dulce. De este tipo de aceite se dice: Que el aceite del pecador no unja mi cabeza (Sal. CXL, 5). Pues el aceite del pecador unta la cabeza cuando halaga la mente con el favor del adulador. Por tanto, como el favor y la alabanza de los vicios, que ahora se designan con el nombre de aceite, son sumamente condenables, por eso este deudor confesando las entrañas de sus culpas, testifica deber cien barriles de aceite, entendiendo que son muchas las medidas del favor malamente dulce, con el que se complacía en sus maldades y halagaba los vicios de otros. A este, pues, el administrador le ordena que, habiendo tomado precaución, es decir, reteniendo y refrenando la impresión de sus obras anteriores, se siente, es decir, se humille y se arrepienta. Pues que la precaución designa la forma e impresión o número de las obras, lo indican figurativamente las esculturas que se dice que Salomón hizo en el templo. Y que la sesión significa humillación, lo muestra el santo David con obras y palabras, quien al humillarse mucho, entró, como dice la Escritura, y se sentó ante el Señor, y dijo: ¿Quién soy yo, Señor Dios, y qué es mi casa, para que me hayas traído hasta aquí? (II Reg. VII, 18) Y el rey de Nínive, arrepentido, se vistió de saco y se sentó en ceniza (Jon. III,

6). Por tanto, a este deudor se le ordena sentarse, para que se humille al arrepentimiento. Y como es incierto a qué hora vendrá la muerte, se le ordena sentarse pronto, mientras aún hay tiempo. Escribir, es decir, anotar con obras, cincuenta, es decir, se le ordena penitencia. Pues todo lo que hacemos, lo escribimos como en un libro, para que en el día del juicio se lea ante Cristo. De donde Daniel: El juicio se sentó, y los libros fueron abiertos (Dan. VII, 10). El número cincuenta, sin embargo, designa la penitencia y la remisión de los pecados; porque también David, haciendo penitencia en el salmo cincuenta, obtuvo el perdón de los pecados. Y el año cincuenta en la ley es instituido jubilar, en el cual se hacía la remisión. Por tanto, escribe cincuenta en lugar de cien, quien por la consumada multiplicidad de vicios, muestra con sus obras una penitencia evidente y digna de memoria, en la cual también obtiene la gracia del perdón. Así como el primer deudor insinúa ya sea aquella parte de los fieles que está sujeta a los pecados, o a cada uno de los pecadores; así el segundo significa ya sea aquella parte de ellos, como se ha dicho, que sigue la justicia, o a cada justo. Pues también cada justo es deudor de Dios, ya que todos los bienes que ha recibido de Él, se los debe; para que los devuelva iguales o semejantes, si puede; si no puede, al menos reconozca humildemente que es deudor, y dando gracias diga: ¿Qué daré al Señor por todos los beneficios que me ha hecho? (Sal. CXV, 12).

Ciertamente, los cien coros de trigo que confiesa deber, insinúan la perfección de la justicia y de las demás virtudes, que le han sido dadas según la medida de la donación de Cristo. Pues los coros de trigo significan las medidas de los dones de la gracia. Que el trigo designa las virtudes y los carismas espirituales, con los cuales se alimenta el alma, lo enseña la Escritura diciendo: Y los valles se llenarán de trigo (Sal. LXIV, 14). Y también: El trigo desea las nubes (Job XXXVII, 41). Pues los valles, es decir, los humildes, se llenan de trigo, es decir, de la gracia de las virtudes, con la cual viven espiritualmente y se sacian. Estas virtudes desean las nubes, es decir, los santos predicadores, para que sean regadas por ellos con la lluvia de las palabras celestiales. Por tanto, debía este cien coros de trigo; porque según las medidas divinamente concedidas, había recibido la perfección de las virtudes. A quien el administrador ordenó que en sus letras, es decir, en sus obras, escribiera ochenta en lugar de cien, es decir, que por todos los que debía, se mostrara digno de la futura resurrección con actos justos. Pues las letras que escribimos son nuestras acciones, que asignamos a la memoria divina, ya sean buenas o malas. De donde Él mismo dice de toda obra que han hecho los hombres: He aquí que está escrito delante de mí (Isa. LXV, 6). El número ochenta, sin embargo, al igual que el octavo, concuerda con el misterio de la resurrección, porque la resurrección del Señor se realizó el octavo día, y también la nuestra, después de los siete días en los que se desarrolla todo el tiempo, es decir, en el día del juicio, que será el octavo, sucederá. De donde también algunos salmos se escriben para el octavo. Por tanto, inscribe ochenta en sus letras, quien con sus obras se muestra digno de aquella resurrección y de la sociedad de los elegidos.

Estas son, por tanto, las cosas en las que el prudente administrador se esforzó por corregir y mejorar tanto a sí mismo como a los habitantes de su villa, es decir, a los hijos de la Iglesia que gobernaba, por los cuales también mereció ser alabado por el Señor. Y nosotros, por tanto, alabemos a aquel que es alabado por el juicio divino; y no nos atrevamos a reprocharle en nada antes de que fuera corregido; para que no pensemos que en lo que hizo con los deudores cometió fraude contra su señor: sino más bien creamos que en estas cosas buscó con prudente consejo las ganancias de su Señor, y cumplió su voluntad. Que aún se le llama administrador de iniquidad, porque antes manejaba su administración injustamente, así como Mateo, porque había sido publicano, incluso en el catálogo de los apóstoles se le llama publicano. Pero en todas estas cosas debe ser especialmente alabada la misericordia de

nuestro piadosísimo juez, quien, habiéndolo llamado antes, y pudiendo condenarlo con justo juicio, prefirió revocarlo de la muerte concediéndole nuevamente un tiempo para vivir, para que después de corregido pudiera contarle entre sus amigos. Pues cumplió lo que había dicho, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezequiel XVIII, 33). A esto que había dicho que el administrador de iniquidad había actuado prudentemente, añade una sentencia, en la que significa que muchos hacen cosas similares.

Porque los hijos, dice, de este siglo, son más prudentes en su generación que los hijos de la luz. Pues se llaman hijos del siglo a los que llevan una vida secular. Pero se llaman hijos de la luz a los justos. Pero hay algunos justos que, aunque viven justamente y se abstienen de lo ilícito, nunca realizan grandes obras. Y hay otros que primero vivieron secularmente y criminalmente, pero luego, volviendo a su corazón, al considerar que han hecho cosas ilícitas, se encienden por el mismo dolor a amar a Dios, y se ejercitan en grandes virtudes, buscan incluso las cosas difíciles del santo combate, abandonan todas las seducciones del mundo. Arden en deseo, anhelan la patria celestial. Y porque ven que se han desviado de Dios, compensan las pérdidas precedentes con las ganancias siguientes. Estos, por tanto, en su generación, es decir, en su tiempo, en el que pasan la vida presente, son más prudentes que aquellos hijos de la luz, que nunca se apartan de la luz madre, pero sin embargo realizan las obras de la luz con menos fervor, y no anhelan ansiosamente la patria de la luz eterna.

Después de la sentencia, el Señor añade una exhortación, para que los que antes actuaron mal, se conviertan al bien siguiendo el ejemplo del administrador, y se esfuercen por actuar con clemencia. Como si dijera: Este administrador, que antes manejaba mal su administración, después de haber actuado con clemencia con los bienes de esa misma administración hacia los súbditos, mereció entrar en las moradas de la felicidad celestial con los elegidos: y yo también os digo y os aconsejo, que los que tenéis mamón, es decir, riquezas, de iniquidad, es decir, que habéis adquirido por iniquidad, y que hasta ahora habéis administrado o poseído injustamente, ya dispensándolas bien a los santos que sufren necesidad, haced de ellos amigos, para que, cuando falléis, es decir, cuando muráis, os reciban con gusto en las moradas eternas, es decir, en las mansiones perpetuas, donde os regocijéis con ellos eternamente; porque quien recibe a un justo en nombre de justo, recibirá recompensa de justo.

Sin embargo, algunos, entendiendo mal esta sentencia, toman las cosas ajenas, y de ellas dan algo a los pobres, y piensan que hacen lo que se les ha mandado. Dicen, pues: Tomar cosas ajenas es mamón de iniquidad. Dar algo de ello, especialmente a los santos necesitados, es hacer amigos del mamón de iniquidad. Este entendimiento debe corregirse. No debemos adquirir de robos y usuras, o fraudes, de donde hacer limosnas; sino que si nos sucede haber adquirido riquezas de tales modos antes de nuestra conversión, ya después de la conversión no hagamos robos ni fraudes; pero sin embargo, de nuestras riquezas demos generosamente. Pues así se alaba a Zaqueo por haberlo hecho, quien era jefe de publicanos, y abundaba en riquezas; pero habiendo recibido a Cristo en su casa, dio la mitad de ellas a los pobres, y a quien había defraudado, le devolvió el cuádruplo de la otra mitad. Así como el administrador se llama de iniquidad, incluso después de su corrección, porque antes manejaba injustamente su administración; así las riquezas, que alguien antes de su conversión adquirió injustamente, o poseyó, o administró, incluso después de su conversión se llaman riquezas de iniquidad. Pero así como el administrador, de esa misma administración, después de corregido, adquirió amigos; así cualquiera de sus bienes, aunque antes los hubiera adquirido de cosas lícitas e ilícitas, se esfuere por hacerse amigos; siempre y cuando no adquiriera nada más por iniquidad.

Toda esta lectura, por tanto, enseña corrección y enmienda, y exhorta a que cualquiera que vivía mal, y manejaba perversamente las cosas que había recibido para administrar, cambie sus costumbres, y venza y borre los males precedentes con los bienes siguientes. Sin embargo, todas las riquezas del mundo pueden llamarse riquezas de iniquidad, porque aunque han sido creadas por Dios para todos, algunos, aunque con trabajo justo, las acumulan con iniqua codicia; y al no darlas a nadie, de algún modo las quitan a los necesitados, al no permitir que lleguen a su uso. Por tanto, aunque adquiridas con trabajos justos, o recibidas en herencia de padres religiosos; sin embargo, son riquezas de iniquidad, porque es iniquo, es decir, discordante de la regla de la equidad, que uno abunde en riquezas, mientras otro carece. Por tanto, de cualquier riqueza del mundo que se hagan limosnas, son de riquezas de iniquidad. Por tanto, no adquiramos ya riquezas injustamente, sino justamente, de las cuales haciendo justas limosnas, adquiramos a los santos pobres como amigos, para que ellos se dignen recibirnos con ellos en las moradas eternas. Por Jesucristo nuestro Señor, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XIII.

EN EL EVANGELIO SEGÚN LUCAS: Mientras Jesús iba a Jerusalén, pasaba por medio de Samaria y Galilea. Y lo demás. (Luc. XVII, 11.)

La presente lectura, según la historia, se completó una vez con la obra, pero según el sentido espiritual se cumple diariamente. Pues nosotros en Adán nos habíamos alejado de la visión de la paz, que Jerusalén interpreta, y habíamos caído en las inquietudes ruidosas de este exilio, y nos apresurábamos a los suplicios del infierno sin ver ya nada pacífico. Pero el Verbo de Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas, queriendo misericordiosamente llevarnos de nuevo a la visión de su paz en la que descansáramos perpetuamente, descendió a nosotros que no podíamos ascender a Él; y habiendo asumido en sí nuestra humanidad, se dirigió a la Jerusalén celestial, donde siempre se ve la verdadera paz, y nos abrió el camino hacia allí: y porque hizo a los hombres elegidos sus miembros, aún en esos miembros suyos va diariamente a Jerusalén, mientras lleva a sus elegidos de este exilio a la patria, en la que reina la paz sin ninguna inquietud de carne o espíritu. Esta patria, que se designa aquí con el nombre de Jerusalén, que se interpreta visión de paz, como se ha dicho. A la cual yendo, pasaba por medio de Samaria y Galilea. Pues Samaria se interpreta custodia, y significa la diligencia de los justos, que guardan los mandamientos de Dios, que guardan su corazón con toda custodia, que guardan sus actos en todo momento. Galilea, sin embargo, que se dice transmigración hecha, designa la vida de aquellos que han migrado de malas obras a la vida religiosa por el estrecho camino de la penitencia.

Yendo, pues, a Jerusalén, pasaba por medio de Samaria y Galilea; porque diariamente hace pasar a algunos unidos a Él a la visión bienaventurada de la paz eterna, tanto de aquellos que no erraron, como de aquellos que regresaron de error a la verdad. Pues en ellos pasa a Jerusalén, a quienes hechos sus miembros, los arrebató del presente siglo malo, y los lleva a la contemplación perpetua de la majestad celestial. Pasa por medio de Samaria y Galilea, es decir, divide por medio con tal paso a Samaria y Galilea, por las cuales, como se ha dicho, entendemos a los justos y a los penitentes, porque eligiendo a algunos de los justos y de los convertidos, los lleva consigo a la tierra de los vivientes, mientras permite que otros de ellos aún luchen aquí. Sin embargo, se dice con el verbo del pasado imperfecto, porque pasaba, para que se nos dé a entender que ese paso aún no se ha completado, sino que aún se realiza. Aquella parte de los elegidos que se retiene en los trabajos de esta vida, se designa no incongruentemente por la aldea, de la cual se añade que, al entrar Jesús en cierta aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos. Pues los santos entre los peligrados de las

tentaciones de este siglo se guardan a sí mismos dentro del vallado de la disciplina con cauta circunspección, como un castillo. Pues el castillo se fortifica contra los enemigos, y se guarda con cuidado, significando la Iglesia entre los peligros de esta vida, fuertemente cerrada y fortificada por todas partes contra los espíritus malignos, y guardada con vigilancia solícita. La aldea se dice cierta, para que según la letra no se sepa, y según el sentido espiritual se conozca. En la cual, es decir, en la Iglesia, siempre está el Señor, como dice a sus discípulos: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20); pero sin embargo parece faltar a veces, cuando permite que los inicuos se multipliquen, y no presta abiertamente su ayuda a sus elegidos, sino que permite que sean afligidos por tribulaciones y adversidades, como si los hubiera abandonado. De donde también es aquella voz: ¿Por qué, Señor, te alejas, y desprecias en las oportunidades, en la tribulación? (Sal. IX, 1.) Pero cuando el Señor parece faltar, entonces salen aquellos que se figuran por los diez leprosos. Pues muchos, quebrantados por las adversidades, quieren apartarse de la fe, y unirse a los infieles, como diciendo: Vayamos, y dispongamos un pacto con las naciones que están alrededor de nosotros (I Mac. I, 12); o vencidos por las tentaciones de los vicios, hacen males tantos y tan grandes, que se hacen semejantes a los gentiles en acción, mientras se apartan de las entrañas de la Iglesia hacia las cosas del mundo por deseos. Estos son espiritualmente leprosos: que por eso se dicen diez, que hacen contra los mandamientos de Dios, que por el Decálogo de la ley suelen entenderse por el número diez. Pues así como los observadores de los mandamientos celestiales alcanzan de allí la purificación y la salud del alma; así los que actúan contrariamente a esos mandamientos, contraen contaminación y enfermedad espiritual: de modo que se hacen tales en el alma, como se ven en el cuerpo, los que padecen la lepra de la carne. Que tanto más tienden hacia afuera, cuanto más perversamente actúan; y así suceden estas cosas, mientras Jesús parece estar ausente.

Sucede a menudo, por la consideración de la gracia divina, que el mismo Señor Jesús parece venir y entrar abiertamente en esta fortaleza de la Iglesia, calmando de repente las tribulaciones, convirtiendo a su pueblo de las maldades y otorgándole un gran incremento de religión. Y entonces se realiza espiritualmente lo que se ha dicho, que cuando Él entra en esta fortaleza, le salieron al encuentro diez hombres leprosos. Pues los encuentra avanzando en su contra, es decir, caminando por un camino contrario a Él, mientras ellos van hacia afuera y Él se dirige hacia adentro; y los detiene, y los hace parar y cesar, para que no continúen más en el camino perverso. Se detuvieron, y se detuvieron a lo lejos; porque no pudieron acercarse a Él de inmediato, sino que, estando lejos, se volvieron hacia la oración, y con gran clamor del corazón dijeron: Jesús, maestro, ten piedad de nosotros. No entendieron que Él era el Salvador, que podía sanar todas las enfermedades del pecado, y reconocieron que se habían vuelto miserables por haber hecho lo contrario a los preceptos; por eso llamaban a Jesús, es decir, Salvador, y maestro, a quien rogaban que tuviera misericordia de ellos. Cuando los vio con mirada de clemencia, dijo: Id, mostraos a los sacerdotes, es decir, manifestad verdaderamente a los sacerdotes, mediante humilde confesión de boca, todas las manchas de vuestra lepra interior, para que podáis ser purificados. Y lo que pedían se les concedió mientras iban a los sacerdotes, porque, ciertamente, fueron purificados, ya que los pecadores, aunque estén manchados por la grave lepra de los crímenes, al ir a confesar, son purificados en la misma confesión por la penitencia que van a realizar. Mientras iban, fueron purificados, porque desde que emprenden este camino, comienzan a obrar justicia; y la obra de la justicia es su purificación. Mientras iban, fueron purificados, porque desde que se dirigen a la confesión y penitencia, con toda la deliberación de la mente condenan y abandonan sus pecados; son liberados de ellos ante la vista del inspector interior. Por eso, el mismo Señor

testifica a través del profeta que la impiedad del impío no le hará daño en cualquier día que se convierta de su impiedad (Ezequiel XXXIII, 12). Sin embargo, es necesario llegar a los sacerdotes, y buscar de ellos la absolución, para que quienes ya están purificados ante Dios, también sean mostrados como puros a los hombres por el juicio de los sacerdotes.

Sigue: Pero uno de ellos, al ver que había sido purificado, regresó glorificando a Dios con gran voz. Uno designa a uno que persevera en el buen afecto de aquellos que, después de haber obtenido el perdón mediante la penitencia, permanecen en humildad y acción de gracias. Porque lo que se dice uno, debe entenderse como alguien que ya no se varía con diferentes voluntades, sino que perdura en la voluntad de agradar a Dios. Pues todos los elegidos, debido a esta unanimidad de bondad, no solo pueden ser llamados uno, sino también uno, como indica el Apóstol, donde habla místicamente de todos los que están en la Iglesia, buenos y malos: Todos corren, pero uno recibe el premio (1 Cor. IX, 24). Todos los cristianos, tanto buenos como malos, corren hacia el premio según su capacidad; pero uno, que corre legítimamente, es decir, la unidad de los elegidos, lo recibe, así como todos estos leprosos fueron purificados, pero uno dio gracias. Así que uno, al ver que había sido purificado de la lepra de los crímenes, regresó al purificador, dándole gracias, humillándose más ante Él, siendo más devoto, y siempre esforzándose por agradecerle. Pues este uno, como se ha dicho, designa a aquellos que actúan así. No quiso ser ingrato, sino que regresó glorificando a Dios con gran voz. Correctamente con gran voz, porque se alegraba de haber recibido grandes beneficios de Dios. Debemos entender gran voz como devota más que clamorosa. No deseaba magnificar a Dios con una devoción de voz pequeña, quien se alegraba de haber sido liberado magníficamente de tantos males. Habiendo obtenido de Cristo la sanación de la lepra interior, magnificaba a Dios, para que el Padre fuera glorificado en el Hijo.

Y cayó sobre su rostro a los pies de Él, porque avergonzándose de sus actos anteriores, se consideró vil, y se postró con devota humildad ante Cristo. Ya no tenía el estado de rigidez y soberbia, sino que yacía bien bajo los pies del Salvador con toda consternación de mente, dando gracias por haber sido liberado de tanta miseria; y este era un samaritano, es decir, un guardián, porque, para no perder los beneficios recibidos, los guardaba mediante la custodia de la humildad, y se cuidaba cautelosamente a sí mismo para no incurrir nuevamente en la plaga de la lepra espiritual, y guardaba su corazón y sus acciones del mal.

Respondiendo Jesús, dijo: ¿No fueron purificados los diez? ¿Y dónde están los nueve? El Señor respondió a las obras de este que dio gracias, y de los otros que fueron ingratos: ¿No fueron, dijo, purificados los diez, y todos debieron regresar juntos para dar gracias? Diez fueron purificados, porque es un número legítimo que ha sido purgado. Pero los nueve son como desconocidos para el Señor, porque prefirieron alejarse de Él por los pecados que acercarse a Él por las buenas obras. De los cuales dice: ¿Dónde están? Lo que es decir: Aquellos que deberían estar presentes en humildad y acción de gracias, ¿dónde están? Aquellos que deberían acercarse a mí por el mérito de la devoción y la obra, ¿dónde están? Aquellos que deberían estar en la observancia de mis mandamientos, ¿dónde están? Porque el número nueve tiene tres veces tres, y pertenece a la fe de la Trinidad, estos nueve designan a aquellos que, después de haber sido purificados mediante la penitencia, existen perezosos y seguros de sus culpas anteriores, y no se ejercitan en buenas obras, sino que piensan que solo la fe les basta.

No se encontró quien regresara y diera gloria a Dios, sino este extranjero, porque no se encuentra quien, después de recibir el perdón, recuerde la piedad divina, y dándole gracias

con devoto corazón, perseverare en buenas acciones, sino aquel que no es de los hijos de la Babilonia terrenal, sino de los hijos de la Jerusalén celestial.

Y le dijo: Levántate, vete, porque tu fe te ha salvado. Se le ordena al que aún yace humildemente por los pecados borrados mediante la penitencia, que se levante para obrar bien, y vaya, es decir, que avance y progrese en buenas obras. Porque quien humildemente ha reconocido la debilidad de su condición, y ha considerado que es polvo y ceniza, se le ordena levantarse para realizar obras robustas, y avanzar en el progreso de la justicia. A quien también se le dice: Tu fe te ha salvado. Porque creyó que debía dar gracias a quien lo había purificado, y Dios se le había manifestado en la obra, y tenía la fe que obra por el amor (Gál. V, 6), y por ella estaba salvo de los males anteriores en los que antes había perecido, porque no pensó, como esos nueve, que solo la fe sin obras le bastaba.

HOMILÍA XIV.

EN EL EVANGELIO SEGÚN JUAN: Había un cierto oficial del rey, cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. Y lo demás. (Juan IV, 46).

Lo que hemos escuchado en la lectura evangélica sobre un oficial del rey y su hijo, hecho singularmente, veremos que concuerda generalmente con el género humano, si con diligencia aplicamos el entendimiento místico a la superficie de la letra. El nombre de oficial del rey, derivado del rey, lo demuestra tanto la consonancia de las letras como la significación de la derivación. Sabemos también que hubo oficiales del rey, es decir, reyes menores. ¿Quién duda que el hombre, hecho a imagen y semejanza del Rey excelentísimo (Gén. I, 26), mientras se gobernaba bien, mientras se dominaba con templanza, era un rey? El reino de este rey fue el paraíso de Dios, en el cual el hombre feliz fue colocado como colono, en el cual fue puesto como trabajador, en el cual fue rey y señor para dominar y presidir sobre las bestias, los peces, los reptiles y las aves, como un rey colocado en su trono.

Pero, ¡ay dolor! quien de esta manera presidía como gran rey, fue expulsado de ese reino por la hinchazón de la desobediencia, y expuesto a las miserias y la tristeza. Sin embargo, por la misericordia de Dios, cuyas misericordias están sobre todas sus obras (Salmo CXLIV, 9), el hombre miserable no fue reducido por completo al abismo de la perdición; ya que no perdió el libre albedrío, ni fue alienado de la capacidad de la razón. Por lo tanto, perdió por sí mismo algo grande; pero la misericordia del Creador le dejó algo pequeño. En lo que perdió, dejó de ser rey; pero en lo que le fue dejado sobre los demás animales, vivió como un oficial del rey. Esto parece insinuar las mismas palabras del Evangelio, diciendo que había un cierto oficial del rey. Pues al decir había, que es un verbo de significado imperfecto, que ha pasado en parte de tal manera que parece no haber pasado aún en parte, y tiene un sentido sustantivo, se indica la esencia del hombre; que ya en parte había pasado muerta, y en parte estaba herida, de modo que el hombre que era casi no era nada, porque estaba enfermo y comenzaba a morir, cuyo nombre propio se omite, y se dice: Había un cierto, porque no era digno de escuchar, te conozco por nombre (Éxodo XXXIII, 17), ni su nombre estaba escrito en los cielos, para que Dios se dignara nombrarlo. Pues nosotros también a menudo omitimos los nombres de algunos, que sin embargo recordamos bien, por desdén, cuando nos fastidia su recuerdo. Por eso el nombre de este le era vil al Espíritu Santo, que era pecador, porque era un oficial del rey ínfimo.

Cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. El hijo es aquel en quien el padre se deleita especialmente con afecto paternal, a quien cuida con tierno y total abrazo como a sí mismo. Esto en el hombre interior entendemos como el alma, que desde el primer Creador hasta

Cristo no dudamos que fue prevenido por muchas incomodidades de fiebres espirituales. Cafarnaúm, sin embargo, se dice que es un campo muy hermoso, y este mundo, adornado con los ornamentos de las criaturas, conspicuo por la ordenación del gran Artífice, puede entenderse no incongruentemente como un campo muy hermoso. De quien el hombre es colono, como extranjero y peregrino, cuanto más pecaba licenciosamente, tanto más enfermaba. Sin embargo, enfermó la parte más preciosa del hombre, a saber, el alma, que como hijo debe ser más querida para el hombre.

Este, cuando oyó que Jesús venía de Judea a Galilea, fue a Él, y le rogaba que descendiera y sanara a su hijo; pues comenzaba a morir. Judea, en efecto, significa confesión, o alabanza, y glorificación; Galilea, sin embargo, se interpreta como transmigración hecha. Y Jesús vino de Judea a Galilea, cuando de la confesión y alabanza, que le era dada arriba incesantemente por los santos ángeles, se dignó venir a nosotros mediante la ascensión de la carne, que habíamos hecho la transmigración del paraíso al valle de esta miseria. Y este advenimiento lo oyó el oficial del rey, porque el hombre por Zacarías supo decir: Alégrate y regocíjate, hija de Sion, porque he aquí que vengo, y habitaré en medio de ti, dice el Señor (Zacarías II, 10). Y cuando oyó estas y otras palabras similares de los profetas sobre su advenimiento, fue a Él, para suplicar por su hijo, cambiar sus costumbres, y creer en Él. Fue a Él, porque comenzó a acercarse un poco a su fe. Y le rogaba que descendiera y sanara a su hijo, que hemos dicho que es su alma, porque decía por el Salmista: Señor, inclina tus cielos, y desciende (Salmo CXLIII, 5); y: Señor, ten misericordia de mí, sana mi alma porque he pecado contra ti (Salmo XL, 5). Le rogaba que descendiera, es decir, que se inclinara misericordiosamente a la humildad de la pasión, y sanara a su hijo, es decir, su porción más querida. Pues el alma del hombre no podía ser sanada de la enfermedad del pecado, a menos que la muerte del mismo médico se convirtiera en medicina para él.

Porque comenzaba a morir por la languidez del pecado. Este es el herido, a quien, como se dice en otro lugar, los ladrones dejaron medio muerto en el camino. Vive por esa parte en la que puede conocer a Dios, y discernir lo que es recto; pero está muerto por esa parte en la que se consume por los pecados, y desfallece por la maldad. Sin embargo, estará completamente muerto si es condenado al infierno. Así que comenzaba a morir, es decir, estaba muy agobiado por la languidez de los vicios, y se acercaba a la muerte de la condenación eterna. Pero para que no muriera por completo, el padre se acercó a Jesús para rogar por él, para que Él, que es vida, que es médico, que es medicina, se opusiera a la muerte. Pues después de la muerte no podría encontrarse medicina, porque en el infierno no hay redención. Cualquiera que haya sido entregado una vez a la condenación eterna, nunca más podrá obtener redención.

El Señor, sin embargo, respondió al oficial del rey que le suplicaba: A menos que veáis señales y prodigios, no creéis. Entre señales y prodigios hay esta diferencia, que las señales se llaman así porque significan algo en el presente; los prodigios, sin embargo, se llaman casi porrodivicia, porque dicen porro, significan porro, y anuncian algo futuro. Y el Señor hizo señales y prodigios, porque sus obras algunas significaban algo en el presente, otras preveían algo en el futuro. El oficial del rey, por lo tanto, rogaba por su descenso para la salud de su hijo; pero el Señor recomendaba su descenso, e insinuaba sutilmente al oficial del rey, diciendo: A menos que veáis señales y prodigios, no creéis. Como si dijera: Mi descenso a la muerte y al infierno, que deseas, es una gran señal, porque es la salud de los febriles, y es un gran prodigio, porque es la resurrección de los muertos. Ni la fe cristiana podrá florecer entre los gentiles, a menos que vea estas señales y prodigios. Dice al oficial del rey, uno creyente de entre los gentiles, las primicias de los gentiles prefiguradas: Señor, desciende, antes de que muera mi hijo. Señor, dado que tu descenso es una gran señal y prodigio, y el prepucio no

podrá recuperarse de sus enfermedades, a menos que merezca ver estas señales y prodigios, descendiendo, porque es mejor, como has preordenado, que descendas que que mi hijo, es decir, el alma del pueblo gentil, perezca eternamente. Desciende, por lo tanto, de la encarnación a la pasión, porque de tu pasión mi alma obtendrá liberación.

A esta fe y devoción tan grande, el Señor respondió: Ve, tu hijo vive. Pues es difícil entender que dijera: Ve, tu hijo vive, a un incrédulo e infiel, a menos que hubiera conocido la fe y devoción del suplicante. Por lo tanto, prevé, antes de hacer el milagro, la sutil respuesta del que suplica fielmente, y procede a la manifestación del milagro, para que también la fe del que ya cree proceda a la manifestación. Ve, dice, es decir, transmigra a la perfección de los pensamientos, y como has oído mi encarnación, espera también mi pasión. Pues ya de esta chispa de fe tu hijo, es decir, tu alma, vive. Y que a nadie le sorprenda que todas estas palabras no se encuentren según la historia y que hayan sido dichas por el oficial del rey, es decir, por el género humano, al Señor, y por el Señor al género humano. Pues tales son estas locuciones, como aquellas de los Cantares de los Cantares, donde el esposo habla a la esposa, y la esposa al esposo, palabras que no se encuentran en ninguna parte históricamente. Pues estas locuciones no se hacen tanto con palabras como con cosas. Ve, dice, es decir, avanza a mayores de fe, y progresa al sentido espiritual, porque tu hijo vive, de esta iniciación de fe, y de mi predestinación.

El hombre creyó en la palabra que Jesús le dijo, y se fue. El género humano creyó que su alma vivía interiormente por la gracia de Dios, porque lo oyó del Salvador, cuya palabra aprendió que era verdadera; y se fue, progresando en fe y costumbres.

Y ya cuando descendía, sus siervos le salieron al encuentro, y le anunciaron diciendo que su hijo vivía. Les preguntó entonces la hora en que había mejorado. Y le dijeron: Ayer a la séptima hora le dejó la fiebre. Descendiendo el hombre, es decir, volviendo a sí mismo, e inspeccionando sus pensamientos, le salieron al encuentro sus siervos, que no incongruentemente se entienden como los sentidos racionales del hombre, que deben servir al hombre, como a su señor, y anunciarle lo que es agradable, y responder sobre la salud de todo el hombre interior y del alma, como aquí se dice que anunciaron que el hijo vivía. Pues que el hombre descienda de Dios, es que nuestra humanidad se aparte un poco de aquella contemplación, y vuelva un poco a lo que está dentro de nosotros, observar diligentemente qué somos, qué hemos hecho. Que los siervos salgan al encuentro del señor que descende, es que todos los sentidos de toda la humanidad obedezcan al servicio del Señor, y devotamente refieran a su padre de familia lo que le es placentero. El hombre, ya fortalecido por el coloquio de Dios y recreado por el ejercicio de las Escrituras, debe considerar como un investigador muy discreto, y como siervos y amigos consultar sus sentidos sobre la hora en que su hijo mejoró, cuando su alma se recuperó más libremente. Y esto es lo que se dice, que preguntaba la hora en que había mejorado.

Pero escuchemos lo que respondieron los siervos: Ayer, dicen, a la séptima hora lo dejó la fiebre. Ayer es un tiempo pasado. Y nosotros, mientras estamos en esta vida, percibimos dos tiempos; esperamos un tercero. Todo el tiempo desde Adán hasta la pasión de Cristo es tiempo pasado. Desde la pasión de Cristo hasta el día del juicio es el tiempo presente. Desde el día del juicio, cuando nuestros cuerpos ya hayan sido reformados, será el tercer tiempo, que no podrá tener fin. Ayer, por tanto, en la pasión de Cristo, dejó al hombre la fiebre, porque Cristo fijó en su cruz los ardores desordenados y peregrinos de nuestros vicios, y los incentivos de varias lujurias, porque él mismo llevó nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores (Isaías LIII, 4). Pero ese tan grande y tan prolongado ayer tuvo sus horas,

mientras el tiempo sucedía al tiempo con incrementos iguales. Desde Adán hasta Noé es la primera hora, que se alteró en el diluvio. Extiéndela desde Noé hasta Abraham, y considera la segunda hora en la circuncisión. La tercera desde Abraham hasta Moisés, y cuida de no omitir la ley. La cuarta desde Moisés hasta David, y allí verás florecer el reino de los judíos. La quinta desde David hasta el tiempo de la deportación, y no negarás que la gloria de Israel se marchitó. Desde allí, dirígete a la sexta hasta el nacimiento de San Juan, y allí entiende que la ley y los profetas tienen su fin. Mide la séptima desde el nacimiento de San Juan hasta la pasión del Salvador, y allí recoge la culpa de todo el mundo crucificada. Esta es la séptima hora, en la que la fiebre, enseñando y advirtiendo Cristo, dejó nuestra alma como al hijo del régulo. Y he aquí que ya estamos en la octava, y por la octava cantamos un salmo al Señor. Estamos en cierta gloria de resurrección, en cierta eminencia de honestidad, de modo que ya no hay nada que lamentar, a menos que toquemos voluntariamente algún cadáver después del lavado del bautismo. Así, el tiempo pasado, para demostrar su imperfección, se consume en siete horas. Pues si hubiera tenido un día perfecto, se cerraría en doce horas. Faltan cinco horas al día de ayer para que entendamos que la ley y aquel tiempo no llevaron nada a la perfección; y escuchemos la voz del salmista que se lamenta: Mis imperfecciones vieron tus ojos (Salmo CXXXVIII, 16). Pero lo que le faltó a aquel día, nuestro día, el día octavo, el día que ilumina al día, lo suplió. Pues he aquí que leemos el Pentateuco con el velo de Moisés quitado, con el rostro revelado, y reducimos espiritualmente el Decálogo a la observancia de nuestros cinco sentidos, y separamos a las cinco prudentes de las cinco vírgenes necias (Mateo XXV, 3). Pero nuestro día se extiende en doce horas, porque nuestra ciudad se gloria en doce puertas, se encomienda a los doce apóstoles, y la plenitud de la divina abundancia y la salud de la Iglesia se lleva en doce cestas.

Reconoció entonces el padre que era aquella la hora en que Jesús le había dicho: Tu hijo vive. Todo aquel que, como un padre, preside sobre su alma, debe considerar tanto por la razón como por el relato de los sentidos que le sirven y por el testimonio de las Escrituras, que en el tiempo de ayer, en la pasión de Cristo, que es la séptima hora, comenzó el alma del hombre a vivir por la fe, es decir, creyendo como es debido en la muerte de Cristo, mereció recibir la vida de inmediato.

Y creyó él y toda su casa. Cree el padre; porque, ya evacuado el pecado, como extinguida la fiebre del hijo, desea inextinguiblemente e indeficientemente adherirse al Señor. Y cree toda su casa; porque todos los movimientos del alma que están en él obedecen a su voluntad, y progresan de virtud en virtud, de modo que por la misma costumbre ya parecen obligados a hacer el bien.

Habiendo discutido así estas cosas, queremos repetir brevemente toda la lectura en orden, para que podamos también abrir lo que aún sentimos de manera diferente sobre ella. Había un cierto régulo, etc. El Señor revivió a cuatro hombres en el Evangelio: a este hijo del régulo, que comenzaba a morir, y significó el espíritu del hombre que, por el inicio del consentimiento a la deleitación perversa, comienza a morir interiormente; y a la niña ya muerta, pero aún encerrada en casa, que significó la mente del hombre muerta interiormente por el consentimiento a la deleitación iniqua y por la perpetración oculta de la obra perversa; también al joven llevado fuera de la puerta, que designó al hombre cuya muerte espiritual es públicamente evidente en la obra; y a Lázaro de cuatro días y hediondo, que significó al pecador yacente por larga costumbre en la tumba de la conversación mortífera, y esparciendo de sí el hedor de la opinión sórdida. En estos cuatro grados de muerte, este que ahora se describe como el hijo del régulo que sufre, es el primero. Y no hay en este siglo muerte del alma, a menos que me equivoque, que no se encuentre en alguno de estos grados; y por eso se

describe que el Señor resucitó a todos estos, para que se muestre que reforma a la vida todas las muertes de las almas. Pero volvamos a la lectura.

Había un cierto régulo, cuyo hijo enfermaba en Cafarnaúm. Este régulo, no se entiende inconvenientemente como la razón: su hijo, el pensamiento que nace del sentido racional. Había un cierto régulo, es decir, un sentido racional, cuya potencia sufría defecto, cuyo reino espiritual había sido disminuido. Cuyo hijo enfermaba, es decir, cuyo pensamiento y espíritu resistía débilmente a las deleitaciones del pecado. Pero enfermaba en Cafarnaúm. Cafarnaúm se interpreta como campo de consolación y villa de consolación, y significa este mundo, en el que tienen consolación temporal aquellos a quienes se dice: Ay de vosotros, ricos, que tenéis vuestra consolación (Lucas VI, 24), y de quien leemos que el campo es el mundo (Mateo XIII, 38). Enfermaba, por tanto, en Cafarnaúm, porque en las prosperidades, riquezas y halagos de este siglo perdía las fuerzas internas, de modo que ya no podía resistir a las deleitaciones nocivas. Este régulo, es decir, el sentido racional, cuando oyó de los doctores que Jesús venía de Judea a Galilea, es decir, que el Salvador venía de la confesión de los pecados a la transgresión perpetrada, esto es, a aquellos que habían emigrado a la iniquidad, fue a él, es decir, por la esperanza y devoción se acercó espiritualmente a él, para llevarlo consigo: y le rogaba que descendiera, es decir, que inclinara su misericordia, y sanara su pensamiento de la debilidad de resistir a los halagos: pues comenzaba a morir, es decir, a consentir en los pecados.

Entonces Jesús le dijo, reprendiendo en él la tardanza de aquellos que dudan en la fe: Si no veis señales y prodigios, no creéis. No creéis en el juicio futuro, adormecidos por la seguridad, a menos que os exciten con maravillas. Pues viendo señales, las mentes de este tipo de hombres suelen aterrarse y creer por un momento. No creéis en mis mandamientos, porque no los cumplís; no creéis en mis promesas, porque descuidáis buscarlas. Las señales y prodigios son necesarias para vosotros, para que por ellas seáis llevados a la fe que obra por la caridad. El régulo le dice, disminuido en poder: Señor, desciende, es decir, humilla clementemente el beneficio de tu visita o compasión hacia mí, antes de que mi pensamiento muera por completo por el consentimiento consumado del pecado.

Jesús le dice: Ve, es decir, colabora con mi gracia, progresando en buenas obras con mi ayuda; y así el hijo de tu corazón vive en el progreso de la justicia. El hombre creyó, es decir, la razón fue obediente, a la palabra que Jesús le dijo, y se iba, avanzando en el camino de la justicia.

Ya mientras descendía, es decir, humillándose en penitencia, afligiéndose, y volviendo a sí mismo desde la alta contemplación, los siervos le salieron al encuentro, es decir, los miembros de su cuerpo le sirvieron para el bien, según aquello del Apóstol: Así como presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad para la iniquidad; así ahora presentad vuestros miembros para servir a la justicia en santificación (Romanos VI, 13). De esta obediencia suya le anunciaron que su hijo interior vivía. Pues la carne no podrá estar dispuesta a servir para el bien, si su señor interior no vive en buena voluntad. O los siervos son los sentidos carnales, que deben servir a la razón: que le salieron al encuentro, ofreciéndose dispuestos al servicio. Y ya sea que se entiendan estos siervos como los miembros del cuerpo o los sentidos carnales, es necesario que anuncien al régulo la vida de su hijo, para que sepa sin duda que vive; porque la razón no puede reconocer verdaderamente que su pensamiento vive, a menos que las buenas obras le indiquen con certeza su vida. Pues nadie debe creerse a sí mismo, lo que sea que su mente le responda sobre la vida de su pensamiento sin el testimonio de la obra. Pues si verdaderamente el pensamiento vive interiormente, pronto se componen en la obra los movimientos exteriores. Por tanto,

preguntaba, es decir, investigaba sutilmente la hora de ellos, en la que había mejorado. Las obras exhibidas por los miembros del cuerpo podían responder esto.

Y dijeron, es decir, fueron causa de entender, que ayer, es decir, en el recuerdo de los pecados pasados, en la séptima hora, es decir, en la inspiración del Espíritu septiforme, lo dejó la fiebre, es decir, la debilidad habitual y ferviente y temblorosa. O ayer, es decir, mientras estaba ante Dios en oración, dejó su pensamiento la fiebre. Pues aquel día era para él, mientras asistía a Dios en contemplación y oración; pero se hizo noche cuando volvía a sí mismo. Luego, cuando miraba sus obras y sentidos con la clara luz de la mente, un cierto día le resplandeció. Sin embargo, no en este, sino en el día pasado, es decir, no cuando vigilante se atendía a sí mismo, sino cuando asistía a Dios como suplicante, dejó la fiebre interior su pensamiento como hijo de su corazón. Y lo dejó en la séptima hora, es decir, en la iluminación de la gracia septiforme. Reconoció entonces el padre, es decir, también advertido por la experiencia de los sentidos carnales y miembros que le obedecían para el bien, notó el sentido racional; que era aquella la hora en que Jesús le había dicho: Tu hijo vive, es decir, en la que primero levantó su esperanza sobre la salvación de su pensamiento. Y cree el sentido racional que antes no creía perfectamente, y toda su casa, es decir, toda la multitud de pensamientos de su mente. Y nosotros, por tanto, reconociendo este beneficio del Salvador, procuremos, si es necesario, experimentar lo mismo en nosotros mismos; para que cualquiera que vea su pensamiento, como un hijo, languidecer entre las seducciones de las deleitaciones, no permita que muera por completo, como la hija del jefe de la sinagoga, por el consentimiento de las deleitaciones y por la acción; sino que acuda al Salvador que busca la salvación de los pecadores, y obtenga por piadosa súplica de él la vida y la salud de este, por la gracia del mismo Salvador, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XV.

EN EL EVANGELIO SEGÚN JUAN. Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. Pero el asalariado, y el que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo, y deja las ovejas, y huye; y el lobo arrebató y dispersa las ovejas. Pero el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas. Y lo demás. (Juan X, 11.)

Porque muchos, no atendiendo a sí mismos, ni considerando sus propios vicios, se alegran de escuchar en este pequeño tratado la laceración de la vida de los pastores de la Iglesia: nosotros hemos hecho otra pequeña exposición, que nos llame a nuestro interior, para que nadie se atreva a morder la vida de los superiores, que Cristo mismo discutirá; sino que más bien cada uno procure ser tal como la lectura aprueba y evite los males que reprende. El Señor habla a los fariseos, que se jactaban de no ser ciegos, y en su tipo denota la ceguera de todos los pseudoreligiosos. Pero lo que dice, entendámoslo ahora no refiriéndolo a la cabeza misma, sino a algún miembro de ella. Pues muy a menudo en las Escrituras las palabras del Señor se refieren primero al mismo Señor, y luego a la Iglesia que es su cuerpo, o a alguno de los elegidos que es su miembro, como cuando dice: Juzga, Señor, a los que me dañan, combate a los que me combaten (Salmo XXXIV, 1), y cosas similares.

Ahora, por tanto, queremos que lo que dice se entienda como si lo dijera alguno de sus santos; pues dice: Yo soy el buen pastor. Y cada uno de nosotros debe ser pastor, no cualquiera, sino bueno; porque tiene un rebaño de ovejas, es decir, de pensamientos puros e inocentes y virtudes, que debe alimentar con los pastos de las Escrituras, que debe guardar como si fuera a rendir cuentas de él al Señor. Un pastor idóneo de tales ovejas era el santo David, cuando fue ungido como rey, para que quien sabía bien gobernar sus costumbres y a sí

mismo, fuera hecho rector de otros. De tales ovejas poseía el santo Job siete mil; porque estaba perfectamente enriquecido con las virtudes de la gracia septiforme. Pero hay algunos que no alimentan los bienes que hacen con los sentidos y reglas de los dichos de Dios, sino que los nutren según lo que les parece recto. Y estos no son pastores perfectamente buenos; porque no alimentan los rebaños de sus acciones con los pastos de las Escrituras, como está escrito: Aprended a hacer el bien (Isaías I, 17).

Pero el buen pastor da su vida por las ovejas; porque pone su vida presente, que se designa con el nombre de alma, en aflicciones, es decir, la crucifica con voluntad espontánea, por la utilidad de sus virtudes espirituales y buenas acciones. Pero el asalariado, y el que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo, y deja las ovejas, y huye. Y el lobo arrebató y dispersa las ovejas. Pero el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas. Se había dicho de aquel que actúa laudablemente; se dice también de aquel que vive negligentemente: se había dicho, digo, del pastor, que no rehúsa dar su vida por las ovejas; se dice también del asalariado, que no se atreve a resistir al lobo. Pues el asalariado es aquel que hace el bien por la recompensa de las cosas temporales, que no adora a Dios gratuitamente, que busca en este siglo la recompensa o del elogio o del don por lo que parece obrar religiosamente. Y este no es pastor; porque no alimenta las ovejas de sus acciones con los pastos de las Escrituras, para que las haga de la manera o con el estudio que enseñan las sagradas palabras. De quien no son propias las ovejas; porque las virtudes que parece guardar en sí mismo le son ajenas, mientras las guarda por la retribución transitoria, y no las ama como propias. Escuchemos, pues, qué hace en las adversidades aquel que en las prosperidades así actuaba.

Ve venir al lobo, y deja las ovejas; porque siente que en un hombre perverso, o en la tormenta de tribulaciones que surge, está presente la bestia que busca devorar las ovejas de las buenas obras, es decir, el diablo, que con las tentaciones de las adversidades se esfuerza por extinguir el redil de las virtudes. Y quien antes hacía el bien para recibir por ello una recompensa en el presente; ahora, considerando que por ellas le amenazan adversidades; deja las ovejas, abandona las virtudes que guardaba, deja de hacer el bien que hacía, para no sufrir males por ellas; y huye, es decir, se sustrae a la adversidad. No huye tanto de lugar como por el cambio de obras. Y el lobo arrebató, porque el diablo quita los bienes de los méritos que parecía tener. Y dispersa las ovejas, porque disipa sus acciones, de modo que todo lo que ya haya hecho sea desordenado, incongruente y discordante.

El asalariado, sin embargo, no resiste al lobo que devora así su rebaño, sino que huye; porque aquel que guardaba el redil de las virtudes o acciones religiosas no por las mismas virtudes, sino por la ganancia temporal, se retira de su tutela, y las deja en la boca del devorador, para no sentir el peligro de la adversidad. Quien por eso huye así, porque es asalariado, es decir, porque solía guardar las obras de las virtudes por la recompensa de los emolumentos carnales; y no le importan las ovejas, porque no son suyas las virtudes o acciones que guarda, sino las ganancias que por ellas busca; ni la pérdida de ellas toca su mente con dolor, porque no las ama, sino la recompensa.

Hasta aquí el discurso divino ha denotado la perversidad de aquellos que, con corazón falso, como los fariseos, hacen el bien, bajo el tipo de uno solo; y después de esto comienza de nuevo a describir la pureza de aquellos que hacen el bien con corazón perfecto, cuando dice con la voz de cualquiera de ellos: Yo soy el buen pastor. Como si dijera: Yo alimento bien y con genuina solicitud nutro y guardo las ovejas de las buenas cogitaciones y virtudes divinamente confiadas a mí. Y conozco a mis ovejas, es decir, no descuido y amo mis virtudes: y mis ovejas me conocen, es decir, se adhieren a mí como a un amado, y no se

separan de mí ni en las adversidades. Pues las virtudes conocen a aquel que no se hace desconocido para ellas por alguna perpetración de vicios.

Sicut me conoce el Padre, y yo reconozco al Padre; porque así como aquel Padre celestial me amó por mí, es decir, por mi salvación, y no por otra cosa; así también yo lo amo a Él por Él, y no por otra cosa. Pues ni Él buscó otra cosa por este amor, sino a mí, ni yo busco otra cosa por este amor, sino a Él. De aquí que en su epístola Juan dice: Porque así como Él es, así también nosotros somos en este mundo (1 Juan 4, 17). Pues "así como" no significa ahora igualdad, sino semejanza; porque no hablamos del Redentor, que según la divinidad es igual al Padre; sino del redimido, que es miembro del Redentor. Este redimido añade: Y pongo mi vida por mis ovejas. Es decir, humillo mi vida temporal en trabajos, y la gasto para no perder las ovejas de mis virtudes y acciones, sino para multiplicarlas y cuidarlas. Porque, en verdad, después de los trabajos de la vida activa, el justo suele avanzar hacia la dulzura de la contemplativa, añade adecuadamente: Y tengo otras ovejas, que no son de este redil, es decir, virtudes de dulzura teórica, que no son del rebaño de virtudes de ejercicio práctico. El justo tiene otras virtudes en la vida activa, y otras en la contemplativa. Y aquellas, dice, que son de la contemplación, debo llevarlas a lo más bajo de mi posibilidad, para que en mi conversación las una a las que son de la acción.

Y oirán mi voz: porque harán el discurso de mi voluntad, es decir, seguirán el impulso de mi corazón. Pues también el corazón tiene su voz y su locución. Y habrá un solo rebaño de virtudes de ambas vidas; y un solo pastor habrá de ambas, a saber, mi alma, que esté solícita en la custodia de ambas. Por tanto, si alguien atiende diligentemente a estas cosas, y examina si él mismo ha actuado así o no, dejará de lacerar la vida de los pastores de la Iglesia.

HOMILÍA XVI

EN AQUELLO: Porque convenía que aquel por quien son todas las cosas, y por quien son todas las cosas, etc. (Hebreos 2, 10).

Dios omnipotente, si no hubiera creado ninguna criatura en absoluto, podría haber sido plenamente bienaventurado en sí mismo; pues no necesita de nada, sino que es completamente suficiente para sí mismo. Sin embargo, queriendo por su suma bondad que la criatura fuera bienaventurada, lo cual solo sería posible por el conocimiento y amor de Él, creó criaturas angélicas, por las cuales fuera alabado; no para que a Él le aumentara algo con su alabanza, sino a ellas. Además, por la misma bondad, para que la alabanza no fuera imperfecta, creó la criatura corpórea, y quiso bienaventurarla. Por esta razón, infundió un espíritu racional en el cuerpo; de modo que, gobernándolo bien, junto con el cuerpo fuera bienaventurado en Dios; y así la alabanza de Dios fuera plena por toda criatura. De ahí que se dice que todas las cosas alaban a Dios; mientras las criaturas racionales, a saber, ángeles y hombres, admiran y alaban el poder y bondad de Dios tanto en sí mismos como en las demás criaturas. Así pues, el Apóstol dice: Por Él todas las cosas, a saber, para ser alabado y glorificado; y por Él todas las cosas, nada es superfluo. Si esto es verdad, más bien porque es verdad; es necesario que el hombre sea conducido a la gloria. Sin embargo, esta necesidad no descende de otra cosa que de la gran bondad de Dios, que hemos mencionado. El hombre fue perdido por su pecado; por lo tanto, no es conducido a la gloria; por lo tanto, él no alaba. Consecuentemente, la criatura corpórea no alaba: por lo tanto, fue hecha en vano. Si esto es así; entonces ni siquiera los ángeles alaban plenamente, ya que su número está disminuido. Pero para suprimir todas estas incongruencias desde la fuente de donde proceden,

establezcamos que el hombre perdido sea conducido a la gloria. Veamos, con la ayuda del mismo autor, el orden de esta gloriosa salvación.

Dios creó al hombre en tal estado intermedio, que si le obedecía, después de haber cumplido la obediencia, sin interponer la muerte, se convertiría de mortal en inmortal; pero si no, de mortal caería en la muerte. Persuadido por el diablo, según la terrible amenaza de Dios, de mortal se hizo muerto, y justamente fue poseído por el diablo, a quien había consentido voluntariamente (Génesis 2, 17). Sin embargo, Dios quiso buscarlo; porque aunque cayó voluntariamente, fue por la persuasión ajena. El diablo, en cambio, no debía ser buscado; porque en la firmeza de su naturaleza cayó por sí mismo sin ninguna persuasión externa. Por lo tanto, era necesario que tuviera un autor de salvación, por quien, con justa razón, regresara a Dios. Veamos, entonces, quién pudo haber sido ese autor. Si fuera simplemente Dios, podría ciertamente vencer al diablo, liberar al hombre; pero esto sería solo poder, no razón de justicia; si al diablo, que tenía el imperio de la muerte (Hebreos 2, 14), como dice el Apóstol, aunque hubiera invadido una cosa ajena, sin embargo, al haber consentido voluntariamente, justamente obtendría al hombre así sometido. Si fuera simplemente hombre; ¿cómo resistiría en una naturaleza corrupta, quien en un estado mejor sucumbió tan fácilmente? Aquí se debe notar que la gracia de Dios no fuerza el libre albedrío. Nuevamente, si un ángel asumiera esta lucha, no habría razón para que el diablo, vencido, también perdiera al hombre. Pero tampoco un ángel en el hombre podía hacer esto; porque si en su naturaleza simple y fuerte fue encontrado débil, mucho más sería encontrado débil mezclado con esta naturaleza inferior, a saber, la humana. Por lo tanto, es necesario que ese autor de salvación sea Dios en el hombre, quien por ser Dios, pueda; por ser hombre, deba. Con un orden muy adecuado, así como el diablo invadió primero con mala astucia una cosa ajena; así Dios, con buena, por así decirlo, astucia, hiciera suya la cosa por gracia: y así como aquel hombre sucumbió por su propia libertad; así este hombre resistiera al diablo por la libertad del albedrío. A quien también le convenía sufrir, para que el diablo pecara en él, en quien no encontró culpa al castigarlo: pues a este, como a los demás, lo atacó con todo tipo de tentaciones, primero con halagos, como serpiente; luego con asperezas, como león; finalmente, lo mató. Y así, muy justamente, perdió todo su dominio sobre los hombres, al extenderse más allá de lo permitido. De donde aún la ley común tiene que quien exige más de lo debido, pierde lo debido. Así pues, en aquel que no consintió, perdió su derecho; así en todos sus hijos, que imitan su inocencia. Ahora bien, este no debía permanecer en la muerte; porque de este modo no habría beneficiado ni a sí mismo ni a otro. Por lo tanto, debía ser consumado por la pasión, para que así consumara a sus seguidores: y esto es lo que el Apóstol dice: Porque convenía que aquel por quien son todas las cosas, y por quien son todas las cosas. Nota cada paso. Convenía llevar a muchos hijos a la gloria a Él, a saber, al Padre; por quien, a saber, para ser alabado y glorificado, fueron hechas todas las cosas, y por quien fueron hechas todas las cosas. Y esto, dando al autor de la salvación, a saber, Cristo; y entregándolo a la pasión; y así consumándolo. Si atiendes diligentemente a este orden, verás que el hombre debía ser salvado incluso si ningún ángel hubiera caído.